

Bianca®

Corazón secuestrado

Lindsay Armstrong

Corazón secuestrado

Primero la había secuestrado… ¡y después le había pedido que se casara con él!

El secuestrador de Jo Lucas no era otro que Gavin Hastings IV, el millonario y arrogante terrateniente que, a pesar de tenerla retenida, se había hecho un hueco en el corazón de Jo.

Y ahora que la había atrapado, quería casarse con ella y parecía que no la dejaría marchar hasta que no pudiera hacerla suya… Pero, ¿la retenía porque se había enamorado de ella… o para que fuera la madre de sus hijos?

Capítulo 1

JOANNE Lucas condujo su Range Rover por el horrible camino y movió la cabeza.

Desde luego, no había esperado que el trayecto hasta un rancho de ovejas en alguna parte del sur de Charlesville, en Queensland, fuera un paseo. Pero el camino había sido bastante bueno hasta meterse en el sendero del rancho, que era mucho peor que cualquier cosa que hubiera imaginado. Y más alejado, y ya empezaba a notarse el frío de la tarde invernal.

Ojeó el horizonte en busca de algún rastro de vida, pero no vio ninguno. Estaba en territorio de cría de ganado ovino, el condado de Murweh... por la investigación que había hecho, ¡sabía que tenía aproximadamente unas ochocientas mil cabezas! Por la zona también había ranchos de ganado vacuno, de modo que era lógico esperar que fuera amplio y estuviera aislado.

Por otro lado, su destino, el rancho Kin Can, tenía una gran reputación, igual que sus propietarios, la familia Hastings, de producir una lana excelente.

Entonces, ¿por qué no podían construir un camino decente hasta su rancho?

De hecho, de no haber estado pendiente, habría pasado por alto el pequeño y casi ilegible cartel de la entrada... otra sorpresa, porque le habían hecho creer que el rancho estaba bien señalizado.

Se preguntó si desanimarían adrede a los visitantes. Luego pisó los frenos al llegar a lo alto de una elevación y ver a un hombre de pie en el centro del camino apuntándole con una escopeta.

Cualquier decisión que hubiera podido tomar, le fue arrebatada de las manos cuando el hombre avanzó y abrió la puerta antes de que ella pudiera bloquearla. No sólo eso, sino que se acomodó la escopeta al hombro y la sacó en brazos.

—Aguarde un momento —comenzó--. Esto es una locura y...

— ¿Cómo te llamas? —ladró él al arrinconarla contra el capó.

—Jo... Joanne, pero la gente me... llama Jo —tartamudeó.

—Lo que pensaba, aunque esperaba a un Joe... pero tal vez creyeron que podrías seducirme hasta que consiguieran rastrearme —se calló y un destello de humor irónico iluminó sus intensos ojos azules mientras la miraba de arriba abajo—. Por otro lado, no pareces tan femenina, Jo, así que continuaré con mi primera impresión.

Jo, a pesar de la incredulidad que la dominaba, perdió los estribos y plantó con fuerza el talón de su bota en su pie.

Él ni se inmutó.

— ¿De modo que te irrita que se diga que no eres femenina?

Una parte de su mente tuvo que concederle la razón... algo tan demencial como toda la situación. Sin embargo, sí resistió el impulso de decirle a ese loco que casi ninguna mujer parecería femenina con unos pantalones sucios, un anorak abultado y un gorro de lana que le ocultaba el cabello.

Pero sí acalló la vocecita que sonó en su cerebro que le recordó que algunos hombres encontraban su estatura y hombros rectos poco femeninos...

—Escuche, quienquiera que sea —comenzó—, se me espera en el rancho, de modo...

—Apuesto a que sí, Jo, pero iremos por diferentes caminos. Primero veamos qué guardas —comenzó a cachearla como un policía.

— ¿Guardar? —soltó con voz estrangulada e indignada mientras trataba de esquivar sus manos—. ¿Quiere dejar de tocarme? No guardo nada.

—Quítatela, entonces —ordenó mientras bajaba la mano a la cintura de ella.

Jo lo miró boquiabierta.

— ¿Quitarme qué?

—La ropa, encanto.

—Bajo ningún concepto... ¿es que está loco?

— ¡Muy bien! Date la vuelta y apóyate en el capó para que pueda buscar la pistolera.

Jo lo miró fijamente a la luz mortecina del día y se preguntó si era ella la que se estaba volviendo loca o si se hallaba en una pesadilla.

Era más alto que ella, con buenos hombros. El jersey azul marino y los vaqueros rotos y sucios, le daban un aire extremadamente en forma. Llevaba el tupido pelo negro corto y revuelto y tenía la mandíbula con una sombra de barba de un día. Luego estaban esos ojos azules furiosos que dejaban bien claro que se trataba de un hombre que no perdía el tiempo con tonterías.

Pero, desquiciada, se preguntó por qué, cómo, qué. No podía tratarse de un pistolero moderno.

—Decídete —le ordenó él—. No tenemos todo el día.

Con dedos trémulos, bajó la cremallera del anorak y empezó a bajarse los pantalones. Entonces volvió a enfadarse, se desprendió del anorak y lo tiró por encima del capó. Se quitó las botas y los pantalones.

—Puede mirar, pero no se atreva a volver a ponerme un dedo encima —le espetó con los ojos grises centelleantes.

El hombre hizo una mueca y enarcó una ceja.

— ¡Vaya, vaya! —demoró la vista en la figura que había debajo de un ceñido jersey azul y en unos boxers celestes de algodón antes de bajar por las piernas— Eso demuestra que no hay que sacar

conclusiones precipitadas —comentó con humor, mirándola otra vez a los ojos—, ya que sería justo decir que, en otras circunstancias, sería un placer que me sedujeras, encanto —el humor abandonó sus ojos—. Date la vuelta.

Si antes había estado indignada, en ese momento Jo echaba chispas, pero pudo la cautela. Se dio la vuelta y alzó los brazos a la altura de los hombros.

— ¿Satisfecho? —preguntó por encima del hombro.

—Sí —sintió que se ponía rígida al apoyar los dedos en su cintura y en el elástico de los boxers—. Creo que son unos estupendos Bonds Cottonnails

—añadió—. Muy bien. Vístete, luego iremos a dar un paseo.

Jo se puso los pantalones.

— ¿Un paseo? ¿Hasta dónde?

—Hasta... —se calló—. ¿Por qué?

Ella titubeó, sin saber si confesarle que había subestimado la distancia que había hasta el rancho Kin Can, cuando otra de sus preocupaciones había sido quedarse sin gasolina.

—Vamos, Jo... —bajó la escopeta con gesto amenazador—... ¡habla!

—No me queda mucha gasolina.

— ¡Malditas mujeres! —juró él.

—Creo que hay un surtidor en el rancho, así que...

—Eso te contaron, ¿eh? Bueno, a mí no va a serme de gran utilidad. Arranca el motor para que pueda ver el nivel del depósito.

Jo tragó saliva y terminó de vestirse lo más rápidamente que pudo. Y cuando arrancó el motor y se reveló el medidor del depósito, próximo al rojo, él volvió a maldecir.

— ¿No llevas ningún bidón de repuesto?

—No.

— ¿Qué eres? ¿Una de sus secuaces reclutadas para darles respaldo?

— ¡No tengo ni idea de lo que estás hablando! —gritó Jo—. Nada de esto tiene sentido.

—Oh, sí que lo tiene, encanto —repuso con insolencia, luego se frotó la mandíbula con súbito gesto de cansancio; sin embargo, no fue algo que durara mucho—. Plan B, entonces —anunció con voz sombría.

Diez minutos más tarde, Jo conducía su vehículo por otro camino diabólico, pero en esa ocasión siguiendo las instrucciones de su captor.

No tenía oportunidad de escapar, ya que le había dejado bien claro que dispararía como viera cualquier intento de huida.

Y con un gesto impaciente de la mano, había acallado su intento solitario de explicarle quién era, por qué estaba en el rancho Kin Can y su convicción de que él cometía un terrible error.

También había inspeccionado su vehículo antes de emprender la marcha, para luego mirarla con un considerable ceño.

En ese momento conducía con la boca apretada y el corazón martilleándole en el pecho; no le permitía encender los faros y la luz ya casi había desaparecido.

—Ahí —señaló una sombra más oscura en el paisaje—. Para ante el cobertizo que hay al otro lado.

Al principio Jo pensó que se trataba de un grupo de eucaliptos, luego percibió el perfil de dos edificios.

— ¿Es ahí... es ahí donde vives?

Él se rió con desdén.

— ¿A quién intentas engañar, Jo?

Ella contuvo el aliento.

— ¡No intento engañar a nadie! ¡No tengo ni idea de lo que está pasando ni de quién diablos eres! ¿Cómo te llamas?

La miró con expresión burlona.

—Con el fin de mantener tu charada, ¿por qué no eliges un nombre? Tom, Dick o Harry servirán.

—Tengo una idea mejor —le espetó ella—. ¡Señor Hitler resulta especialmente apropiado para lo que pienso de ti!

—Así que la dama tiene garras —musitó mientras encendía la luz interior.

—Más vale que lo creas.

Sus miradas chocaron. Para J0 fue un momento airado y de desafío, pero también había miedo en su interior. Miedo y otra cosa... cierta confusión. Ese hombre podía comportarse como un bandido, pero no sonaba como tal.

Lo que decía era absolutamente inflamatorio e insultante, por no decir incomprensible, pero la voz era cultivada y educada, con el tipo de acento que se adquiriría en una familia rica de alcurnia y en un colegio privado.

Pero lo más desconcertante de todo eran los escalofríos que subían por sus terminales nerviosas en forma de percepción aguda de él. Si se descartaba la necesidad de un afeitado y los ojos que podían ser mortíferos, era un hombre bien proporcionado, de una coordinación excelente y de un atractivo tirando a devastador...

— ¿Qué?

Ella parpadeó al oír la pregunta.

—Na... nada.

— ¿O... estás pensando en cambiar de bando? —sugirió—. Créeme, Jo, es lo mejor que podrías hacer. Ser mi nena tendría muchas más

ventajas que...

— ¡Para! —se llevó las manos a los oídos—. ¡No soy la nena de nadie ni pretendo serlo!

— ¿No? —volvió a recorrerla con la vista—. Hace un rato me habrías engañado.

Jo se mordió el labio inferior y se sintió furiosa consigo misma.

Él se rió en voz baja.

—No se te da muy bien esto, ¿verdad?

—Si tuviera idea de lo que estás hablando...

— ¡Ya es suficiente! —la cortó él con impaciencia—. Nos llevaremos todo tu equipo.

— ¿Para qué?

—Para que pueda inspeccionarlo de forma minuciosa —apagó la luz del techo del habitáculo y bajó del vehículo.

Ella no tuvo otra elección que seguirlo. El cobertizo tenía puertas y él las cerró y aseguró, de modo que a menos que se supiera dónde mirar, no había rastro del coche de ella. Luego le indicó que lo precediera hacia la cabaña.

Inspeccionó sus cosas de forma meticulosa, pero después de asegurar la cabaña y encender un fuego con leña y periódicos viejos en el oxidado fogón de combustión.

En la pequeña y rudimentaria cabaña, había una ventana, que estaba rota y cubierta con un tablero de madera. No obstante, como precaución para que no se viera ninguna luz, o al menos eso fue lo que supuso Jo, colgó una manta sobre la puerta y una toalla tosca y sucia delante de la ventana.

Pero aprobó dos cosas: la luz y el calor del fogón y el aroma procedente de la cafetera.

Sin embargo, notó otras dos cosas mientras esperaban que se hiciera el café, y ambas potenciaron la confusión que sentía. Él bajó la vista a su muñeca, como si quisiera comprobar la hora, y luego, con una mueca de irritación, sacó el reloj del bolsillo y lo depositó sobre la mesa. Tenía la correa rota, pero aunque era bastante sencillo, también era brillante y de platino, de aspecto muy caro.

Frunció el ceño. ¿Un bandido loco con un reloj de un par de miles de dólares? Y luego estaban sus vaqueros. Sí, rotos y sucios, pero de marca.

—No hay leche, pero sí azúcar —indicó él al pasarle una taza de metal—. Sírvete —indicó un azucarero.

Se echó dos cucharaditas y miró alrededor mientras revolvía el líquido.

—Ocupa el mejor asiento —indicó el sillón con ironía.

—Gracias —murmuró, dejándose caer en él. Se elevó una pequeña

nube de polvo, pero estaba demasiado cansada y tensa para que le importara. Se quitó el gorro que aún llevaba puesto y se pasó los dedos por el cabello dorado oscuro.

Ella miraba con intensidad e hizo que se ruborizara, porque no tuvo ninguna duda de que contemplaba su figura.

Se habría muerto de saber que él se preguntaba si ese dorado intenso de su pelo se reflejaría en su cuerpo...

Con brusquedad, él centró la atención en las dos bolsas de Jo y vertió todo el contenido de la más pequeña sobre la mesa.

Ella bebió el café y lo estudió mientras inspeccionaba cada prenda de vestir que había llevado, el estuche de artículos para escribir, los libros y el maquillaje. Luego volcó el bolso de lona y dejó caer su agenda, su teléfono, un mapa y la cartera, con unos caramelos y unos pañuelos de papel.

Alzó el teléfono.

—Aquí no tiene ninguna utilidad. Estamos fuera de cobertura.

—Lo he comprobado —confirmó con amargura.

Sonrió con expresión desagradable.

— ¿Intentaste ponerte en contacto con ellos después de salir de Cunnamulla? Imaginaba que te lo habrían advertido… o proporcionado un teléfono de cobertura por satélite. Joanne Lucas —leyó al examinar su tarjeta de crédito, su agenda, su tarjeta de la seguridad social y su carné de conducir.

—Si abres la agenda, seguro que encontrarás mi dirección, la de mi médico, de mi dentista y, posiblemente, la de mi fontanero y de mi electricista —lo observó con ironía.

Él no respondió, y se dedicó a guardarlo todo de nuevo. Pero verlo manejar otra vez su ropa interior la irritó profundamente, por lo que se incorporó de un salto.

— ¡Yo lo haré!

—Muy bien —empujó todo por la mesa en dirección a ella y alargó el brazo hacia la bolsa más grande—. Por lo que pude ver antes, equipo de pintura —indicó él.

Sacó un caballete plegable, una caja pesada con lápices de colores de cera, carboncillos, un paquete de papel de dibujo y una caja pequeña con sacapuntas y gomas de borrar.

—Esto sí... —se reclinó—... que es un camuflaje inspirado, señorita Lucas.

—Puedes creer lo que quieras, pero, como intenté decirte antes, la señora Adele Hastings, del rancho Kin Can, me encargó que hiciera su retrato. Por eso he venido aquí.

—La señora Adele Hastings no se encuentra en Kin Can.

Jo lo miró fijamente.

— ¡Pero hablé con ella hace unos días para concretar los últimos

preparativos! —él se encogió de hombros y cruzó los brazos—. En todo caso, ¿cómo sabes que no está allí?

—Es... asunto mío saberlo.

Jo frunció el ceño.

— ¿Eres un bandido loco o alguien que ha perdido la chaveta? ¿Es eso lo que ha creado toda esta situación?

—Continúa.

— ¿Qué quieres decir con «continúa»? —su frustración era obvia —. Lo único que intento es darle cierto sentido.

—Es fascinante —comentó él—. Digamos que lo soy. ¿Eso qué te llevaría a asumir?

Ella gesticuló con ambas manos.

—Que tú... has asaltado el rancho, que quizá te sorprendieron, que escapaste, que me confundiste con los refuerzos y me tomaste como rehén... —se calló de repente y se reprendió mentalmente por mencionar esa posibilidad.

Él sonrió.

—Bueno, da la casualidad de que sí escapé, Jo. Y poco antes de hacerlo, oí que llamaban a su persona de respaldo con el nombre de Jo… Joe… lo que sea, solicitando confirmación de cuál sería el vehículo que traería ese respaldo. Repitieron lo que les habían informado… un Range Rover gris plata.

En esa ocasión los ojos casi se le desencajaron de las órbitas.

—Eso es... eso es...

— ¿Una coincidencia? —sugirió con dulzura—. No lo creo —la boca se le endureció—. Luego está el hecho de que viniste por la entrada de atrás, tal como te ordenaron, aunque, siendo una mujer, olvidaste pensar en la gasolina adicional que podrías llegar a necesitar.

Jo abrió y cerró la boca varias veces.

—Por eso parecía mucho más lejos de lo que había calculado. Pero... —pensó con rapidez—... ¿qué le pasó a la cancela principal?

La miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Sabes? —comentó al final—, puede que seas mucho más inteligente de lo que pensé en un principio. Desde luego, eres una mentirosa inspirada... ¿qué diablos podría haberle pasado a la cancela principal?

Jo apretó los dientes.

—Según la señora Adele Hastings, la cancela principal, la puerta principal, la única puerta que mencionó, debería haber estado a unos cincuenta kilómetros antes de la entrada por la que me metí. Y debería haber estado bien señalada. «No puede pasarla por alto», me dijo. «Es una rueda negra de un camión con el nombre pintado en blanco sobre su superficie». Créeme, mantuve los ojos bien abiertos,

pero no vi nada parecido.

Él mantuvo el ataque desde diferentes direcciones.

— ¿Y seguiste conduciendo todos esos kilómetros adicionales? —se burló.

— ¡Claro que lo hice! Pero después de emplear el móvil para hablar con Kin Can y descubrir que me hallaba fuera de cobertura. Pero era una carretera bastante buena y pensé... ¿qué son cincuenta kilómetros para la gente del campo?

Los ojos mostraron un fugaz destello humorístico.

—No obstante, tienes razón. Es mi intención mantenerte como rehén, encanto, así que espero que signifiques algo para quienquiera que te contratara; de lo contrario, las cosas podrían resultar un poco desagradables para ti —se puso de pie—. ¿Te apetece un poco de sopa? También hay judías o espaguetis un poco sosos... —ella se levantó para abofetearle la cara, pero terminó inmovilizada por sus brazos—. Vamos, vamos, Piernas Largas —musitó—. Puede que seas atlética, pero no eres rival para mí.

— ¡No me llames así!

—Te llamaré lo que me apetezca. Soy yo quien va armado, ¿recuerdas?

Jo tembló.

Él lo sintió a través de la ropa y volvió a pasar por su mente que, en circunstancias diferentes, Jo Lucas era la clase de mujer que le gustaba... alta, con piernas preciosas, líneas perfectas y unas curvas fascinantes. En cuanto a la cara, quizá no fuera un rostro que se mirara dos veces al principio, pero en cuanto se hiciera, captaba la atención.

Tenía una piel suave y cremosa, pero sus pestañas y cejas eran más oscuras que el cabello y le enmarcaban los ojos grises de manera admirable. Tenía la nariz recta, la boca plena y un labio superior carnoso que provocaba el deseo impulsivo de besarlo más bien con dulzura...

Y todo era natural, sin rastro alguno de maquillaje, ni siquiera en las uñas.

«¿Y qué me revela eso?», se preguntó. «¿Que es una persona pragmática y seria e inesperadamente preciosa a su estilo sereno?»

Se mordió el labio inferior e inmovilizó el súbito movimiento que hizo ella para tratar de liberarse y sus miradas volvieron a chocar. Sonrió para sus adentros ante la expresión orgullosa de los ojos grises, que le revelaba que odiaba cada momento de confinamiento forzado entre sus brazos.

«Me pregunto cómo reaccionará cuando le hacen el amor... »

Acalló sus pensamientos con una orden irónica. Intentó dirigirlos hacia un plano más profesional y se encontró especulando en cómo se

habría visto involucrada en esa situación diabólica.

Sin duda tenía que ser la amante de alguien. Participando por un arrebato de pasión, quizá… pero no, eso no parecía encajar con ella. Y tampoco parecía sobornable, aunque nunca se sabía con las mujeres. ¿Qué quedaba? ¿Un rencor oculto? Sin embargo, desconocía qué podía tener contra él personalmente…

Fue entonces cuando se detuvo y se preguntó si existía la posibilidad de que se hubiera producido un error.

Pero, ¿y todas esas coincidencias? ¿No eran demasiadas para resultar creíbles? Sí. Por otro lado, no parecía llevar equipo sospechoso… ningún equipo salvo ese teléfono móvil. Aunque eso no impedía que condujera un vehículo de apoyo y, además, él no podía permitirse el lujo de correr riesgo alguno.

La soltó con brusquedad.

—Se me acaba de ocurrir una cosa —indicó ella con ecuanimidad —. Mientras me retienes como rehén, el verdadero Joe, si es que existe semejante persona, lo más probable es que vaya de camino al rancho mientras nosotros hablamos.

Él volvió a entrecerrar los ojos.

—El tiempo lo dirá, encanto.

— ¿Quién eres? —preguntó sin pensárselo, y se mordió el labio inferior; sin embargo, una vez dicho, no le quedaba más alternativa que perseverar—. Al menos dime qué está pasando. Como rehén, ¿no crees que tengo derecho a saber en qué me he metido?

— ¿En qué te has metido? —repitió—. Supongo, Jo, que en una cama que tú misma has preparado. Mientras tanto, no sé tú, pero yo me decido por judías y tostadas.

Dos horas más tarde, en la cabaña reinaba la quietud y la penumbra.

Jo había comido unas pocas cucharadas de judías y había atendido una llamada de la naturaleza en el tosco retrete adjunto a la estructura de la cabaña, vigilada por su captor.

Al terminar, éste le había dicho que entrara y que se acostara.

Las camas estaban situadas contra las paredes en ángulo recto entre sí, con simples colchones de color gris y blanco, sin sábanas, aunque cada una tenía una almohada de aspecto horrible y una manta peluda.

Volvió a quitarse el anorak y las botas, y se preparó para echarse, pero él la detuvo con brusquedad.

—Ponte la ropa de dormir —ordenó.

— ¿Para qué?

—Te vas a ir a la cama.

Ella hizo un gesto despectivo.

— ¿Llamas cama a eso?

—Es lo que hay.

—Tal vez, pero me sentiría mucho mejor con la ropa puesta. Podría haber pulgas, garrapatas, podría haber… cualquier cosa.

—Es igual, Jo, yo preferiría que te pusieras el pijama. Te lo traeré —recogió la bolsa de ella.

—No… ¡un momento! —protestó con las manos en las caderas—. Si piensas que te voy a proporcionar algún espectáculo para mirones, ¡te equivocas, amino!

Él enarcó una ceja y la miró de arriba abajo.

—Qué idea tan agradable —musitó, estudiando el perfil de los pezones y la estrechez de su cintura—. Pero… —hizo una mueca cuando ella bajó la vista y corrigió la postura desafiante que revelaba tanto de su cuerpo—… por desgracia, no era lo que tenía en mente. Pretendo salir fuera mientras te cambias.

—Entonces… ¿por qué…? —lo miró confundida.

—Es sencillo, encanto —respondió—. Si se te ocurre tramar un plan diabólico para escapar, es menos probable que huyas por el campo en ropa interior. Descartando todo lo demás… —le sonrió con maldad—… te helarías. No tardes mucho —añadió—. A mí tampoco me atrae la idea de morirme de frío —salió al exterior.

Jo musitó todos los juramentos que le pasaron por la cabeza. Pero no podía hacer otra cosa que elegir el pijama menos revelador de los dos que había llevado y se lo puso.

— ¿Estás decente? —llamó él.

—Sí.

—Decente y… furiosa —murmuró él al entrar y cerrar a su espalda —. Mmm —la miró otra vez de arriba abajo—. Veo que te has dejado el sujetador. No ofrecerá mucha protección contra… nada.

Jo bajó la vista al pijama. De fino algodón blanco, con bordados en el contorno, el sujetador resultaba visible debajo de la parte superior, pero la alternativa había sido un pijama de pantalón corto y chaqueta sin mangas de sensual satén lila.

Lo miró a la cara.

—Aunque sea lo último que haga, algún día me pagarás todo esto.

—Será interesante. Vete a la cama, Jo.

— ¿Qué… qué vas a hacer tú?

—Esperar y mirar, ¿qué otra cosa crees?

—Como te atrevas a meterte en mi cama… —comenzó, pero él la cortó.

—Por lo general, no estoy a favor de la violación, a pesar de lo que puedas pensar de mí. Prefiero a mis mujeres cálidas y predispuestas. A menos…

—enarcó una ceja—... que un poco de hostilidad sea lo que te excite a ti.

—Eres repugnante —le espetó entre dientes.

Él se rió en voz baja.

—Hay... muchas pruebas que estarían en desacuerdo contigo.

—Puedo imaginarlo. Nenas de gángsters, sin duda.

La expresión de él se tomó seria.

—Desde luego, ninguna de ellas ha sido tan buena actriz como tú, querida.

Se dio la vuelta para recoger las botas, el anorak y el resto de ropa de ella, que metió en el armario.

Jo podría haber gritado de frustración, pero con expresión de rígido desagrado y supremo autocontrol, se tumbó en la cama y se cubrió con la manta.

El sueño era lo más alejado que tenía en la mente, aunque cerró los ojos un par de veces a medida que los leños ardían bajos en el fogón y su captor se sentaba en el sillón, con la escopeta sobre las rodillas.

Dedujo que si podía fingir que se quedaba dormida, tal vez bajara la guardia, o incluso llegara a quedarse él mismo dormido. Pero, ¿qué podía hacer si lograba escabullirse de la cabaña? Él guardaba las llaves de su coche; y había puesto la bolsa y la ropa fuera de su alcance. Y tal como diabólicamente había previsto, huir por el agreste territorio descalza y en pijama, como mínimo podía producirle una neumonía y alguna herida.

Pero llegó a la conclusión de que tal vez pudiera esconderse con la manta. No daba la impresión de que él tuviera una linterna.

Forzó los ojos en la oscuridad y miró hacia la puerta. No tenía cerradura, sólo un cerrojo por dentro y también por fuera. El corazón se le desbocó al pensar en la maravillosa oportunidad de dejarlo encerrado dentro. Si por el motivo que fuera quería evitar que lo detectaran, no se atrevería a disparar...

Respiró hondo varias veces para serenarse y se movió levemente. La cama crujió un poco pero él no se percató.

«Te tengo», pensó, aunque decidió esperar un poco más por si fingía dormir.

Diez minutos después, se sentó con cautela y esperó. Ningún movimiento en el sillón, de modo que bajó de la cama y se tensó ante la serie de crujidos que provocó. Pero eso tampoco produjo movimiento alguno; sin embargo, Jo se quedó quieta y trató de adaptar los ojos a la oscuridad. El fuego casi se había apagado, pero al final pudo distinguirlo. Estaba estirado con la cabeza apoyada en el respaldo y un brazo colgando a un lado del sillón.

La escopeta seguía en el regazo de él y por su cabeza pasó la idea descabellada de quitársela. No sabía nada de armas, pero cualquiera

podía apretar un gatillo.

Entonces él se movió y ella se paralizó. Sin embargo, lo único que hizo fue girar levemente y alzar el brazo de forma que la mano reposó sobre el arma. Y musitó algo ininteligible, pero siguió durmiendo.

Casi desmayada por el alivio, J0 se quedó unos minutos donde estaba, pero descartó la idea de quitarle la escopeta. Alzó la manta de la cama y de puntillas fue hacia la puerta, donde, con infinito cuidado, apartó la manta que la cubría y descorrió muy lentamente el cerrojo.

—Buen intento, encanto.

El sobresalto estuvo a punto de lograr que se golpeara la cabeza contra el techo de la cabaña; giró y lo vio de pie detrás de ella apuntándole con el cañón de] arma directamente al corazón. Le resultó un misterio cómo había podido llegar hasta allí en silencio.

— ¿Qué... qué te ha despertado? —tartamudeó.

—No lo sé. Un sexto sentido, quizá. ¿Qué... —la miró con ironía —... esperabas conseguir, Jo?

Los hombros de ella se hundieron.

—No lo sé. Pero no podía quedarme ahí quieta y aceptar... ¡el destino o lo que fuera! —exclamó con más ánimo.

Él la observó. Una vena palpitaba con fuerza en la base de su cuello y tenía los ojos muy abiertos y aterrados, pero también irradiaban un brillo de obstinación.

Suspiró para sus adentros y bajó el arma. Fuera lo que fuere, tuvo que reconocer que esa mujer empezaba a llegarle. Había cosas que no podía dejar de admirar en ella. Había que ser valiente para intentar escapar en un paisaje desconocido una noche helada, sin zapatos y con una única manta vieja.

Pero aún no podía permitirse el lujo de correr el riesgo de aceptar que era quien afirmaba ser, sin importar el valor... y todo lo demás.

Giró para echar más leños en el fogón, luego se estiró y estudió sus opciones. No tenía ni idea de qué lo había despertado, pero una cosa sabía... estar más de veinticuatro horas sin dormir comenzaba a pasarle factura y su mirada se posaba con anhelo en las camas.

—De acuerdo —dijo—, esto es lo que haremos —empujó la cama hasta dejarla pegada a lo largo a la otra, arrinconándola contra la pared—. Métete en ésa

—indicó la del fondo—, que yo usaré ésta —la vio abrir la boca para protestar, pero la paró con gesto cansado—. Jo, conmigo no corres peligro físico. Sin embargo, debería advertirte de que el único modo en que puedes escapar de esa cama es por encima de mí, y como lo intentes, es posible que no me encuentres en un estado de ánimo tan conciliador. Y ahora, ¿quieres subir?

Titubeó, luego obedeció y se tumbó boca arriba en la segunda cama. El la cubrió con la manta y luego se echó, cubriéndose con la

suya.

Jo comprendió que él tenía razón; se hallaba efectivamente enjaulada. Suspiró y se movió un poco para sentirse cómoda.

—Tienes razón —comentó una voz somnolienta detrás de ella—. Estas no son más que simulacros de camas. Si eres Joanne Lucas, errante retratista, te satisfará saber que las camas del rancho son mucho más cómodas.

— ¿Y tú cómo lo sabes?

—Las he probado.

Jo frunció el ceño.

—Esa gente de la que imaginas que formo parte… ¿quién es? ¿Y por qué huyes de ellos?

—Secuestradores… como si no lo supieras.

Jo apartó la manta y se sentó.

— ¡Esto es ridículo! ¿Por qué alguien, y en particular yo, iba a querer secuestrarte?

—Por mis pecados —anunció su captor—. Da la casualidad de que soy Gavin Hastings Cuarto.

Capítulo 2

Jo se quedó sin habla varios minutos, pero la mente fue a mil al recordar varias conversaciones mantenidas con la señora Adele Hastings, ¡su madre!, siempre y cuando fuera de verdad quien decía ser.

J0 había realizado ciertas investigaciones sobre la familia y descubierto que era toda una dinastía. El primer Gavin Hastings había sido uno de los pioneros en ir a Australia. El nieto, padre de Gavin, no sólo había ampliado las propiedades de la familia, sino que había diversificado los negocios hacia la ganadería. También se había casado con Adele Delaney, hija de un magnate de la prensa. No había investigado más, ya que era el cuadro de Adele el que iba a hacer.

En ese momento se preguntó porqué Adele no le había hablado a su excelente y arrogante hijo, algo que no costaba creer, acerca del retrato. ¿Y por qué la señora Hastings no se hallaba en Kin Can? Por otro lado, si era quien afirmaba ser, quedaban explicados el reloj caro, la ropa fina, el acento cultivado... aunque le seguía resultando incomprensible que no supiera nada del retrato.

Miró a su captor para plantearle esa pregunta, pero Gavin Hastings Cuarto estaba profundamente dormido.

Pensativa, volvió a apoyarse sobre la almohada. En reposo, parecía más joven, pero conjeturó que tendría unos treinta y cuatro años.

No obstante, el sueño no mitigaba su atractivo, aunque sí lo presentaba como un hombre menos arrogante. Tenía la piel levemente bronceada y las cejas oscuras parecían menos satánicas, y la boca, que podía ser tan dura o sonreír con tanto sarcasmo, insolencia, ironía... tenía un amplio abanico de expresiones poco agradables incluso después de una relación tan breve, estaba relajada.

No cabía ninguna duda de que bien arreglado, Gavin Hastings poseería un atractivo dinámico.

Se recordó que también podía ser extremadamente desagradable. Cortante e imperdonablemente personal aunque una banda de secuestradores le pisara los talones... y aún le quedaba por demostrarle que no era la «nena de un gángster».

Se preguntó si le creería si le dibujaba su retrato. No en ese momento, desde luego, pero a la primera oportunidad que surgiera. En cuanto a encontrarse en una situación de secuestro con él...

En ese punto, su cerebro agotado se rindió y se quedó dormida.

No tenía ni idea del tiempo que había pasado cuando un sonido insistente y machacón la despertó. Se sentó y sintió la boca seca; sintió el brazo de alguien alrededor de la cintura y oyó la voz de él:

—Es lluvia. En realidad, se trata de una buena noticia.

— ¿Quién... qué...? —de repente lo recordó todo. Tembló. Del

fogón no procedía ninguna luz y hacía mucho frío—. ¿Por qué buenas noticias? —preguntó.

—Les dificultará encontrarnos, dando por hecho que todavía nos siguen buscando… No sé tú, pero yo me estoy helando.

—Podrías encender un fuego —sugirió. Lo oyó reír entre dientes.

—Tengo una idea mejor. Échate, señorita Lucas… porque es señorita, ¿verdad?

Jo prescindió de la pregunta y formuló una:

— ¿Por qué?

—Para acurrucamos juntos y cubrirnos con las dos mantas.

— ¡Eso no figura en mis planes!

—Pues en los míos sí.

Jo se vio empujada hacia atrás y envuelta en sus brazos.

—Siempre sospeché que se reduciría a esto —musitó ella con amargura.

— ¿A qué? —la vio tragar saliva—. Tienes una mente perversa, Josie —comentó sobre su cabello—. ¿Descartas a los hombres por algún motivo? ¿A eso se debe tu intensa suspicacia?

—Compartir una cama con un desconocido… verme obligada a ello —corrigió— sin duda es suficiente para hacer que una mujer se muestre suspicaz, ¿no? Por no mencionar todo lo demás. Después de todo, tú fuiste quien sacó el tema de la seducción en primer lugar.

—Otra vez mis pecados —murmuró—. Pero debes admitir que así estamos más abrigados.

Era cierto. Y también se sentía más segura… aunque no sabía porqué. ¿Quizá porque en ese momento ya sabía quién era? Aunque de una cosa estaba segura, no había pasado por alto la entrada principal de Kin Can, por lo tanto, ¿qué le había sucedido?

Abrió la boca, no sólo para sacar ese tema, sino para preguntarle también si sabía quiénes eran sus potenciales secuestradores y cómo había escapado de ellos. Pero la respiración profunda y lenta y la relajación de su brazo alrededor de ella le indicó que había vuelto a quedarse dormido.

Sonrió inesperadamente. Ahí se acababa la seducción. De pronto se preguntó qué clase de mujeres lo atraerían. ¿Hermosas? Sin duda. ¿Sexys? Tenía que ser así. ¿Joanne Lucas?

Se separó bruscamente de su brazo y se deslizó con cautela hacia la otra cama, tratando aún de compartir ambas mantas. Él no se movió.

Apenas había amanecido cuando Gavin Hastings se movió y volvió a quedarse quieto. Luego olisqueó y frunció el ceño. Tenía la mejilla apoyada sobre el cabello de alguien, un cabello sedoso y suave que emitía una leve fragancia a… ¿qué?

Por algún motivo, pensó en un champú de manzanas y peras, de color verde… ¡claro! Entre los artículos de tocador de Joanne Lucas, había visto un frasco así de champú.

Luego su mente pensó en otra cosa placentera… la mujer que dormía apaciblemente en sus brazos. Su cuerpo era cálido y suave; de hecho, sus curvas encajaban extraordinariamente bien contra él.

Al apartarla suavemente con la intención de que el cuerpo no lo delatara, ella emitió un murmullo de leve protesta y hundió la cabeza en su hombro.

Un destello de humor iluminó sus ojos. «Vas a odiarme cuando mencione esto, Josie, y cuando vuelvas a montar en tu corcel blanco, como sin duda harás, pienso sacar el tema… ¡no podré resistirlo!»

El humor murió al contemplar a la joven dormida en sus brazos. No sólo el cabello, sino toda ella le provocaba los sentidos.

Su memoria volvió a activarse y rememoró la visión de ella sin los pantalones y las caderas altas y redondeadas bajo unos pragmáticos boxers. Si era un placer estudiarla por delante, no le cabía ninguna duda de que el placer se renovaría si pudiera observarla alejarse de él con un maravilloso contoneo y una falda tenue…

Con un esfuerzo, frenó la mente. ¿Quién diablos era ella? No sólo eso, sino, ¿cuántas veces había usado a las mujeres para olvidar, a pesar de que siempre descubría que eran un sustituto, no lo real?

Se levantó de la cama con poca gentileza y se estiró con vigor. Al volverse, vio que los ojos de Jo estaban abiertos y desconcertados.

—Buenos días —saludó—. Es hora de volver a la lucha.

Jo permaneció largo rato donde estaba, luego se sentó con brusquedad y se atusó el pelo.

—Buenos días.

— ¿Has dormido bien? —preguntó con un toque burlón de ironía.

—Yo… eh… debo haberlo hecho. No recuerdo mucho.

—Es lo mejor —aguardó un momento malévolo y cambió de tema —. Quizá no lo hayas notado, pero sigue lloviendo. Te sugiero que usemos tu paraguas plegable para visitar el retrete. Después puedes hacer lo que te apetezca mientras yo llevo a cabo un reconocimiento.

— ¿Hacer lo que me apetezca? —repitió insegura.

—Vestirte con tranquilidad, quizá calentar algo de agua en el fogón para lavarte, yo encenderé el fuego… o mirarte el ombligo si es lo que prefieres hacer a esta hora de la mañana.

Supo que a ella le habría encantado mandarlo a paseo, pero con un lenguaje más explícito. Sin embargo, mantuvo la boca cerrada y se levantó de la cama.

—Toma —algo hizo que se apiadara de ella y le alcanzó su anorak —. Póntelo.

Se lo puso sin mirarlo, y tampoco lo hizo cuando le bajó las botas y

la bolsa.

Debió de pasar la noche en sus brazos, en un espacio íntimo. Y para empeorar las cosas, la cama marcada era la suya, la del exterior, de modo que tuvo que ser ella la que lo buscó.

Evidentemente, un error táctico, aunque estuviera medio dormida. « ¡Debí de tener frío y miedo… debí de estar loca! »

En ese momento la cafetera borboteó; se sirvió una taza y trató de apartar la mente de cosas que no podía cambiar. Luego recordó la idea de realizar su retrato en un intento por demostrar que era quien decía ser.

Resultó ser un ejercicio con curiosos efectos colaterales al abrir la caja de los lápices y arrancar una hoja…

Siempre había sido una dibujante. Desde que podía recordar, en los dibujos había encontrado una gran relajación y comodidad, pero la pintura jamás la había atraído de forma especial. Había probado con acuarelas, óleos y acrílicos, pero ninguno era el medio que la satisfacía.

Sin embargo, con dieciocho años su vida había cambiado de forma drástica y durante un año había ido a una escuela de arte. Fue allí donde había descubierto los lápices de colores al óleo… y todo había encajado. Su fracaso con la pintura no se había debido a una falta de aprecio del color, sino a la dificultad que tenía para combinar ambas técnicas, dibujar y pintar.

Esos lápices al óleo le permitían dibujar con color y, prácticamente, no había parado desde su descubrimiento. De modo que en ese momento, con veinticuatro años, había adquirido una pequeña pero creciente fama como retratista.

Desde luego, hacer retratos tenía sus inconvenientes. A menudo se estaba a merced de personas poco agradables y los dedos anhelaban reflejarlos de esa manera. Sin embargo, era esa especialidad la que le había ganado reconocimiento, y una vez establecida, podría pintar y vender lo que más le satisfacía… paisajes y retratos de niños, a quienes le encantaba dibujar, aunque no necesariamente como sus padres querían que los retratara.

Mientras se organizaba como mejor podía, practicó una técnica familiar. Respiró hondo y despejó la mente… e invocó a su captor.

La sorprendió descubrir un calidoscopio de emociones cuando en su mente vio el rostro oscuro y atractivo de Gavin Hastings.

Sus dedos anhelaron trazar líneas y ángulos sobre el papel en una caricatura del diablo con ojos muy azules.

Bajó la vista al papel aún en blanco y se horrorizó consigo misma al notar que respiraba de manera entrecortada. «No va a funcionar», pensó. «Sólo hay un modo en que puedo dibujar a Gavin Hastings con un poco de paz mental, y es cuando duerme».

No tenía ni idea del tiempo que había pasado cuando oyó el cerrojo exterior, pero el instinto hizo que con el anorak tapara todas las pruebas de su empresa.

Él entró con aspecto tan miserable y desagradable como cualquier bandido del páramo, embarrado y empapado.

Quince minutos más tarde, Jo se hallaba a solas en la cabaña, encerrada por fuera para su intensa irritación, pero al menos él había encendido el fuego y sobre el fogón había una cafetera y una olla con agua para lavarse.

Después de lavarse y ponerse un chándal forrado de lana, se sintió mucho mejor. Se cepilló el pelo y se lo recogió y preparó el café. Mientras tanto, pensó en Gavin Hastings y en ese comentario ambiguo acerca de algo que agradecía que no pudiera recordar...

No era posible que hubiera dormido mientras él se aprovechaba de ella de alguna manera.

Miró en dirección a las dos camas. Sólo una de ellas, a pesar de lo estrechas que eran, exhibía aún la huella de que se hubiera dormido encima. Apretó los dientes irritada.

Miró la hora y vio que habían pasado más de sesenta minutos.

— ¿Te encuentras bien?

—Preocupada por mí... ¿hasta puede que me hayas echado de menos? —preguntó con sarcasmo—. No, no estoy bien. Pon agua a hervir.

Jo abrió la boca para protestar, pero cambió de parecer mientras él comenzaba a quitarse la ropa.

—Mmmm... ¿qué ha pasado con el paraguas y el poncho? —se atrevió a preguntar.

—Eran tan inútiles como un pañuelo de bolsillo, así que los tiré.

Joanne escuchó unos momentos la lluvia que martilleaba el tejado.

—Sí, bueno, no estaban hechos para esta clase de diluvio —rellenó la cafetera y la puso en el fogón—. ¿Has... conseguido algo? —se volvió para mirarlo, pero nada más hacerlo giró de inmediato... estaba en calzoncillos y con calcetines. Luego se dijo que no debía ser una puritana—. Toma.

Sacó una manta de la cama y se la entregó.

No le dio las gracias ni se cubrió con ella. Cuando sus miradas se encontraron, la de él estaba tan llena de frío desdén, que Jo se encogió por dentro.

—Escucha —se sintió obligada a decir—, nada de esto es culpa mía. No tiene sentido que te enfades conmigo. De hecho, resulta contraproducente.

—Vaya —se sentó a la mesa—; ¿Y tú has podido pensar en algo productivo mientras te tocabas las narices?

Ella apretó los dientes.

—Bueno, te diré qué he estado haciendo —continuó él—. Merodeando por mi propiedad, robando mi gasolina que luego he tenido que cargar como una mula, mientras tú... —desvió la vista al rincón de la caja de lápices que sobresalía de debajo del anorak y apartó el abrigo—.., no me lo creo... ¡pintando!

—No es una pintura. Yo no uso pinturas. Son lápices de colores al óleo.

—No obstante... —se calló y estudió su retrato, pero no reveló lo que pensaba, aunque parpadeó en una ocasión, y luego la miró con una amenaza palpable en los ojos—. ¿De verdad crees que esto prueba algo?

—Yo... —se mordió los labios—. Esperaba que sí.

—Pues te has equivocado, encanto. ¿Así que... —se relajó un poco, pero no relajó el ataque al volver a estudiar el retrato-… te hartaste a mirar mientras yo dormía, Jo?

Un poco de color subió a sus mejillas.

—Es una costumbre que tengo. Huesos, líneas, ángulos, músculos… todo eso forma parte de mi oficio.

— ¿Y qué me dices de arrebujarte contra desconocidos?

Oyó el ruido del agua al hervir, pero no le hizo caso.

—Debía de estar dormida. Desde luego, no recuerdo haberlo hecho. Sin duda fue por el frío... no tiene otra explicación.

—De hecho, fue muy agradable. ¿Serías tan amable de despejar la mesa, señorita Lucas, y de prestarme tu maquinilla de afeitar rosa?

Jo abrió los labios, pero luego los cerró.

—Tienes razón —indicó él como si ella hubiera hablado—. Necesito afeitarme. Puede que incluso eso mejore mi predisposición mental. ¿Tienes un espejo, por casualidad?

Tenía más que eso. Un jabón pequeño, una toalla limpia y levemente húmeda, un cepillo de dientes y pasta dentífrica, pero el espejo era diminuto.

No obstante, él lo usó y con humor lo estudió con atención buscando cómo agarrarlo. Luego se lavó, los dientes con sincero alivio.

—Me gusta una dama con una maquinilla de afeitar —comentó—. ¿Nueva? —la alzó a la luz.

—Lo era —convino Jo con sequedad.

Él se rió.

—Puede que no sirva para mucho después de haber pasado por mi barba, pero si alguna vez salimos de aquí, Jo, te compraré otra. Ay —se tocó la mandíbula—. Por casualidad, ¿tienes algo de loción para después de afeitar?

—Si con eso quieres hacerme sentir menos femenina —afirmó—, pierdes el tiempo. No, no tengo, pero prueba esto —le entregó un frasco que sacó del neceser.,

Él lo giró y leyó la etiqueta.

— ¿Hamamelis? ¿Qué es eso?

—Un astringente estupendo y natural que debería hacer que sientas un hormigueo fresco en la piel.

—Ah —vertió un poco en las palmas de sus manos y se lo extendió por la cara—. ¡Tienes razón! Eres una mujer de grandes recursos. A propósito —cerró la tapa del frasco—, creía que había erradicado esa etiqueta de poco femenina.

Durante el proceso, se había pasado la manta alrededor de la cintura y ella le había recogido la ropa para depositarla sobre la silla cerca del fuego.

—Me importa un bledo lo que pienses de mí en ese sentido —respondió, pero la verdad era que los músculos duros y fluidos de su torso le resultaban difíciles de soslayar.

Reinó un breve silencio, luego él dijo con ironía:

—Eres dura de pelar, Josie.

Ella se encogió de hombros y se ocupó preparando el desayuno. Pero los dedos se le paralizaron al recordar las palabras de él. Se volvió.

— ¿Combustible?

Él entrecerró los ojos.

—Me preguntaba cuándo lo ibas a asimilar —murmuró.

— ¿Cómo llegaste hasta la casa?

Él movió la cabeza.

—Hay un cobertizo para la maquinaria no muy lejos de aquí.

Jo se concentró otra vez en el desayuno.

—De modo que estamos... podemos... ¿irnos?

—No. Hay un arroyo que corre entre nosotros y la cancela que no podríamos atravesar ni con un todo terreno con tracción a las cuatro ruedas.

Jo sirvió el desayuno. Le entregó un cuchillo y un tenedor, luego se sentó en el sillón con el plato equilibrado sobre las rodillas y eligió sus siguientes palabras con cuidado.

—Hay algunas cosas que no entiendo. ¿Estabas completamente solo en el rancho cuando te secuestraron?

—No. Inmovilizaron al capataz antes de ir por mí.

— ¿Y no había ningún familiar, nadie más? —preguntó ceñuda.

—Jo... —la miró con ojos penetrantes—... sean quienes sean, han hecho los deberes. Es un fin de semana largo, ya que da la casualidad de que se celebra el rodeo anual del distrito. En otras palabras, un montón de gente ha salido de los ranchos. Yo también tenía que haber

estado fuera, pero cambié de parecer en el último minuto.

— ¿Por esa razón tu madre no se encuentra en casa? —inquirió perpleja.

—Mi madre se marchó a Brisbane hace dos días. Para asistir a un espectáculo del que había olvidado que tenía entradas. Sólo puedo agradecer que no se hallara presente, y tampoco Rosie, gracias al cielo.

De pronto los ojos azules parecieron atravesarla.

Jo parpadeó.

—Mencionó a una Rosie varias veces cuando hablamos por teléfono... di por hecho que se trataba de una niña, aunque no supe de quién.

La miró largo rato, luego acabó el desayuno y dejó los cubiertos juntos en el plato.

—Mía.

Jo digirió esa información con varios parpadeos.

—Bueno, ¿y tu esposa? —aventuró.

—Murió al dar a luz —apartó el plato con expresión reservada—. ¿Existe la posibilidad de una taza de café?

—Claro —murmuró ella antes de levantarse para servir el café—. ¿Tendría... —titubeó —... tendría razón al asumir que tu madre es un poco distraída?

Él miró al cielo.

—Mi madre, que Dios la bendiga, últimamente tiene una memoria como un colador.

—Bueno... —puso una taza delante de él—... ¡eso lo explica!

— ¿Quieres decir que eso explica por qué olvidó que ibas a presentarte en Kin Can?

— ¡Sí! —se puso las manos en las caderas.

—No explica por qué no me mencionó ni una vez que había encargado un retrato.

— ¿Es posible que quisiera darte una sorpresa?

—Entonces, ¿cómo crees que iba a justificar tu presencia cuando te presentaras en el rancho?

—No lo sé... ¡es tu madre!

—Por mis pecados... una vez más —comentó con sequedad y se puso de pie—. Supongo que no tendrás algo de ropa masculina en esa bolsa llena de sorpresas, ¿verdad? —preguntó antes de ajustarse la manta alrededor con expresión sombría. Ella simplemente lo inmovilizó con la vista—. Si las miradas mataran, estaría dos metros bajo tierra. De acuerdo, dando por hecho que estás limpia, por encima de cualquier sospecha, ¿tienes alguna sugerencia?

Jo se contuvo de manifestar sus sentimientos y respondió con otra pregunta.

— ¿Cuántos son?

—Dos. Llevaban puestos unos pasamontañas, de modo que desconozco quiénes pueden ser.

— ¿Cómo escapaste?

Él se sentó en una esquina de la mesa.

— ¿Me sometes a un interrogatorio, Jo?

—Sólo dispongo de tu palabra al respecto.

Reflexionó unos momentos, luego esbozó una mueca.

—Me ataron como a un pollo y me encerraron toda la noche en un almacén sin ventanas. Lo que no sabían era que bajo el linóleo había una trampilla... la casa se alza sobre pilotes de unos sesenta centímetros por encima del suelo, es necesario en tiempos de inundaciones. Escapé por ahí.

— ¿Cómo, si estabas atado como un pollo?

Se frotó las muñecas y Jo notó, por primera vez, las marcas acentuadas en la parte interna de cada una.

—Encontré unas tijeras viejas y logré cortar las cuerdas. Tarea poco fácil, ya que tenía las manos sujetas a la espalda.

—Cierto —convino ella con cierto asombro, que de inmediato trató de enmascarar al añadir—: ¿Por qué no te trasladaron en vez de encerrarte en la casa durante una noche entera?

La miró.

—Bueno, verás, Josie, yo no era su objetivo.

La mirada de ella reflejó desconcierto.

—No —repitió él en tono reflexivo al tiempo que se frotaba el mentón—. Intentaban llevarse a Rosie, a mi pequeña de seis años... un objetivo mucho más fácil.

—Pero... ¿estás seguro? —quiso saber Jo boquiabierta.

—Del todo seguro. Escuché la discusión, las recriminaciones, los nuevos planes que trazaron. Decidieron que ya que me tenían, me tomarían en lugar de ella, pero por eso solicitaron respaldo. Lo que hace que no sólo deba largarme de Kin Can, sino evitar que mi madre y Rosie se lancen a sus brazos. Han cortado todas las líneas de teléfono.

— ¿Eso no hará que la gente... tu madre... se muestren suspicaces?

—No necesariamente. El sistema puede tener sus problemas aquí... y encima es fin de semana de rodeo.

—Tengo una sugerencia —comentó despacio—. No tiene que ver con el modo de escapar, pero estoy segura de que deben haber eliminado de la entrada principal cualquier indicación de que se trata del rancho Kin Can. ¿Quizá para confundir a cualquiera que buscara tu casa?

Lo pensó unos momentos al tiempo que la observaba con mirada curiosa.

—Créeme —musitó Jo—, ésa es la causa por la que me encontraste en el camino posterior.

—Mmm… podrías tener razón —se encogió de hombros—. El problema principal ahora es averiguar si se han rendido y marchado o si aguardan para tenderme una trampa o me están buscando.

—No parecen demasiado organizados.

Él se puso de pie, descartó la manta y recogió su ropa.

—Quizá el destino conspirara contra ellos, desde luego el clima lo ha hecho, pero se trata de un dúo peligroso… un trío si Joe ha llegado. Al menos uno de ellos está empleando una combinación de alcohol y drogas para mantenerse.

Jo tembló y lo vio ponerse los vaqueros, la camiseta y el jersey húmedos.

— ¿Te trataron con violencia… aparte de atarte?

Él hizo una mueca.

—Una patada en los riñones… un golpe en la cabeza… —se tanteó el cuero cabelludo y exhibió una mueca de dolor al encontrar el chichón—… y algunos más, pero quizá yo los provoqué.

Algo en el modo en que lo dijo, le produjo un escalofrío. No albergaba ninguna duda de que Gavin Hastings no sería un hombre recomendable para provocar.

—En cuanto a lo demás, tuvieron la precaución de inmovilizar el resto de vehículos de la casa y de encerrar a los perros en el cobertizo. La escopeta fue un golpe de suerte. Case, el capataz, debió de olvidar guardarla en el gabinete de las armas. Casi tropecé con ella.

Recogió los platos y las tazas metálicos y los apiló en el suelo junto al fogón.

—De modo que tu plan era interceptar al otro Joe y… —lo miró con expresión de curiosidad.

—Forzarlo a llevarme hasta el teléfono más cercano —la observó mientras limpiaba las migas de la mesa con la mano. En sus ojos volvió a manifestarse suspicacia.

—Los Range Rovers de color plateado son bastante corrientes, ¿sabes?

—Es posible. ¿Y qué me dices de Jo y Joe?

Ella titubeó.

—Yo…

Pero un estallido quebró el aire y una bala atravesó una pared para ir a empotrarse contra la pared opuesta.

Durante un segundo, ambos se quedaron paralizados, luego Gavin Hastings se apartó de la mesa y como en un placaje de rugby, la derribó al suelo en el momento exacto en que otro disparo astillaba la puerta alrededor del cerrojo. Dos minutos más tarde, la puerta se abrió de una patada y un hombre con un rifle y un pasamontañas se

alzó sobre ellos.

—Vaya, mira qué tenemos aquí, Joe —gruñó por encima del hombro—. Gav ha conseguido una chica. Es bastante pervertido eso de mantener a tu amante en una vieja cabaña, ¿no lo creéis, muchachos?

Capítulo 3

LAS siguientes horas fueron de pesadilla. Jo y Gavin fueron atados y metidos en una furgoneta. El segundo vehículo que utilizaban los bandidos era casi idéntico al Range Rover de Jo. Pero la situación no le permitió disfrutar del hecho de que al fin quedaba reivindicada a ojos de Gavin Hastings. De hecho, se sentía demasiado asustada como para mirarlo con expresión de «ya te lo dije».

Cuando recogieron la escopeta de Gavin y vieron que no tenía cartuchos, la tiraron disgustados.

Luego el humor se agrió cuando los secuestradores se dieron cuenta que el arroyo que había entre ellos y la entrada posterior no resultaba transitable. Tras una discusión acalorada, decidieron que tendrían que regresar al rancho y usar el camino principal.

Pero eso tampoco les funcionó. La furgoneta se empantanó a unos quinientos metros de la casa. Les desataron los pies y dos de los delincuentes los hicieron marchar por un camino sinuoso y ascendente alineado de árboles mientras el tercero, con ayuda del Range Rover, intentaba sacar la furgoneta de su trampa de lodo.

Por lo tanto, la primera impresión que sacó Jo del rancho Kin Can estuvo emborronada por la lluvia y el miedo. Lo único que podía decir era que parecía vasto.

Al llegar a los escalones delanteros, se originó una pequeña reyerta cuando uno de los hombres la rodeó con los brazos y trató de besarla. Gavin lanzó los brazos atados a las muñecas y golpeó al sujeto en la cabeza. Cayó como un bollo, pero lo mismo le sucedió a Gavin cuando el otro hombre le propinó un puñetazo en la cara.

Al final, los obligaron a subir y los metieron en el interior del rancho. Una vez más, las impresiones quedaron revestidas por el miedo, pero eso no logró eclipsar el pensamiento atónito de que la casa era una obra de arte, espaciosa, hermosamente amueblada y la esencia del lujo.

Los encerraron en un dormitorio. Como precaución añadida, uno de los secuestradores les soltó las cuerdas de las muñecas, pero sacó unas esposas y los esposó a ambos juntos.

Pasó un rato hasta que Jo recobró el aliento. Después de empujarlos a la habitación, se habían dejado caer en la cama. Pero al rato se sentó y se preguntó si su acompañante no se habría desmayado, ya que Gavin no se movía.

— ¿Estás bien? —preguntó con ansiedad y alzó la mano. La de él la acompañó—. ¡Esto es ridículo! —estudió la unión metálica que no les permitía separarse.

—Mmmm... —convino—. Sacado de una mala película de

gangsters —con un esfuerzo, se sentó—. Pero antes de que diga nada más, ¿puedo ofrecerte mis disculpas, señorita Lucas?

Jo fue a hablar, pero cerró la boca y esbozó una leve sonrisa.

—Eres muy generosa, Jo —comentó él con voz grave—. Te habría perdonado si me hubieras llamado todos los nombres impublicables bajo el sol.

—Oh, aún no he tenido tiempo de analizar si te perdono o no.

Él enarcó una ceja.

—Aunque ese esbozo de ojo negro que te has ganado por salir en mi defensa, te va a ayudar.

Gavin se puso serio.

—Los canallas se han vuelto peligrosos por minutos. Tengo la impresión de que hay un elemento de pánico detrás de esa actitud despreocupada que muestran... ¿tú qué crees?

Estuvo de acuerdo, pero añadió:

—Me pareció percibir que uno de ellos, el más alto, no se mostraba tan feliz. ¿Crees que se lo podrá hacer entrar en razón?

— ¿En qué sentido?

Jo se encogió de hombros.

—Podrías señalarle que no tienes idea de quiénes son y que su mejor apuesta sería que se largaran de Kin Can lo más rápidamente que pudieran en vez de secuestrar a alguien... y menos a dos personas.

—Es lo mismo que he pensado yo. Hasta se me ha pasado por la cabeza ofrecerme a ayudarlos económicamente para que huyeran. Pero ahora tú te has visto involucrada... —se calló al oír voces estruendosas—. Parece que los ladrones se están distanciando.

J0 tembló.

—No puedo pasarte el brazo alrededor de los hombros —comentó él con humor—, pero considéralo hecho mentalmente.

Ella sonrió con pesar.

—Eso está mejor. De acuerdo, atraigamos su atención y tratemos de parlamentar. ¡Uno, dos, de pie!

Juntos avanzaron hacia la puerta. Ella golpeó con fuerza. Pasado un rato, un hombre alto la abrió, el mismo que J0 había considerado el menos fogoso de los tres.

Diez minutos más tarde, se cerró y oyeron el cerrojo desde el exterior.

— ¿Crees que lo hemos convencido? —inquirió Gavm. El hombre se había marchado para consultarlo con sus «colegas».

—No lo sé —hundió los hombros.

La miró con ojos críticos.

—Mientras tanto, y creo que has estado magnífica, Jo, ya que casi todas las mujeres que conozco se habrían dejado dominar por la histeria, bien podemos ponemos cómodos —indicó la cama.

Jo bajó la vista a la ropa empapada que llevaban.

—La pondremos de pena.

— ¿A quién le importa? La clave radica en que nos sentemos al mismo tiempo y que poco a poco nos coloquemos en posición supina... quitándonos las botas, por supuesto.

Unos momentos más tarde, estaban tendidos lado a lado, apoyados en unas almohadas de una suavidad maravillosa.

— ¿No hay trampillas debajo de la alfombra? —preguntó ella.

—Por desgracia, no. Y nada que pueda ayudamos en los cajones o en el armario —se volvió para estudiar su perfil—. Lamento haberte metido en esto.

—Lo más probable es que, de todos modos, me hubiera metido... ya sabes, una mala sincronización —se puso rígida cuando el tono de las voces se elevó en el exterior.

Él escuchó un rato, luego le tomó la mano que tenía esposada a la suya.

—Háblame de ti, Jo Lucas.

—Yo... —hizo un esfuerzo por apartar la mente de los secuestradores—. Yo... bueno, soy huérfana. Mis padres murieron en un accidente de tren cuando tenía seis años y me fui a vivir con mi abuela materna. Tenía doce cuando se le desarrolló el Alzheimer, de modo que pasé por una serie de hogares adoptivos. Murió cuando yo tenía quince años.

Le apretó la mano.

Ella gesticuló con la que tenía libre.

—Hubo un final feliz… más o menos. Mi padre había estado distanciado de su familia… bueno, de su padre, y habían perdido por completo el rastro del otro. Él era inglés y en un principio había emigrado a Canadá, para terminar viniendo a Australia —hizo una pausa.

— ¿Es doloroso hablar de ello?

—Mmm.... es más agua que pasa bajo el puente —repuso despacio —. Pero su madre nunca había cejado en tratar de encontrarlo, y lo mantuvo a él, y a sus descendientes inmediatos, en el testamento. Cuando murió, los abogados de ella tardaron otros seis años en rastrearme, pero al final dieron conmigo cuando cumplí los dieciocho. De modo que me encontré con algo de dinero, lo que me permitió pagarme la escuela de arte y mantenerme desde entonces.

—Ahora tienes veintitantos años, ¿no?

—Sí... veinticuatro.

— ¿Cómo te ha ido en lo demás desde los dieciocho años?

—Bien.

—Me refiero emocionalmente, en las relaciones y esas cosas. A mí me suena a un crecimiento traumático.

—Tuvo sus altibajos —concedió.

— ¿Y no te dejó marcas?

Jo titubeó, y en ese momento se oyó un golpe fuerte. Quizá debido al horror y al peligro de la situación, le contó más de lo que le había dicho a nadie en mucho tiempo.

—Ahí tengo un ligero problema. No logro convencerme de depender de otra persona. En realidad, no representa un problema real, ya que estoy contenta tal como estoy.

—Una solitaria —musitó él pasado un rato.

—Una solitaria a la que le encanta su situación.

—Pero, ¿tienes amigos?

—Claro. Fui a la Universidad con mi compañera de piso, Leanne Thomson. Me mantengo regularmente en contacto con dos de mis familias adoptivas, lo mismo que con una de mis profesoras de arte, y así sucesivamente.

— ¿Y qué me dices de los hombres?

Clavó la vista fugazmente en el techo. Sin duda había algunas cosas que no podía contarle a un perfecto desconocido en esas circunstancias...

—Los hombres no se me dan bien —repuso al fin—. Ellos… no sé... parecen encontrarme demasiado independiente. En un par de ocasiones habría creído que estaba enamorada, pero terminó en nada —se encogió de hombros.

—Tú...

Gavin se interrumpió al oírse otro estruendo, seguido de un disparo y de un aumento de voces indignadas.

Jo cerró los ojos y giró la cara hacia el hombro de él mientras se veía dominada por una oleada de temblores.

Él le acarició el pelo.

—Háblame de ti —pidió J0 con voz trémula.

— ¿De mí? Bueno, pensaba que mi vida era perfecta. Heredé Kin Can. Me casé con la chica de mis sueños, engendramos un bebé y... todo se vino abajo debido a una oscura enfermedad que nadie imaginó que mi esposa sufría y que le quitó la vida después de dar a luz a Rosie.

—Lo siento mucho —se agarró a él cuando sonó otro disparo y dos estruendos. Daba la impresión de que estuvieran destrozando la casa —. Continúa.

—No hay mucho más que contar. Rosie es la luz de mi vida, no me veo volviendo a casarme... ¿y crees que los canallas se están matando entre sí?

—Eso espero. Pero, ¿por qué no piensas volver a casarte?

—Supongo que cuando has conocido la perfección, sabes que es imposible recuperarla. Creo que me conozco lo suficiente como para

saber que voy a comparar a cualquier otra mujer con aquella… felicidad y saber que nunca estará a la altura. Sospecho que una parte de mí jamás le perdonará al destino lo que me hizo… y soy un mal perdedor.

— ¿Tienes amigos?

Él hizo una mueca.

—Solía tenerlos. Todos mis amigos ya están casados y parecen especializarse en tratar de prepararme citas a ciegas, de modo que me muestro muy cauteloso con ellos. Pero, en realidad, mi mejor amigo se casó con mi hermana, así que ahora es mi cuñado.

En el exterior continuó la reyerta.

La abrazó con fuerza, luego se sentó y la pegó a él a medida que el ruido del exterior se acercaba a la puerta.

—Es hora de recordar que no soy un buen perdedor —comentó en tono lúgubre—. He tenido una inspiración. ¿Por qué demonios no se me ocurrió antes?

—No lo sé. ¿De qué se trata?

La soltó y miró hacia arriba.

—Hay una tapa de acceso en el tejado.

Jo siguió su mirada. Era un techo antiguo, con guirnaldas de flores por su superficie, hermosamente restaurado.

— ¿Dónde? No lo veo.

Él señaló una esquina y, poco a poco, ella distinguió un cuadrado, pero su primer instinto fue que les resultaría imposible pasar por él, esposados como estaban.

—Podemos conseguirlo, Jo —aseveró cuando ella expuso sus preocupaciones—. Lo único que debemos hacer es empujar la cómoda que hay debajo y subirnos a ella. Si sigues mis órdenes, todo irá bien.

Lo miró con expresión risueña.

— ¿Ordenes?

—Bueno, instrucciones.

—Eso está mejor. Pero —añadió—, dando por hecho que lo logramos y que no nos descubren en el proceso, ¿cómo nos ayudará eso? Sin duda nos oirán movernos por el tejado. ¿Y si decidieran aceptar tu oferta?

Gavin se frotó la mandíbula.

—Podría hacerlo solo —comentó—. He tenido algo de práctica en arrastrarme en silencio por espacios reducidos.

— ¿Y eso?

—Serví un tiempo en las Fuerzas Especiales —respondió con brevedad—. Muy bien, en esta fase lo reservaremos para una táctica de desesperación —se calló al oír pasos que se acercaban a la puerta —. Escucha… —bajó la voz—… pase lo que pase ahora, haz exactamente lo que yo diga, Jo. ¿Lo prometes?

Tragó saliva y asintió.

—La otra cuestión es que entre ellos parece haber sólo un arma, de modo que quienquiera que la esté usando, es de quien debemos mostrarnos especialmente cautelosos, ¿de acuerdo?

Ella asintió otra vez al tiempo que la puerta se abría.

Sólo había dos... ni rastro del tipo alto con el que habían tratado de negociar, y eso causó más terror en el corazón de Jo.

—Bien, Gav —se mofó el sujeto que había entrado disparando en la cabaña—, ¿cuánta pasta en efectivo tienes guardada aquí?

Jo suspiró aliviada, aunque sintió que un temblor de emoción salvaje recorría al hombre con el cual se hallaba esposada.

—Unos tres mil dólares —fue la respuesta ecuánime de él.

El hombre movió la cabeza.

— ¡Llévanos hasta ellos, playboy!

Cinco minutos más tarde, en lo que evidentemente era el despacho de Gavin, abrió un gabinete y del interior extrajo una caja metálica. Sacó unos fajos de billetes de cien dólares y depositó el dinero en la superficie del impresionante escritorio de roble.

El hombre que hacía de portavoz los contó y se los metió en el bolsillo. El otro no dijo nada y resultaba evidente que tenía problemas para mantenerse de pie.

—Bien. Alzad las manos —ordenó el primer hombre, luego les soltó las esposas—. Ya está.

Retrocedió mientras ellos terminaban de liberarse, aunque Jo supo que algo no iba bien. Sólo podía verle los ojos, pero tenían un aire vidrioso que resultaba aterrador y toda su postura sugería un júbilo contenido y horrible.

Tardó un segundo en comprobar que su instinto no se equivocaba, el que requirió que el secuestrador alzara el arma y le apuntara con ella.

—Verás, Gav —comentó sin quitarle la vista de encima—, hemos decidido que no había motivo para que tú fueras el único afortunado... así que nos vamos a llevar al bomboncito con nosotros. Y no intentes detenernos, amigo, o ella no lo contará.

Reinó un instante de terrible silencio. Entonces Gavin estalló como un muelle liberado. Echó atrás a Jo para que cayera contra el otro hombre, quien fue a parar al suelo. Luego se lanzó contra el primero... y el arma se disparó.

Jo lanzó un grito de desesperación y alzó un tintero antiguo de mármol para tirárselo al hombre que había en el suelo detrás de ella. Le dio en la sien y abortó su intento de incorporarse, apagándolo como si se tratara de una vela.

Recogió el tintero y con la mano alzada fue hacia el amasijo que

formaban Gavin y el hombre de la pistola.

Pero Gavin se sentó de repente y levantó una mano.

—Está bien, J0. Lo he dejado sin sentido.

Ella bajó el tintero.

—Oh, gracias al cielo —jadeó—. Entonces, ¿quién...? —alzó la voz al notar que la sangre chorreaba por los dedos de él—. ¡Tú recibiste el disparo! ¡Oh, no! —se puso de rodillas al lado de él—. ¡No, no, no!

—Creo que sólo se trata de una herida superficial en el bíceps —tanteó con cautela a través del jersey.

— ¡Pero me salvaste la vida! Te pusiste delante de la pistola. ¿Cómo podré pagarte alguna vez algo así y qué haré si te mueres? —farfulló, pálida y con los ojos rebosantes de emoción.

—No me voy a morir, Josie —se quitó el jersey por encima de la cabeza.

Jo hizo una mueca al ver la herida del brazo. Pero de inmediato se desprendió de la parte superior del chándal y luego de la camiseta de manga larga que llevaba debajo, que rompió en tiras con los dientes y las uñas, para aplicarlas como almohadillas y vendajes de presión sobre la herida.

A pesar del dolor, la observó con humor al verla sólo con el sujetador mientras ella se ocupaba de las vendas.

— ¿Qué puedes hacer para compensármelo, Jo? Creo que sería muy buena idea que te casaras conmigo —de pronto se tambaleó y perdió el sentido.

Capítulo 4

UNOS días más tarde, Jo paró de hacer lo que la ocupaba, que era tratar de captar a Adele Hastings con los lápices de colores al óleo, y apoyó el mentón en la mano mientras recordaba la conclusión del intento de secuestro frustrado.

Inmediatamente después de que Gavin le pidiera que se casara con él, había perdido el conocimiento y un helicóptero de la policía había aterrizado en el jardín.

Lo que había sucedido era que la madre de Gavin había llegado a Brisbane y recordado de pronto la inminente llegada de Jo a Kin Can. En vano había intentado llamar al rancho durante un par de días, hasta que al final se había sentido lo bastante preocupada como para ponerse en contacto con la policía.

Habían ido desde Cunnamulla y, al ver la misteriosa ausencia del letrero de Kin Can, habían solicitado apoyo.

Gavin había sido trasladado al hospital y los tres secuestradores, el alto había recibido un disparo pero sólo estaba herido, arrestados. En la furgoneta habían encontrado bastante droga.

Habían encontrado a Case, el capataz, en un cobertizo situado a unos kilómetros del rancho.

Al día siguiente, se descubrió que el Range Rover que había conducido Joe era robado, lo cual justificaba que los secuestradores solicitaran verificación del vehículo que iba a conducir.

Y más sentido cobró todo cuando se averiguó que el hombre que había empuñado el arma era el hermano de un empleado de Kin Can al que Gavin había despedido por incompetencia y adicción a las drogas. Lo sucedido había estado motivado por la venganza.

Después de negarse a ir al hospital aduciendo que sólo tenía unas magulladuras, le habían pedido que se quedara con la madre de Gavin, que se había presentado en Kin Can aquel mismo día después de visitar a su hijo en el hospital.

Rosie se había quedado en Brisbane con la hermana de Gavin, por si el daño sufrido por el rancho, la presencia de la policía y la ausencia de su padre pudieran afectarla.

Hasta el día siguiente Jo no tuvo oportunidad de preguntarle a Adele Hastings por qué no le había hablado a su hijo del retrato.

Adele, una pelirroja pequeña y elegante próxima a los sesenta años, adoptó una actitud de considerable desdén, y le informó de que cuanto menos se consultara a Gavin, mejor.

J0 frunció el ceño.

— ¿Por qué?

—Querida, ya tiene suficientes delirios de poder. Así que, por lo general, sigo adelante con lo que me propongo y, una vez consumado,

ya no le queda más remedio que aceptarlo.

—Pero, ¿por qué iba a oponerse a que se hiciera un retrato, señora Hastings?

—Probablemente, no lo hubiera hecho. Pero es una cuestión de principios —le confió—. Verás, tú también tienes una agenda secreta, Joanne.

Estaban bebiendo café a la mesa de la cocina, y sólo porque la policía y diversos trabajadores se hallaban por toda la casa.

— ¿Una agenda secreta?

Adele Hastings la observó por encima del borde de la taza de porcelana con unos ojos azules parecidos a los de su hijo.

—Bueno, yo había planeado regalarle mi retrato a mi hija, Sharon, en su trigésimo cumpleaños. Es algo así como una experta en arte y había expresado interés por tu trabajo —movió una elegante mano—. Pero, en realidad, es a Gavin a quien quiero que retrates. Y quizá a Rosie, si dispones de tiempo. Pero quiero que Gavin cuelgue junto a su padre, su abuelo y su bisabuelo.

J0 dejó la taza sobre la mesa con cierto nerviosismo.

— ¿Lo aprobará él?

—Lo dudo. Se lo mencioné en una ocasión y me dijo que lo olvidara, que no se lo podía molestar. Tendrías que hacerlo en secreto, sin que posara. Pero creo que eso se te da muy bien, querida —añadió con calidez—. Mi amiga, Elspeth Morgan, fue quien te recomendó, quedó muy impresionada con todos los retratos que hiciste de sus gatos... ¡y sólo con fotos!

Jo cerró los ojos fugazmente. El encargo de Elspeth Morgan había sido una pesadilla, aunque lucrativa.

—Mnimm... siento una especie de obligación moral de no dibujar a personas que se niegan expresamente a que las retraten, señora Hastings.

—Comprendo —comentó después de que se miraran unos momentos a los ojos, recordando que, incluso sometido a un fuerte dolor, su hijo le había pedido que mantuviera a Jo Lucas en el rancho hasta que él regresara.

Estudió a la mujer que tenía frente a ella con el corazón súbitamente agitado. ¿Habría algo entre ambos? ¿Se habría enamorado Gavin cuando ella ya casi había abandonado toda esperanza de que eso volviera a pasar? ¿Qué clase de joven era?

Tenía una buena estructura ósea, una buena figura si a uno le gustaban las mujeres altas, de piel blanca, cabello rubio.

De pronto sonrió con todo el encanto que era capaz de manifestar.

—Olvida que lo he mencionado, Joanne. Pero, ¿te quedarás con nosotros y harás los retratos de Rosie y mío? De una cosa estoy segura, y es que le encantará tener el retrato de su hija. No sólo eso, sino que

a mí me encantaría que fueras mi invitada.

Jo se agitó.

—Bueno...

—Además del hecho —se apresuró a añadir Adele— de que me siento muy culpable por involucrarte en todo lo que ha sucedido, ¡pero últimamente parece que me he vuelto muy distraída!

Jo fue incapaz de no sentir simpatía por la madre de Gavin.

—Menos mal que ni Rosie ni usted estaban en el rancho —comentó —. Mmm...

—Por favor, Jo... ¿puedo llamarte así? ¿Te quedarás?

—Sí.

— Estupendo! —Adele se reclinó—. Ahora, simplemente, dime qué necesitas que me ocuparé de que te sientas lo más cómoda posible.

Sentada ante la mesa de su dormitorio a última hora de la tarde, pensó que eso había tenido lugar tres días atrás.

A diferencia del dormitorio en el que Gavin y ella habían estado encerrados, ése era moderno, espacioso y minimalista. Fue el que eligió cuando le plantearon la posibilidad de escoger, ya que necesitaba espacio para la mesa grande que trasladaron allí para que pudiera trabajar.

Al mismo tiempo, habían sido tres días para llegar a comprender que el asunto del secuestro le había arrebatado más de lo que había imaginado. Tres días de verse mimada por la madre de Gavin, de ofrecer declaraciones a la policía y de que le mostraran Kin Can.

Días de ser incapaz de dibujar una línea.

Y días en los que poder analizar el hecho de que el corazón le había martilleado cuando Gavin Hastings había declarado que sería una idea estupenda que se casase con él.

No sólo se le había desbocado, sino que, a pesar de que se repetía que únicamente era una broma, de que daba vueltas por la noche en la cama, nada había podido alterar ese sencillo hecho.

En un abrir y cerrar de ojos, había pasado de odiar a Gavin Hastings a reconocer que al final se había enamorado. ¿Por qué había sucedido, cómo había pasado... no podía deberse al simple hecho de que se había arrojado delante de un arma que le había estado apuntando a ella? Ya no podía pensar en él sin el conocimiento del amor que anidaba en su corazón y del escalofrío de deseo que le recorría el cuerpo.

Sin embargo, desde el punto de vista de él quedaban muchas cosas inconclusas. ¿Se lo habría pedido en un momento de alivio después de una terrible tensión?

No por primera vez, se dijo que así era.

—Entonces, ¿qué hago aquí? —se preguntó en voz alta—. Hoy se

lo espera en el rancho y hace tiempo que debería haberme largado de Kin Can. No sólo eso, sino que soy incapaz de dibujar nada... porque únicamente quiero dibujarlo a él.

Se quedó quieta unos momentos. La casa estaba en silencio, se hallaba sola aparte del ama de llaves, la señora Harper, quien trabajaba con eficacia y discreción. Adele había volado a Brisbane a recoger a Rosie y de camino a casa recogerían a Gavin del hospital de Charleville.

Se puso de pie y recorrió las salas principales. Gavin había tenido razón. Su madre, si había sido ella y no su esposa quien había decorado Kin Can, tenía ideas muy brillantes, por no mencionar un bolsillo inagotable.

Resultaba comprensible olvidar que uno se hallaba en medio de miles de hectáreas de territorio más bien llano y de aspecto árido cuando se contemplaba el rancho. Movió la cabeza atónita al pensar que el diluvio de unos días atrás ya había sido absorbido por el suelo como si nunca hubiera tenido lugar.

Pero, al otro lado de la casa había pruebas claras de que se hallaban en un rancho ovejero. Un cobertizo enorme dedicado a la maquinaria dominaba el paisaje, aparte del cobertizo para esquilar y los corrales adjuntos.

Case le había ofrecido un recorrido de todo. A pesar del objetivo pragmático del rancho y de que las motos de cross habían reemplazado a los caballos en la tarea de agrupar a las ovejas, todo el lugar irradiaba un aire de romanticismo. En especial cuando vio a los perros ovejeros.

Ser la señora de todo eso representaría ser como la señora de un imperio.

El pensamiento había cruzado por su mente mientras acariciaba a uno de los collies, sorprendiéndola y sacudiendo su compostura de forma considerable. «Debo de estar loca», había sido su siguiente pensamiento.

Un par de días más tarde, mientras se hallaba bajo la arcada que conducía al jardín, oyó el zumbido de un avión ligero y se puso tensa. El clan Hastings no tardaría en aterrizar. «Basta de ideas descabelladas, Jo», se reprendió.

Volver a ver a Gavin no había sido la dura prueba que, de algún modo, J0 había esperado. Desde luego, la efervescente Adele, con sus finas habilidades sociales, había ayudado. Y la pequeña Rosie había resultado ser un diablillo encantador con el cabello oscuro del padre pero los ojos oscuros de otra persona.

A pesar de un leve rubor causado por los latidos algo acelerados de

su corazón, sintió que se había mostrado relajada y abierta.

Luego Adele le había confesado que había encargado una cena de celebración, pero que la iniciarían pronto por Rosie; después todos se habían ido a sus respectivas habitaciones a cambiarse. De camino al dormitorio, J0 había pasado por delante del comedor y había visto la mesa puesta con cubiertos de plata, cristalería fina y una vajilla de porcelana, por lo que se dio una ducha y se puso la mejor ropa que tenía.

Un fino top de seda de un gris oscuro que se cruzaba por encima de sus pechos y se ataba a la cintura, una falda gris más clara por debajo de las rodihas y unas sandalias plateadas. Se recogió el pelo.

Quizá pudiera proyectar una imagen relajada y casual en su reencuentro con Gavin Hastings, pero por dentro algo parecía dar vueltas...

—Vaya... —Gavin le entregó una copa y en sus ojos ardió un destello de humor—... al fin solos.

Ella lo miró y aceptó la copa. No era tan tarde, pero Rosie, de mala gana, había dejado que Adele la llevara a la cama antes de que ésta se retirara a lo que ella llamaba su «suite».

— ¿Te encuentras bien ya? —preguntó cuando el silencio comenzó a prolongarse entre ellos.

En el exterior, la piscina se hallaba iluminada y los árboles alrededor del perímetro del jardín proyectaban unas sombras fascinantes.

—Más o menos. Sólo quedan por quitar unos puntos. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Tratando de dibujar, pero sin éxito. Realmente creo que debería haber vuelto a Brisbane, al menos durante un tiempo, pero tu madre se mostró muy decidida en que me quedara.

Gavin fue de un lado a otro del lustroso parqué y luego se detuvo a contemplar la piscina.

—Yo le pedí a mi madre que te retuviera aquí.

Jo entrecerró los ojos. Ya no había nada que pudiera minimizar el efecto que surtía en ella.

Mientras reflexionaba en lo que acababa de oír, una sonrisa fugaz reemplazó el ceño mientras estudiaba su copa.

— ¿Qué? —preguntó él.

Alzó la vista y lo vio de pie delante de ella. Jo se encogió de hombros.

—Creo que haber recibido un disparo no ha disminuido tu costumbre de estar al mando.

—No había ningún motivo para que no te quedaras, ¿verdad?

— ¿Cómo podías saberlo? —contrarrestó. Apartó una silla y se sentó frente a ella.

—Dímelo. Pensé que tu intención era quedarte en Kin Can al menos un par de semanas.

Jo hizo un gesto.

—Quizá. Pero todo fue más bien traumático. ¿Eso... —lo miró con curiosidad—... no te ocurrió a ti?

—J0... —guardó silencio a la vez que se miraban—... hablaba en serio. ¿Quieres casarte conmigo?

Se quedó helada, luego depositó la copa con cuidado en una mesita.

—Gavin, no puedes estar hablando en serio. Apenas nos conocemos, los dos tenemos muy buenas razones para...

—Nos conocemos mucho mejor que la mayoría de la gente —la interrumpió—. Lo que pasamos juntos fue extremadamente revelador, ¿no te parece? —buscó en sus ojos hasta que ella apartó la vista—. También nos deseamos —añadió con suavidad—. ¿Quieres que te diga lo mucho que te deseo?

—No —respondió con rapidez, tragando saliva.

Él sonrió levemente.

—No podrías pararme.

—Yo... yo... podría levantarme e irme —señaló.

—No muy lejos. Dando por hecho que te permitiera ir a alguna parte.

—Gavin... —en sus ojos grises apareció una expresión acerada—... ya empleaste esa táctica, pero, ¿puedo indicarte que en este momento no dispones de un arma con que reforzarla?

—Un arma que no tenía cartuchos —le recordó.

—No podía saberlo.

—No —convino—. Ni eso te impidió poner a prueba cuáles eran mis intenciones con la maldita escopeta.

—Lo que me faltaba —cruzó los brazos.

—No veo por qué no podemos mantener una conversación adulta al respecto —musitó.

Jo sospechó cuáles serían las siguientes palabras, y al rato quedaron confirmadas.

—Mi madre no tenía un arma apuntándote a la cabeza —añadió Gavin.

Sus palabras se hundieron en un remanso de silencio, pero las implicaciones estaban bien claras... ¿qué hacía todavía en Kin Can si no quería estar allí?

Se mordió el labio inferior.

— ¿Ves lo que quiero decir? —los ojos de él exhibieron un toque de ironía curiosa.

—Así como tu madre cree que sufres de delirios de poder, Gavin Hastings, también ella es una mujer muy convincente.

— ¿Así que no tiene nada que ver conmigo?

—Escucha... —giró la cabeza para observar el jardín—... sabemos exactamente porqué el matrimonio no es para nosotros, y ninguno de esos motivos ha cambiado, de modo...

—Jo... —su voz se endureció—... las cosas cambian, y a veces cuando menos lo esperas. Sí, pensaba que el recuerdo de Sasha haría que me fuera imposible volver a casarme, pero esto es diferente.

— ¿Cómo puede serlo? —preguntó con dificultad—. ¿Cómo puedes compararme con su recuerdo y no pensar que pierdo? Dime una cosa —era una pregunta al azar, pero algo dicho por Adele la obligó a realizarla—. ¿A quién te recuerda Rosie?

—A su madre —reconoció en tono lúgubre—. Siempre lo hará. Eso no significa que tú y yo no podamos crear nuestro propio mundo, nuestra propia magia. Pero hablemos de ti un momento.

La observó con los ojos entrecerrados y de pronto se le ocurrió que jamás la había encontrado poco femenina, ni siquiera fugazmente.

No obstante, verla arreglada por primera vez fue un placer absoluto. Su sentido del estilo podía subestimarse, pero el gris oscuro del top resaltaba su piel blanca y hacía que sus ojos se tornaran más grises. Como siempre, el dorado de su cabello era magnífico, aunque descubrió que lo hubiera preferido suelto.

Y luego estaban esas piernas. Sentada, la falda le esculpía el muslo y los tobillos se veían esbeltos y elegantes con las sandalias de tacón alto.

— ¿Sabes en qué pensé durante mi estancia en el hospital? —dijo al fin.

Ella movió la cabeza.

—Que si al llegar a casa te habías ido, ése sería tu modo de decirme que no había nada entre nosotros. Pero que si seguías aquí, sería porque... al menos sentirías curiosidad… por descubrir si hablaba en serio.

Jo lo miró con los labios entreabiertos.

—Mmmm... no sólo sentirías curiosidad por saber si iba en serio —continuó él—, sino que serías incapaz de desterrar la proximidad física y mental que compartimos durante esas horas terribles, la confianza que compartimos mientras estuvimos esposados.

—Sin olvidar el hecho de que me salvaste la vida con el riesgo de perder la tuya —él sonrió y movió la cabeza—. ¿No lo hiciste?

—Fue un riesgo calculado que salió levemente mal. No tenía intención de que nos dispararan a ninguno de los dos. Mis reflejos debían de estar un poco oxidados. La ciencia de los riesgos calculados siempre es... arriesgada.

Jo suspiró.

—Fuera o no un riesgo calculado, fue algo extremadamente valeroso y sigo estando extremadamente agradecida.

—Bien —sonrió—. ¿Por qué no aplicas ese pensamiento a lo que podría hacer por ti si nos casamos? —ella se incorporó con brusquedad y le lanzó una mirada cortante—. Esa es mi Josie —se rió —. De todos modos —la instó— piénsalo.

La sorpresa la impulsó a parpadear antes de hablar con cautela.

— ¿Eso quiere decir que por el momento estoy libre?

Él metió las manos en los bolsillos.

—Por supuesto. Que no se diga que te obligué a nada. A propósito, si te preocupa tu carrera como artista, creo que es muy apropiada para una esposa.

Jo abrió y cerró la boca varias veces como un pez fuera del agua.

—Y hablando de pensar las cosas, siempre tenemos esto —le brillaron los ojos al acercarse a ella—. Yo habría considerado que, decididamente, vale la pena reflexionar sobre ello.

En la fracción de segundo antes de que sucediera, Jo supo lo que pasaría, pero sus reflejos la traicionaron. Ciertamente, descubrió que no era capaz de mover ni un músculo cuando la tomó en sus brazos.

—Me pregunto si tienes idea de lo mucho que me tienta tu boca, señorita Lucas —musitó de forma apenas audible.

— ¿Por qué? —frunció el ceño con auténtica perplejidad.

— ¿Por qué? Porque es apetitosa y pide ser besada, por eso. ¿Nadie te lo ha dicho?

Ella movió la cabeza.

—No... no me gusta mucho que me besen.

—Puede ser que se deba a que aún no has conocido al hombre adecuado —le brillaron los ojos—. ¿Has experimentado un orgasmo?

Quiso decirle que no era asunto suyo, pero cambió la respuesta por una pregunta.

— ¿Por qué?

Él frunció levemente el ceño.

—Recibo señales encontradas. Por un lado está esa Jo Lucas ecuánime y serena, capaz de plantarle cara a cualquier hombre, y luego está la chica mimosa que durmió en mis brazos y realmente no quería dejarlos...

— ¡Por eso estás tan presumido!

—Soy un canalla —reconoció sin el menor atisbo de arrepentimiento—. Pero también hay algo... no sé qué es... que despierta mi curiosidad —se mostró otra vez ceñudo.

—Si te resulto una especie de bicho raro —sugirió con sequedad—, me sorprende que quieras casarte conmigo.

—En absoluto. La idea de ser lo bastante hombre como para

hacerlo, resulta muy atractiva —comentó con seriedad.

Jo contuvo el aliento, porque eso era una arrogancia absoluta, si no otra cosa, y, por ende, intolerable; pero justo cuando iba a comunicárselo, él se echó a reír.

— ¡Pensabas que hablaba en serio, Josie!

El rubor le inundó las mejillas y Gavin se aprovechó de su confusión para bajar la boca a la suya.

—No te lastimará nada —prometió sobre sus labios—. Déjamelo a mí.

Lejos de lastimarla o de ser la invasión que siempre le había resultado desagradable, fue de una fascinación creciente. Una vez más, Gavin Hastings se tomó tiempo en besarla. Jugó con las comisuras de sus labios, con su mejilla, con su cuello… al mismo tiempo que bajaba las manos lenta pero minuciosamente por su cuerpo.

La pegó a él y Jo tuvo que luchar contra una marea deliciosamente sensual que la inundó al contacto de ese cuerpo cálido y duro.

Luego acomodó una mano en su nuca y con la otra comenzó a explorarle los pechos.

Ella respiró de forma entrecortada.

— ¿Te gusta? —los labios regresaron a la comisura de la boca de Jo.

Ella no respondió, no pudo encontrar las palabras para decirle que podía ser agradable pero que también era peligroso. Inesperadamente, tuvo que aferrarse a su brazo hasta que Gavin levantó la cabeza con una mueca de dolor.

—Oh —se llevó la mano a la boca—. Tu herida... ¡Lo siento tanto!

—No te preocupes.

La apoyó contra la pared y la encerró entre los brazos, haciendo que ella pasara de sentirse cautelosa por el modo en que la excitaba a la plena aceptación.

El siguiente paso, que era dejar que sus sentidos participaran, llegó con celeridad. La piel le hormigueó cuando él bajó una mano por su brazo. Luego lo dedos subieron hasta su garganta y se deslizaron por la V abierta del escote del top.

Capturó su labio inferior con los dientes y se pegó contra él. Los últimos vestigios de cautela se evaporaron bajo el ataque de completo placer y pura masculinidad de Gavin.

Movió la mano con destreza y le soltó el cabello. Esbozó una lenta sonrisa.

—Hacía días que quería hacerlo. ¿Sabes que al tiempo que albergaba unas profundas sospechas sobre ti, Jo, era incapaz de... mantener la mente alejada de tu cuerpo y de sus delicias?

—Sabía... —se movió bajo los dedos exploradores—... que te mostrabas bastante malhumorado acerca de las mujeres y de sus

intenciones, las mías en particular.

Se rió con suavidad y la apartó para besarle el hombro.

—Espero que ésta sea una forma apropiada de venganza.

Jo alzó los brazos y le pasó los dedos por el pelo, luego los bajó por su espalda.

— ¿Venganza?

—Mmm... —le apartó el tirante del sujetador—. En este momento me tienes a tu merced, señorita Lucas —antes de que ella pudiera hablar, la interrumpió—: O quizá es mutuo —y en esa ocasión, mientras le coronaba el pecho, comenzó a besarla con pasión.

Ella le devolvió el beso. Por primera vez en la vida, se entregaba a ser besada y experimentaba un placer casi insoportable por la inesperada intimidad que sentía.

Sus sentidos fueron un torbellino y no era capaz de quedarse quieta. No tenía suficiente con el fuego del cuerpo de Gavin sobre el suyo y el contacto sobre sus pechos y sus caderas parecía marcarla como una creación propia.

Y lo era. Ese hombre alto que había empezado insultándola de todas las maneras concebibles y que luego le había salvado la vida, de algún modo había destapado la esencia de su feminidad. Y en ese momento anheló suplicarle más intimidad.

Finalmente se apartaron y Jo tuvo que apoyarse para no deslizarse al suelo. Sin liberarla de la prisión de sus brazos contra la pared, la miró.

Los pechos subían y bajaban agitados y en el pálido valle entre ambos había una gota de rocío. Tardíamente, Jo se colocó el sujetador y se apartó el flequillo con un soplido.

Ambos sonrieron ante ese leve gesto reflejo y él decidió volver a arreglárselo.

Y en ese momento él comprendió que iba a necesitar un acto casi sobrehumano de voluntad para no tomarla de la mano y conducirla a su cama para retenerla allí hasta que temblara en sus brazos y se deshiciera bajo su cuerpo...

Entonces ella parpadeó varias veces y clavó la vista en la manga de su camisa. Él siguió la dirección de su mirada y vio una mancha de sangre.

En ese instante, Jo Lucas salió de su aturdimiento y la invadió una profunda preocupación.

— ¡Oh, no! ¡Mira lo que he hecho! ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Debí de enloquecer!

—Créeme, no sentí nada y no enloqueciste.

— ¡Claro que sí! ¡Y tú también! —replicó--. ¿Cómo puede pasarte por la cabeza ir besando a la gente de esa manera cuando tienes una herida de bala en el brazo?

—No besaba a la gente, en plural, sino a una única persona. A ti —corrigió.

—No seas tan sutil —advirtió—. Deja que le eche un vistazo.

Comenzó a desabrocharle la camisa con expresión seria.

—Doy por sentado que no es un buen momento para discutir contigo, ¿verdad, Jo?

—No lo es —le quitó la camisa.

Él bajó la vista al vendaje.

—Probablemente, sólo necesita un cambio de venda.

—Ya veremos. Ven conmigo —le entregó la camisa y dio media vuelta.

La siguió al cuarto de baño de sus aposentos, donde Jo sacó un botiquín. Luego, con eficacia, se dedicó a quitarle el vendaje, a limpiarle la herida que se había abierto levemente entre los puntos, y a volver a vendársela.

—Ya está —le dio una palmadita en el codo—. No creo que te hayas dañado mucho, pero deberías ver a un médico si sigue sangrando.

Se puso la camisa con expresión ceñuda.

— ¿También eres enfermera?

—No, pero hice un curso de primeros auxilios en la Universidad.

—Y por tu actitud, muy exhaustivo —dejó de abrocharse la camisa —. ¿Por qué me da la impresión de que todo lo haces de forma exhaustiva, Jo?

Ella enarcó las cejas.

—No tengo ni idea —de pronto notó que se había abrochado la camisa de forma irregular y empezó a arreglarlo.

Él le tomó las muñecas y le paralizó los dedos ocupados.

— ¿Lo ves? —murmuró.

Jo bajó la vista con cierta confusión.

Gavin añadió:

—Más motivo para casarme contigo. A propósito, el ofrecimiento sigue en pie. A pesar de tu insistencia en cambiar de tema cada vez que surge.

Ella lo miró a través del espejo.

—Todo esto ha ido tan… deprisa.

—Es por el modo en que nos hemos conocido. El dramatismo posee un efecto de aceleración. Ya compartíamos un cepillo de dientes horas después de haber sido presentados. Y antes casi dormíamos juntos.

— ¡No es verdad! —exclamó.

—No, tienes razón —convino él—, ahora que lo pienso. Pasaste a mis brazos… ¿dos horas después de conocernos?

Jo apartó la vista del brillo perverso que ardía en sus ojos.

—No vas a dejar que lo olvide nunca, ¿verdad?

—No. Y, por supuesto, tenemos el hecho de que te hice quedarte en ropa interior unos cinco minutos después de conocernos, señorita Piernas Largas

—añadió con suavidad.

Jo se volvió con determinación para mirarlo.

—No puedes pedirme que me case contigo de esta manera sin… una explicación. No después de lo que has dicho.

—Jo... —se puso serio—.., me estoy precipitando, ¿no? Lo siento. La cuestión es que de pronto se me ha ocurrido que necesito una esposa porque Rosie necesita una madre y mi madre necesita un descanso. Pero antes de descubrir eso, tuve esta... convicción... de que tenías que ser tú.

— ¿Por qué? —susurró ella.

Gavin se encogió de hombros.

— ¿Por el vínculo que todo este asunto del secuestro forjó entre nosotros? Puede que pienses que te salvé la vida, pero lo que quizá hayas olvidado es los problemas en los que te ibas a meter con un tintero de sólido mármol para salvar la mía. Tal vez es eso lo que hay entre nosotros. Nos importa el otro.

— ¿En contraposición a estar profunda, loca y apasionadamente enamorados?

—A veces las emociones menos extravagantes son las que tienen mejores cimientos.

Después de lo que pareció una eternidad, ella bajó la vista.

—Lo pensaré —murmuró.

Gavin la estudió y pareció querer decir algo, pero al final cambió de opinión y le plantó un delicado beso en el pelo antes de dar media vuelta.

Capítulo 5

Jo eligió no irse inmediatamente a la cama.

Se puso una rebeca y salió a la terraza de su dormitorio, luego bajó unos escalones de madera para ir al jardín.

Se sentó en un banco y cruzó los brazos.

Debido a la falta de luz artificial, esa zona de Queensland era afamada por la vista del cielo nocturno.

Aparte de admirar el cielo, su mente estaba fascinada con el milagro acontecido esa noche, la liberación de una experiencia que había condicionado toda su vida.

Era verdad que ser besada siempre le había resultado desagradable por un buen motivo. Entre los doce y los dieciocho años había vivido con tres familias adoptivas. Dos de ellas habían sido cálidas y la habían apoyado, esforzándose en hacerla sentir de la familia. Pero una había resultado ser una pesadilla.

Tenía quince años cuando el marido había empezado a prestarle atención de un modo furtivo y nauseabundo. Había empezado con cumplidos hacia su figura, luego había comenzado a tocarla, al principio había creído que de forma accidental, pero un día la había arrinconado y besado, para luego advertirle de que si se lo contaba a alguien, nadie le creería.

Jo había hecho las maletas y huido a la comisaría más cercana, donde la remitieron al Departamento de Servicios Familiares y Comunitarios.

Al principio, nadie le había creído, e incluso se llegó a sugerir que ella podría haberlo «incitado», pero Jo se había ceñido a la verdad y su historial de chica sensata la había rescatado, consiguiendo que se iniciara una investigación. Se descubrió que otras dos chicas que habían vivido con la misma familia habían sufrido experiencias similares, aunque ellas habían estado demasiado asustadas en su momento como para presentar una denuncia.

A partir de ese momento se había negado en redondo a ir a vivir con cualquier familia en la que hubiera un hombre en la casa y, después de recibir terapia, había terminado con una viuda de mediana edad con una hija de la edad de Jo, que se convirtió en su mejor amiga.

Quizá la experiencia de que en un principio no le creyeran había resultado tan dañina, que su independencia se había convertido en algo crucial para ella. Nunca más volvería a depender de que alguien creyera en ella.

Gavin Hastings había cambiado todo eso. De algún modo, lo había desterrado sin esfuerzo alguno. Y aunque el corazón se le había

desbocado cuando le sugirió que se casaran, nada la había preparado para el aluvión de sensualidad que esa noche había liberado en ella.

Cerró los ojos. Al fin se había purificado. Se había enamorado y le encantaba… aunque aún no sabía cómo iba a encarar el hecho de que un amor hondo, loco y salvaje quizá no se repitiera para él cuando sospechaba que ya se había iniciado para ella.

Capítulo 6

A la mañana siguiente, se despertó y se encontró con Rosie sentada en un extremo de su cama.

—Buenos días —con los ojos entreabiertos, miró el reloj de la mesilla. Las seis y media y la luz ya empezaba a filtrarse por las ventanas.

— ¡Hola! —saludó la pequeña, entusiasmada—. Siempre nos levantamos al amanecer, pensé que lo mejor era venir a decírtelo.

—Ya lo veo —se pasó los dedos por el pelo.

—La abuela me ha dicho que vas a dibujar mi retrato además del suyo. ¡Me gusta porque a mí me encanta dibujar! ¿Querrías empezar ahora?

— ¿Ahora? Mmm... —se calló.

— ¿Qué te parece si te traigo una taza de té? A la abuela eso la despeja.

—Gracias, sería estupendo.

Rosie se marchó y Jo se dio una ducha rápida. Estaba vestida cuando la niña regresó con una bandeja, en la que además del té, había un vaso de leche y dos tostadas.

—Una para ti y la otra para mí —explicó respecto a las tostadas—, y la leche es para mí. La señora Harper las preparó, gruñendo en todo momento que no tenía derecho a despertarte tan pronto, pero como ya lo había hecho, bien podía prepararte un té.

Era evidente que la pequeña estaba acostumbrada a mucha compañía adulta, por lo que resultaba muy despierta pero a menudo extrañamente anticuada, como una niña de una época pasada.

—Gracias —aceptó Jo con seriedad—. Hace tiempo que no tomo una tostada.

Rosie sonrió.

— ¿Cómo te gustaría que posara?

Jo reflexionó un poco mientras bebía el té.

—Ya que te encanta, ¿por qué no dibujas un poco? Te daré algunas de mis hojas y puedes emplear este segundo juego de lápices que siempre llevo conmigo —señaló una caja más pequeña que se hallaba en la mesilla.

—Qué idea tan estupenda —alabó Rosie—. ¿Qué dibujo? ¡Ya lo sé! La perra favorita de papá tuvo cachorros el otro día. A ver si los recuerdo —hizo un mohín.

Dibujaron durante una media hora y Rosie no dejó de hablar en todo momento.

Si era la luz en la vida de su padre, Gavin era el héroe que su hija adoraba. También dijo que quería a su abuela, que le encantaba la

vida en el rancho y que tenía ganas de que empezara la escuela, aunque de pronto suspiró y apoyó la barbilla en las manos.

— ¿Qué sucede? —inquirió Jo.

—Sé que algún día tendré que ir a un internado, pero hasta entonces, quiero formar parte de la escuela de aquí. Este es mi hogar —añadió.

— ¿Y por qué no lo haces, entonces?

—A la abuela le gusta pasar mucho tiempo en Brisbane y yo casi siempre voy con ella, pero no podré hacerlo cuando haya empezado la escuela, así que ha sugerido que vaya a una escuela de Brisbane y que vengamos a Kin Can en las vacaciones.

— ¿Eso no te atrae?

—No. Por supuesto, y a pesar de lo mucho que quiero a la abuela, si tuviera a mi propia madre, como todos los demás niños que conozco, ¡no habría ningún problema! Realmente, es una gran desgracia en mi vida, Jo —le confió en tono lúgubre.

Jo detuvo el lápiz sobre el papel.

—Pareces llevarte bastante bien con la señora Harper. ¿No podría cuidar ella de ti mientras tu abuela se encuentra en Brisbane?

La desesperanza se vio sustituida por un desdén encendido.

— ¡No quieren ni oír hablar de ello! Cualquiera pensaría que soy un bebé.

—Comprendo. ¿Qué dice tu padre?

Rosie puso la voz más grave.

—«Tenemos meses para pensar en ello, gatita, y siendo Gavin Hastings Cuarto, se puede confiar en que tome la decisión adecuada».

Jo tuvo que reírse.

— ¿Gatita?

—Es una broma entre nosotros —se calló al oír una leve llamada a la puerta antes de que se abriera—. ¡Papá! —se puso de pie de un salto y corrió junto a su padre con el dibujo en la mano—. ¡Mira esto!

—Rosie, ¿qué haces aquí a esta hora de la mañana? Es bonito, pero… —miró el dibujo—… nunca más, es demasiado temprano. ¡Buenos días, Jo! Lamento esto. Por algún motivo, me quedé dormido.

—Está bien. Hemos podido llegar a conocemos un poco.

Gavin entrecerró los ojos.

— ¿Qué te ha estado contando? —quiso saber al fin. Jo sonrió con ironía.

—Eso queda entre las dos.

Rosie puso expresión de aprobación.

—Me gusta alguien que sabe guardar un secreto. ¿Está listo el desayuno? ¡Me muero de hambre!

La mañana pasó deprisa.

Para alivio de Jo, el doctor ambulante de una clínica próxima pasó a ver a Gavin.

—Escucha, amigo —lo reprendió mientras cambiaba los vendajes que Jo le había puesto y le informaba de que la herida había sangrado un poco—, debes darle tiempo para que cierre. ¿Qué diablos estabas haciendo?

Jo contuvo el aliento.

—Ocupándome de las vallas —respondió Gavin y le dedicó una mirada malévola—. Figurativamente hablando, claro.

—Pues deja de hacerlo. Ya no estás en las fuerzas especiales —guardó las cosas en su maletín y luego miró a Jo, como si hubiera captado las vibraciones del momento, y enarcó las cejas.

—Oh... te presento a Jo Lucas, Tom —dijo Gavin—. Está haciendo el retrato de Adele. Jo, te presento a Tom Watson.

— ¡Ah! La dama de la que hemos oído hablar. ¡Encantado de conocerte! Tengo entendido que te mostraste

—Está bien. Hemos podido llegar a conocemos un excepcionalmente valerosa en circunstancias desagradables.

—Lo estuvo —convino Gavin antes de que ella pudiera responder —. Por eso, intento convencerla de que se case conmigo.

Tom se rió.

—Yo, en tu lugar, me lo pensaría dos veces —le dijo a Jo—. Gavin es famoso por conseguir siempre lo que quiere. De acuerdo, he de irme —se despidió, pero frunció el ceño un momento antes de dirigirse a la avioneta.

— ¿Cómo has podido hacer eso? —preguntó Jo mientras veían cómo la avioneta recorría la pista de hierba.

— ¿Hacer qué?

—Decirle que estabas pensando en casarte conmigo... como si no lo supieras.

—Lo tomó como una broma.

Jo lo miró con gesto lúgubre.

—Hasta que se detuvo a reflexionar en lo que había oído y en lo de las vallas.

Gavin sonrió y le tomó la mano.

—Tom no es tonto. Y tampoco se trata de una broma.

—Gavin...

—Jo, ¿me permites hacer una sugerencia?

Lo miró con recelo.

— ¿Qué te parece si nos tomamos una o dos semanas para pensar en ello? Tú podrías evaluar la vida en el campo, a mi familia, por no mencionarme a mí, y también podrías realizar el retrato de mi madre.

—Yo...

— ¿Es mucho pedir?

—Quieres decir... ¿a cambio de salvarme la vida?

—No, claro que no —gesticuló—. Olvida que he dicho eso. A propósito, ¿qué te dijo Rosie esta mañana?

Jo debatía consigo misma si contárselo o no, cuando aparecieron Rosie y Adele.

—De acuerdo —dijo él—. Dejaremos este tema por el momento. ¿Te quedarás?

Ella clavó la vista en el horizonte polvoriento.

—Si me prometes una cosa.

— ¿Qué?

Lo miró a los ojos.

—Si la respuesta es no, lo aceptarás.

—Hecho —repuso en el acto.

Con tanta celeridad, que despertó la suspicacia de Jo.

— ¿Lo dices en serio?

—Soy un hombre de palabra.

— ¿Puedo añadir una cláusula? —frunció el ceño.

—Deja que lo adivine. ¿Algo que ver con que no haya... una presión indebida?

—Sí —corroboró en tono seco.

—Jo, si te abochorna el modo en que me besaste anoche, no lo estés. Fue maravilloso —afirmó con sencillez.

Ella se puso colorada.

—Y también fue muy sexy —añadió él—, y...

—No es que me abochorne —lo interrumpió ella con cierta precipitación—. Evidentemente, se trata de un factor a tener en cuenta, pero...

—Un factor importante —intervino él, y alzó la mano para trazar con delicadeza el contorno de los labios de Jo.

Ella tembló al recordar con desgarradora claridad la sensación de las manos de él en sus pechos y sus caderas.

—Tu madre y tu hija ya están casi aquí —indicó con un esfuerzo.

Él bajó la mano y miró por encima del hombro.

—De acuerdo. Dime cuando sientas que ejerzo una presión indebida. ¿Trato hecho?

A Jo se le ocurrió que tendría que haber añadido muchas más cláusulas, como no volver a mencionar la proposición de matrimonio, o no realizar ninguna exhibición pública de la atracción que existía entre ellos. Pero sólo tuvo tiempo de decir:

—Mmm... uhh... sí.

—Bien —se giró para saludar a Rosie y Adele.

Dos semanas más tarde, el tiempo, literalmente, había volado al experimentar una exhaustiva y placentera inducción a la versión de

los Hastings de la vida en el campo.

Y Gavin respetó su palabra y dedicó su tiempo a hablarle de ovejas. Le contó cómo estaban experimentando con un concepto nuevo: un etiquetado electrónico de cada oveja.

—Los lectores electrónicos pueden comparar información como el peso, la necesidad de un control parasitario, etcétera, obteniendo así un cuadro mucho más preciso del estado de la oveja.

—La ciencia es asombrosa, ¿verdad? —ella movió la cabeza. Estaban apoyados contra una valla, mirando cómo las ovejas eran introducidas en distintos corrales. El aire estaba polvoriento y vibrante con los silbidos mientras los perros obraban su magia y las ovejas demostraban la propensión que tenían a saltar sobre obstáculos imaginarios.

Ella miró. Jo llevaba puestos unos vaqueros y una camisa azul y la brisa le agitaba el cabello.

—Estás... —se calló con cierto pesar. Ella lo miró con curiosidad—. Mmm... iba a realizar un comentario de naturaleza personal, pero puedo ceñirme al tema de las ovejas; depende de ti.

Jo esbozó una sonrisa fugaz.

—Cíñete a las ovejas.

—No sé por qué lo he preguntado si sabía condenadamente bien que ibas a responder eso —gruñó de buen humor. Luego continuó—: China es el mayor mercado que tenemos para la lana de Queensland y Australia es el mayor productor del mundo de lana destinada a la confección. Un trasquilador experto puede trasquilar entre ciento veinte y ciento cuarenta ovejas al día...

— ¿Qué?

—Es verdad, pero me has hecho perder el hilo... mmm...

—Gracias —dijo seria—. Creo que es información suficiente para asimilar en este momento.

— ¿Estás segura? Hay mucho más...

—Gavin, estoy segura.

—Entonces, ¿puedo decirte que eres asombrosamente atractiva, señorita Lucas? Era lo único que iba a decir antes —se apresuró a asegurarle.

Jo soltó una carcajada.

Jo y Rosie usaban la piscina casi todos los días, que cada día eran más calurosos. La pequeña nadaba estilo perrito, pero Jo era una nadadora consumada, y en un par de días tuvo a Rosie realizando el estilo braza de forma pasable, para deleite de la niña... y la aprobación de su padre.

La aprobación de éste no se extendía únicamente al progreso de su hija en el agua, sino a su profesora. Tenía un modo de examinarla con

el bañador mojado que resultaba muy revelador, en especial cuando estaba chorreando y los pezones resultaban claramente visibles debajo de la lycra.

Pero lo único que dijo en una sola ocasión, y cuando su hija no podía oírlos, era que tenía unas piernas interminables y que ya figuraban en su agenda en el apartado de perfección femenina.

Jo le había dedicado una mirada enigmática y se había pasado una toalla alrededor de la cintura para que le cubriera los muslos.

Tuvo que reconocer que no era inmune a él, y que Gavin tenía un modo incurable de salirse con la suya, pero en una leve riña que habían mantenido, cuando ella, simple y serenamente había manifestado estar en desacuerdo con él, la había mirado con tanta sorpresa en los ojos, que durante un momento había tenido que resistir el impulso de darle un beso y decirle que fuera un buen chico.

Pero fue como si le hubiera leído el pensamiento, ya que la miró de arriba abajo y murmuró:

— ¿Te sientes maternal, Jo?

—Bueno...

—Créeme, no es así como pienso en ti. De hecho, a menudo me pregunto cómo te gusta hacer el amor... ¿De forma serena? ¿Jubilosa? ¿Eres pragmática incluso en la cama? ¿O generosa? ¿Ese cuerpo hermoso... —la desnudó con los ojos azules—... se arquea y retuerce y...? ¡Ah! —se calló y observó el nibor que se extendía por sus mejillas —. No maternal, entonces.

Giró en redondo y se alejó de él.

Aquella noche, como le sucedía cada vez con más frecuencia, no pudo evitar fantasear con hacer el amor con Gavin.

Reclinado detrás del enorme escritorio de roble en el sillón giratorio de piel, con las manos entrelazadas en la nuca, Jo lo estudió. Parecía grande y relajado, como si todo el poder de que había sido investido no lo agobiara.

Frunció el ceño al tener un pensamiento súbito.

— ¿Recibiste alguna preparación para asumir la dirección de todo este imperio? —señaló el mapa que había delante de él, donde se reflejaban las diversas inversiones e intereses de la familia Hastings.

—Me educaron para ello. Mi padre siempre creyó en un enfoque activo, y me lo transmitió.

— ¿Así que nunca quisiste hacer otra cosa?

—En realidad, no.

— ¿Y qué me dices de las fuerzas especiales?

Bajó las manos y se encogió de hombros.

—Es una tradición familiar para los varones participar en el ejército, y yo parecía tener las cualidades apropiadas para entrar en

los Servicios Especiales, pero jamás pretendí desarrollar una carrera militar. Entonces mi padre murió, demasiado joven, por cierto, y yo regresé para encargarme de todo. Lo he estado haciendo desde entonces —la observó pensativo—. ¿Algo de eso representa algún problema para ti?

—No —afirmó sin vacilar.

Él sonrió.

—Me miras como si sospecharas que tengo todos los vicios imaginables.

Negó con la cabeza y se giró.

—Discúlpame, pero Adele me ha prometido posar.

— ¿Cómo va?

—Bien —aseveró entusiasmada.

— ¿Qué has hecho con mi retrato?

—Aún... aún lo tengo. ¿Por qué?

—Curiosidad. Muy bien —miró la hora—. Te veré en la cena. Creo que tendremos compañía.

Jo gimió.

— ¡Recibes a demasiada gente!

—Yo no, mi madre.

—De haberlo sabido, habría traído más ropa.

—Para mí siempre estás bien —recorrió su figura con la vista y luego se centró en sus ojos.

—Gracias —se movió incómoda.

Gavin alzó una mano como para tocarla, luego titubeó y la bajó, y el cuerpo de Jo gritó de frustración, conmocionándola con la intensidad de la excitación que el simple pensamiento de sus manos sobre ella podía evocar.

— ¿Jo?

Dio un paso atrás, pero él la siguió, y se preguntó aturdida qué pensaría si supiera que el único retrato que iba bien era aquél en el que había trabajado después de que todo el mundo se hubiera ido a la cama. No el de Adele, ni el de Rosie, sino el suyo, desnudo hasta la cintura, sentado a una vieja mesa de madera en una cabaña sombría.

— ¿Qué sucede, Jo? Seguro que podemos hablar al mismo tiempo que te reconcilias con mi estilo de vida, ¿no?

Ella se mordió el labio inferior.

— ¡Desde luego! Pero no ahora. Tu madre...

—A mi madre que le den...

—Gavin, me está esperando.

—Esta noche, entonces —juró—. Después de la condenada cena. Porque me da la impresión de que te estás enredando en nudos innecesarios, Jo Lucas. Y lo que no ayuda nada, es esa ridícula cláusula sobre la presión indebida. ¿Qué diablos crees que voy a

hacerte? ¿Seducirte hasta hacerte perder la cabeza?

—No lo conseguirías —repuso con un deje de irritación—. Y debería advertirte de que no te mostraras demasiado arrogante conmigo. Puede que... —se calló, para continuar de inmediato—: Puede que me gusten algunas cosas de ti, ¡pero nunca ésa!

—O... ¿quizá puede que te hayas enamorado de mí, Josie? —musitó—. ¿Era eso lo que ibas a decir?

—Jo... ¡oh, ahí estás! —Adele entró en la habitación—. ¿Me he confundido de hora? Estaba esperando en mi salón.

—Voy ahora mismo —indicó ella agradecida.

— ¿Sabes cuánto tiempo llevo viuda?

Esa pregunta la sorprendió; negó con un gesto de la cabeza.

—Doce años. Era muy joven cuando tuve a Gavin y a Sharon —continuó Adele—. Ahora sólo tengo cincuenta y ocho años. No soy tan mayor y he estado sola mucho tiempo.

De pronto Jo tuvo un atisbo de la dirección hacia la que se encaminaba aquello.

— ¿Ha… conocido a alguien, señora Hastings?

Adele se irguió con ansiedad.

—Sí. ¡Oh, qué alivio decirlo! Y la cuestión es que hemos conectado. Es un par de años más joven, pero de mi generación y... me ha pedido que me case con él. ¡Sin duda es por eso por lo que últimamente estoy tan despistada! Vive en Brisbane.

—Ah. ¿De ahí el problema con la escuela de Rosie?

—Bueno, yo nunca podría abandonar a la pequeña, no después de que perdiera a su madre de esa manera, pero también porque la adoro. Pero James estaría encantado de que viviera con nosotros durante el año escolar. ¡Sabe que es la única manera en que podrá tenerme!

Movió la cabeza y Jo tomó un lápiz, ya que todo lo que había intentado desesperadamente capturar sobre la madre de Gavin, su mismo espíritu, lo tuvo de pronto ahí para transmitirlo al papel.

—Mmm... ¿A Gavin no le gusta la idea de que Rosie se marche a la escuela lejos? —sugirió.

—En realidad, no. Al menos, todavía. Aunque tampoco sabe por qué estoy tan entusiasmada. Y, desde luego, comprendo sus reservas… adora a Rosie. Pero, bueno, podría inscribirla en mi antigua escuela, que es una de las mejores. Y yo estaría allí para lo que me necesitara, como lo he estado en el pasado.

— ¿Así que no le ha hablado a Gavin acerca del hombre que quiere casarse con usted? ¿Hay algún motivo para no hacerlo?

Lo ojos azules de Adele centellearon.

—Lo más factible es que plantee todo tipo de objeciones.

— ¿Por qué?

Adele titubeó.

—Para exponerlo sin rodeos, aunque no hay otro modo de plantearlo… soy una mujer muy rica por derecho propio, Jo.

Jo trazó unas líneas fluidas y luego delicadas.

— ¿Teme que pueda ser el blanco de un cazafortunas?

—Exacto. ¡Cualquiera diría que nací ayer!

—A Rosie le encanta estar aquí —murmuró Jo. Los hombros de Adele se encorvaron.

—Lo sé.

Josie la miró fijamente.

—Por supuesto —prosiguió Adele, que durante un momento pareció indescriptiblemente triste— mi mayor deseo es que Gavin encuentre a alguien... tanto para él como para que sirva como madre para Rosie. Tiene tanto que ofrecerle a una joven...

—Siempre que sea capaz de establecer su independencia —sugirió, y las dos rieron.

Cuando Jo inclinó la cabeza, no vio la mirada seña que le dedicó Adele.

Entonces la madre de Gavin dijo:

—No obstante, sigo intentándolo. La gente a la que he invitado a cenar esta noche, tiene una hija preciosa. Ha estado unos años en el extranjero. Gavin la conoce, pero quizá la encuentre algo cambiada y... ¿quién sabe?

Los dedos ocupados de Jo se quedaron quietos al alzar la vista hacia la mujer mayor.

— ¿Intenta buscarle pareja?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a hacerlo? Y Sarah Knightly podría ser la mujer que lo atrajera.

Jo parpadeó, luego bajó otra vez la vista.

«Si eso no pone al gato entre las palomas, me sorprendería», pensó Adele Hastings. De hecho, desconocía porqué la gente pensaba que alguien se volvía ciego y sordo al llegar a determinada edad. «Claro que intento buscarle pareja, Jo, ¡pero es a ti a quien quiero para Gavin! »

Jo pensó seriamente en buscar una excusa para no asistir a la cena.

Se dijo que no tenía deseos de contemplar lo que su madre consideraba el tipo apropiado de esposa para Gavin. Se dijo que podía creer estar enamorada de él, pero que también había una pequeña yeta obstinada en ella en conflicto con la idea de dejar que se saliera demasiado a menudo con la suya.

Al final fue, porque una vocecita loca la instó a pensar que nunca lo había visto en compañía de lo que podría llamarse una esposa idónea.

Esforzarse en tratar de combinar su limitado guardarropa, para ponerse algo diferente, hizo que se sintiera un poco desesperada, y no supo muy bien porqué.

En la velada, cuando le presentaron a Sarah Knightly y a sus padres, llevaba puestos unos pantalones ceñidos de un color gris pardo y una blusa de lino de color marfil. Se había lavado el pelo y se lo había dejado suelto después de secárselo, de modo que ondeaba y brillaba como una nube dorada.

Rara vez se maquillaba, pero esa noche se había aplicado sombra de ojos, rimel y brillo para los labios.

Su primera reacción ante Sarah Knightly fue pensar «Fantástico. ¡Una de esas criaturas pequeñas y delicadas que hacen que me sienta demasiado grande!».

No sólo eso, sino que era encantadora, efervescente y asombrosamente madura al recordar los años pasados en el extranjero estudiando la gestión del agua en entornos propensos a las sequías y las inundaciones… lo último que habría imaginado Jo. Y a pesar de ello, no estaba más allá de agitar las pestañas en dirección a Gavin.

Al terminar la deliciosa cena, salieron al jardín a tomar el café.

—Un penique por tus pensamientos.

Jo se volvió y encontró a Gavin a su lado, que le ofrecía una copa de licor.

—Pensaba —dijo despacio, aceptando la pequeña copa—. Gracias... pensaba que Sarah sería una esposa muy apropiada para ti —Sarah se hallaba inspeccionando la piscina en compañía de sus padres y de Adele.

Él la miró con frialdad.

—Comprendo. Aún seguimos en guerra por algo, ¿verdad, Josie?

—Tú la empezaste.

—No —la contradijo—. Tú la empezaste y la libras en un velo de silencio. Esa nunca fue mi intención.

Lo miró.

—Tienes que reconocer que me has estado esquivando, J0.

Era posible, aunque con la intención de disponer de perspectiva en vez de verse abrumada por su presencia física.

—Yo... —pensó un momento—. No estoy evitando algunos de los temas ahora, ¿verdad?

Miró por encima del hombro de ella hacia la piscina y frunció el ceño.

— ¿De verdad consideras que Sarah es un tema? No la deseo, Jo. Ni a ninguna de las esposas «apropiadas» que mi madre no deja de

hacer desfilar ante mí.

— ¿Lo sabes? —parpadeó.

—Claro que lo sé —repuso impaciente—. No nací ayer.

—Se me puede perdonar por pensar que era una esposa apropiada, Gavin. No es que eso represente algún problema, pero ya que vas a ser apropiado, podrías encontrar a una mujer más idónea... es lo único que estoy diciendo —sonrió fugazmente.

—Se te ha atragantado —afirmó Gavin pasado un largo momento.

Jo hizo una mueca.

—A veces me pasa con las chicas pequeñas. Hacen que me sienta como una amazona.

—Yo también tiendo a sentirme torpe junto a mujeres pequeñas.

Ella enarcó una ceja.

Él sonrió con gentileza.

—Razón por la que me gustas tal como eres.

Sus miradas se encontraron y el corazón de ella empezó a latir con fuerza a medida que algo cálido y bonito fluía entre ellos.

Ella entreabrió los labios, pero él apoyó una mano sobre la suya.

—Luego, Jo.

—Sí —convino con voz ronca.

Pero en cuanto los Knightly se marcharon, una llamada le comunicó que se había iniciado un incendio en una de las cabañas del personal a varios kilómetros del rancho.

— ¡No puedes ir, Gavin! —protestó Adele—. Tu brazo...

—Sí que puedo, y debo, pero sólo para dirigir las operaciones —sonrió—. Ya sabes lo bien que se me da eso.

— ¿Podemos ayudar? O, ¿puedo ayudar yo? —quiso saber Jo.

La mirada de él se suavizó.

—Gracias, pero hay suficientes vaqueros; lo que tal vez falte sea alguien que dirija, y ésa es mi responsabilidad. Id a acostaros. Os veré por la mañana

—hizo una pausa—. Jo...

—Está bien —murmuró ella.

Gavin titubeó y luego dio media vuelta.

—Es como su padre —comentó Adele cuando se marchó—. ¡Sabes que se puede contar con él!

Tardó un rato en irse a la cama.

Algo en su interior daba vueltas al recordar ese hermoso momento de proximidad, y supo que se acercaba el momento en que se vería presionada a tomar una decisión. También sabía que deseaba mucho casarse con él.

Aparte de que estaba Rosie. Sinceramente podía afirmar que

habían «conectado». Pasaban horas dibujando juntas y la pequeña mostraba auténtico talento. No sólo eso, sino que se reían mucho juntas y se había convertido en la confidente de la niña.

Se preguntó el peso que añadiría una niña de seis años a la nueva felicidad de Adele, sin importar lo mucho que ésta insistía en lo inseparable que era de Rosie.

En todo caso, añadía un buen motivo para que Gavin quisiera casarse con ella, aunque algo la retenía... ¿la carga de estar profundamente enamorada mientras él no lo estaba?

«¿Quién puede decir que no se enamorará locamente de ti?», se preguntó.

De repente, algo surgió en su mente. ¿Había alguna forma de protección que pudiera llevar a un matrimonio de conveniencia… como no dejar que supiera lo mucho que lo amaba hasta que, si alguna vez, tuviera la certeza de que él sentía lo mismo?

Pero no pudo evitar preguntarse cómo afectaría a una relación esa política de «contención». Y lo difícil que podría ser no permitirle ver lo mucho que la afectaba.

El día siguiente aportó una secuencia de acontecimientos que pareció demostrarle que contenerse sería una excelente idea.

Capítulo 7

DIBUJABA en el dormitorio, contenta por primera vez con el retrato de Adele, cuando la señora Harper apareció a media mañana para informarle de que Gavin querría verla, si no estaba ocupada.

La sorprendió un poco que no hubiera ido a buscarla en persona. No lo veía desde la noche anterior, por lo que había conjeturado que había desayunado pronto para marcharse de inmediato, algo que también la había sorprendido después de lo sucedido entre ellos la noche anterior. Pero Adele le había comunicado la noticia de que, aunque nadie había resultado herido en el incendio, la cabaña había quedado calcinada, de manera que había dado por hecho que aún seguía atrapado en las consecuencias del fuego.

—Está en el cobertizo de trasquilado. Llamó hace un momento — añadió la señora Harper.

No pudo evitar preguntarse porqué le pedía que fuera al cobertizo donde esquilaban a las ovejas en un día desapacible como ése.

Corrió hasta allí y al subir a la plataforma de trasquilado tenía el cabello dorado revuelto.

El lugar estaba barrido y vacío, salvo por Gavin, que inspeccionaba uno de los peines eléctricos. Ella se detuvo unos instantes, pensando que tenía un aspecto imponente.

— ¿Sucede algo? —le preguntó al acercarse a él.

Él soltó el peine, dejando que colgara del cable, y se volvió, simplemente para observarla mientras la respiración de Jo se estabilizaba de la carrera.

— ¿Gavin?

—Jo, necesitamos tomar una decisión —dijo con brusquedad—. Ya llevamos demasiado tiempo vacilando.

— ¡Vacilando! —repitió con incredulidad—. ¡Podríamos estar hablando del resto de nuestra vida!

—Desde luego, es mi intención que así sea, pero de esta manera no vamos a ninguna parte —se frotó la mandíbula.

— ¿Por qué... qué... ha surgido algo que yo no sepa? —preguntó de forma casi incoherente—. Anoche...

—Anoche desconocía la intención de mi madre de volver a casarse —expuso con precisión.

— ¿Eso qué tiene que ver...? —se interrumpió—. Claro... Rosie.

—Sí, Rosie —convino—. Si piensa que le voy a confiar a Rosie a un hombre al que no conozco, que podría ser un condenado cazafortunas, está equivocada.

Su reacción fue de incredulidad.

— ¡No puedes pensar que tu madre se casaría con alguien así! ¿No crees que al menos deberías concederle el mérito de...?

— ¿Qué? —la miró con ojos centelleantes—. ¿Sabes dónde lo conoció? En un crucero. ¿Tienes idea de los objetivos ricos que proporciona un crucero para alguien al acecho? Viudas ricas, solitarias...

—Gavin, para un momento —ordenó Jo—. Créeme, ¡no es correcto que muestres tanto escepticismo acerca de tu madre!

—Todo lo contrario —gruñó—. Es por quererla tanto, pero ser realista al mismo tiempo, por lo que me preocupo.

Jo respiró hondo para calmarse.

—Sin embargo —continuó él antes de que ella pudiera hablar—, aunque se casara con él y resultara ser un buen hombre, bajo ningún concepto voy a permitir que Rosie se vea involucrada.

—Sí, bueno —concedió Jo—, eso se me había pasado por la cabeza.

— ¿Estabas al corriente de todo esto? —le espetó. Ella asintió.

—Tu madre me lo contó ayer mientras posaba.

— ¿Y?

Dejó de atusarse el pelo con los dedos y se lo acomodó detrás de las orejas.

— ¿Y... qué? —preguntó.

—Oh, vamos, Jo, ¡no des rodeos! ¿Cómo ha afectado a esas prolongadas deliberaciones tuyas?

— ¡Tú sugeriste que nos tomáramos tiempo para pensarlo! —exclamó.

—Como te dije ayer, no de esta manera, bajo un velo de secreto y silencio.

A pesar de las circunstancias, esa reacción le resultó intolerable.

—Una de mis prolongadas deliberaciones —imitó con frialdad—, me dice que una institutriz joven podría solucionar... todos tus problemas.

— ¿Oh, sí? —preguntó en tono peligroso—. ¿Qué me dices del hecho de que basta que nos miremos para que nos domine el deseo y la necesidad? ¿Preferirías irte a la tumba preguntándote qué podría haber sido? ¿Vas a jugar de forma segura toda tu vida? ¿Sabes?, después del modo en que nos conocimos, no te habría tomado por una cobarde.

Ella se tragó el nudo de la garganta y se sintió mareada bajo el torrente de emociones que la invadió al mirarlo a los ojos. Algo en su interior gritó que no debería estar sucediendo de esa manera. Pero su honestidad hizo que se preguntara si tendría razón.

Se humedeció los labios y carraspeó.

—Da la casualidad de que he tomado una decisión, Gavin. He decidido que serías un marido muy conveniente para mí.

Él entrecerró los ojos y realizó un movimiento brusco.

—Deja que te lo explique —continuó ella con ecuanimidad—. Por supuesto, hay conveniencia en ambos lados. Tú necesitas una madre para Rosie y eso me parece perfecto. Creo que tenemos una comunicación especial, quizá porque la pequeña no tiene madre y yo sé lo que es eso —hizo una pausa.

—Continúa.

—Mmm… Yo siempre he querido un hogar propio. Supongo que ser hija adoptiva te provoca eso. Y para serte sincera, dispondría de la seguridad financiera para dibujar lo que quiero. Aquí hay un amplio abanico de temas que me atraen. Niños, animales, paisajes —miró alrededor—. Incluso este viejo cobertizo para trasquilar.

La mirada de él permaneció entrecerrada e intensa.

—Nunca quise —prosiguió Jo— dedicar mi carrera artística a realizar retratos por encargo. Lo veía como una manera de que se fijaran en mi trabajo, no como algo definitivo. Si me caso contigo, podría abandonarlo mucho antes. Pero si acordamos esto, he de establecer una condición.

— ¿Cuál?

En esa ocasión hubo un eco de aspereza en su voz.

Tragó saliva y se tomó un momento para serenarse.

—Que lo pasado, pasado está y que no finjamos que esto es algo más que un matrimonio de conveniencia. Sé que una pareja de la que estés enamorado loca y profundamente está fuera de lugar contigo. Tú sabes que yo soy una especie de solitaria independiente y que me resultaría difícil cambiar. Pero habría claras ventajas para mí… al igual que para ti.

— ¿Todo esto conduce a que te veas yéndote conmigo a la cama, Jo?

Ella entreabrió los labios.

—Quiero decir que suenas tan condenadamente práctica, que bien podríamos estar hablando sobre el precio de los huevos.

—Gavin —soltó entre dientes—, desde el momento en que me viste esta mañana, has estado enfadado y empecinado en insultarme. ¡Eres afortunado de que no te haya abofeteado!

Los ojos le ardieron y al decirlo, supo que no habría nada que le diera más satisfacción que hacer justo eso… pero él la vio venir y la esquivó, luego le atrapó la muñeca.

—Vaya —musitó él.

Jo se hallaba demasiado enfadada como para capitular cuando él la encerró entre sus brazos; estaba rígida y furiosa.

—Esto me recuerda —indicó él— otra ocasión en que te tuve en mis brazos y tú pensabas que lo detestabas. En la cabaña.

— ¡Lo detestaba! Y lo detesto ahora.

—Entonces, permite que vea cómo puedo redimirme. ¿Te casarás

conmigo, Jo Lucas, no sólo por lo que podamos hacer el uno por el otro, sino para compartir una cama, y la compañía del otro?

Lo miró.

—Para mí sería un honor si me dieras un sí —añadió Gavin.

Estudió sus ojos, pero en ellos sólo pudo encontrar una pregunta seria.

— ¿Aceptas lo que he dicho?

Él se encogió de hombros.

—Si tú quieres que lo haga. Aún me gusta pensar que nos importamos mutuamente, Jo. Sé que a mí me importas y no creo que funcionara de otra manera.

La furia de ella se evaporó y reinó un momento de una melancolía insoportable entre ambos. Dos personas marcadas por la vida... ¿bastaría eso para mantenerlos juntos?

Se soltó una mano y le acarició la mejilla. El asalto a sus sentidos fue pura electricidad.

—De acuerdo —convino con voz ronca.

Él suspiró aliviado y hundió la cabeza en su cabello.

Dos semanas más tarde, Adele le decía a Jo:

— ¡Se te ve sencillamente preciosa, querida!

Jo bajó la vista a su traje de boda, una falda larga y ceñida de color marfil de seda tailandesa y una chaqueta corta adornada con intrincados diseños de cintas y encaje. Sobre la cama había un ramo de capullos amarillos de rosa.

Tenía el pelo recogido y en vez de un velo, se lo sujetaba una cinta. Adele acababa de abrocharle un precioso collar de perlas al cuello, su regalo de boda.

Rosie, su damita, estaba siendo vestida por su tía Sharon en un cuarto de baño adyacente en la casa de Gavin en la Costa Dorada.

La casa también iba a ser la sede para la boda. Jo, Adele y Rosie habían llegado esa mañana procedentes de Kin Can, y fueron recibidas por Sharon. Su marido, Roger, padrino de Gavin, tenía a éste en Brisbane.

Fiel a la tradición, Jo no había visto a Gavin desde el día anterior.

Quizá ésa fuera la razón por la que se sentara de pronto en el borde de la cama, pálida y un poco mareada. La ceremonia iba a empezar en media hora.

—Me siento abrumada —confesó—. Todo esto... —gesticuló para abarcar la casa—... sumado a que yo quería que fuera mucho más sencillo —bajó la vista al diamante deslumbrante que llevaba en el dedo anular.

Adele acercó una silla.

— ¿Por qué?

Jo la miró.

—No lo sé. Quizá porque para Gavin es el segundo matrimonio.

—Jo, no estarás arrepintiéndote, ¿verdad?

Jo titubeó.

—Escucha —Adele adelantó el torso—. Sé que todo ha sido un poco precipitado y no tengo duda de que Sharon te ha sometido a un tercer grado, pero yo no podría sentirme más feliz por esta unión. Creo que eres perfecta para Gavin y… —hizo una pausa—… sean cuales fueren las reservas que puedas tener por ser el segundo matrimonio, si lo amas como creo que lo haces, saldrá perfecto.

Jo la miró a los ojos.

— ¿Sabes que es un poco unilateral?

Adele sonrió con perspicacia.

— ¿Lo es? A mí me da la impresión de que ya no puede esperar para llevarte al altar. Sé tú misma, Jo, lo cual, según mi parecer, es ser uña estupenda persona.

Jo esbozó una media sonrisa.

—Gracias —se puso de pie y respiró hondo—. Estoy preparada.

Fue una boda preciosa.

Había unas treinta personas en la recepción celebrada en el comedor adornado con flores, que terminaron por pasar al jardín. Case y la señora Harper asistieron. También la compañera de piso y mejor amiga de Jo, Leanne, y unos pocos amigos más. También estaba su profesora preferida de arte.

Por el lado de Gavin casi todos eran familia… primos, tíos y tías, pero también había invitado a algunos de sus amigos casados.

Adele, en un espíritu de diablura, había invitado a Elspeth Morgan y a su marido.

Y entonces se terminó. En vez de ser Gavin y ella los que se marcharon, se fueron los invitados, incluida Rosie, quien se iba a quedar con sus primos unos días. Jo no se cambió, pero arrojó el ramo y el liguero azul.. Rosie atrapó el ramo… y luego se quedaron solos, alejados de la empresa de catering que con discreción recogía todo.

—Dime una cosa —le comentó Gavin al conducirla hacia una terraza acristalada que daba al río—. ¿Te sientes realmente casada conmigo ahora?

Jo miró alrededor. La terraza, la casa entera, el aire a La Toscana que tenía… Giró hacia él y tras un momento de leve titubeo, le dijo:

—Ciertamente, me siento públicamente casada contigo.

—Bien —avanzó con las manos metidas en los bolsillos—. Eso es lo que quería conseguir.

Jo enarcó una ceja.

— ¿Por qué?

Se detuvo delante de ella y estudió el traje exquisito, el cabello dorado, la piel blanca y perfecta, los ojos grises.

—Para que tú, y todos los demás, sepan que es real.

— ¿Pensabas que podía haber alguna duda?

—Ninguna por mi parte —volvió a estudiarla con detenimiento—. ¿Puedo ofrecer una sugerencia? A pesar de lo deslumbrante que estás, cambiémonos y

relajémonos aquí un rato.

—Buena idea —le dedicó una leve sonrisa, luego bajó la vista a su ropa y se tocó las perlas—. Aún no te he dado mi regalo. Aprovecharé para traerlo.

—Vete, entonces. Mientras tanto, voy a preparar una botella de champán.

Descubrió que todas sus cosas habían sido trasladadas al dormitorio principal. Enarcó las cejas al cerrar la puerta y mirar alrededor.

Había una alfombra enorme y una cama ancha debajo de un edredón con un complicado diseño, llena de cojines de seda salvaje con adornos de perlas.

Detrás de la cama había un hermoso biombo plegable que de inmediato captó su atención... aves del paraíso pintadas sobre un fondo de color plateado.

En el otro extremo de la habitación, dos sillones enmarcaban una mesilla sobre la que había un magnífico elefante maravillosamente tallado en verdita, con las orejas desplegadas, el tronco elevado, una pata doblada sobre la base, como si estuviera cruzando la llanura. Llegaba hasta la altura de la cintura.

Habían sacado todo de sus maletas, incluido el regalo de bodas que Adele había insistido en darle, un ajuar. No había hecho caso de las protestas de Jo, aunque sí había permitido que ésta eligiera parte de la ropa.

Entre las prendas había unos pantalones de seda de color albaricoque con cintura elástica, piernas amplias y una blusa holgada a juego. Se puso el conjunto después de echarse un último vistazo en el espejo con el traje nupcial. Se quitó las cintas del pelo y se lo cepilló hasta que brilló. Se dejó el collar puesto y miró alrededor en busca del regalo para Gavin.

Se hallaba sobre una mesilla envuelto con delicadeza. Lo recogió y se lo pegó contra el pecho.

Se acercaba el momento en que quizá tuviera que explicarle lo que no sabía de ella...

También se acercaba el momento en que tal vez descubriera cómo superaba la comparación con su primera esposa.

La esperaba sin haberse cambiado, pero sin la chaqueta y la pajarita, con las mangas de la camisa subidas y el cuello abierto.

En una mesa baja delante de un sofá mullido y cómodo, había una botella de champagne en una cubitera, dos copas y una bandeja con canapés.

—Tampoco has comido mucho —explicó cuando ella observó la bandeja.

—Esto es para ti —indicó con cierta incomodidad al recordar que llevaba el regalo bajo el brazo—. Espero que te guste —se lo extendió.

—Gracias —le quitó la cinta dorada y abrió el envoltorio, y durante largo rato se quedó inmóvil. Era un retrato oval de Rosie exquisitamente enmarcado. Miraba por encima del hombro con la vivacidad que la convertía en semejante criatura adorable.

Finalmente alzó la vista.

—Oh, Jo, has capturado toda su esencia. Gracias —dejó el retrato en la mesita y se acercó a ella para tomarle el mentón en la mano—. ¿Me has echado de menos?

—Yo… ¿por qué?

—Pareces un poco conmocionada y un manojo de nervios. Me preguntaba si el verte arrancada de mi lado ayer hasta avanzar hoy por el pasillo tenía algo que ver.

Ella hizo una mueca.

—Experimenté un momento de absoluto pánico —concedió.

—¿Oh? —entrecerró los ojos.

—Tu madre me ayudó a desterrarlo.

— ¿Cómo?

—Me dijo que fuera yo misma —respondió.

Él frunció el ceño, luego se encogió de hombros.

—Yo también viví mi momento de pánico.

Jo lo miró a los ojos.

— ¿Te preguntaste si estabas haciendo lo correcto? —aventuró.

—En absoluto. Temía qué podía estar pasando por tu cabeza.

Jo se sopló el flequillo y sonrió fugazmente. Gavin sirvió unas copas de champagne.

—Toma —le entregó una.

Ella bebió un sorbo.

—Está delicioso.

Él se dirigió hacia la fuente, o eso pensó Jo, pero se detuvo ante un panel que había al lado y abrió una puerta en el maderamen que reveló un conmutador principal. Después de apretar varios botones, un extremo de la terraza cerrada se transformó.

Descendieron unas persianas que bloquearon la vista del río. Lo que a Jo le había parecido un círculo de parqué en el suelo, se abrió por el centro y cada mitad del círculo se deslizó a los lados para revelar una bañera de hidromasaje. Se encendieron unas luces bajo el agua y la bañera comenzó a borbotear.

Lo último que hizo fue apagar el resto de la iluminación, salvo las estrellas sumergidas en la fuente.

Jo dejó la copa y aplaudió de forma espontánea.

Gavin tocó otro panel y una puerta se abrió para mostrar un armario con albornoces, toallas de baño y jabones hechos a mano y esponjas.

Jo se quitó la ropa y se metió en el agua con el sujetador y las braguitas, sin dejar de reír encantada.

—Yo diría —comentó él—, que para obtener el beneficio completo de la bañera, habría que estar desnudo.

—Desnuda será, entonces —concedió con júbilo, y debajo de la protección del agua borboteante y espumosa, se desprendió de la ropa interior—. ¿Podrías pasarme el jabón, por favor?

Lo hizo, además de rellenar las copas y luego quedarse en calzoncillos para unirse a ella.

—Gracias —dijo, aceptando el champagne con un suspiro complacido. Bebió un poco y volvió a reír al dejar la copa y comenzar a enjabonarse los brazos.

—De hecho, tengo una idea mejor —le quitó el jabón—. Esto era lo que tenía en mente —comenzó a enjabonarla.

Mientras permanecía quieta bajo las manos exploradoras, sintió que el cuerpo cansado se relajaba y cobraba vida a otras sensaciones.

—Es delicioso.

—Lo mismo que tú —cerró la boca sobre la de ella.

Comenzó como algo lento y lánguido, con los cuerpos ingrávidos en el agua al fundirse el uno contra el otro. Una unión gentil.

Luego el ritmo cambió a medida que sus dedos se movieron más y más íntimamente sobre ella hasta que Jo se encontró sentada en su regazo, con la cara de él entre las manos mientras lo besaba y reconocía que la seducción a que la sometía la enloquecía… y la extasiaba.

—Jo… —jadeó, bajando las manos por su espalda para coronarle el trasero con ellas—… ven conmigo.

—En un minuto —continuó besándolo.

—Jo, ahora. Necesitamos una cama.

Abrió los ojos y lo miró. Los de Gavin estaban oscuros por el deseo, por una necesidad urgente.

—De acuerdo.

Apoyó las manos en sus hombros y se alzó de su regazo. Él gimió

y, a pesar de la necesidad que lo dominaba, la aferró por la cintura y le besó los pechos goteantes.

—Creía que habías dicho...

—Lo dije, mi hermosa esposa. Vamos.

Se levantaron, sacaron dos albornoces y se los pusieron; tomados de la mano, atravesaron la casa a la carrera en dirección al dormitorio principal.

Mientras él apartaba el edredón y los cojines de seda salvaje, Jo sintió que estaba encendida como nunca había imaginado que podría llegar a estarlo. Necesitaba el cuerpo firme y fuerte de Gavin; necesitaba todo de él... para que la completara, la amara...

— ¿Jo?

— ¿Gavin?

Se miraron desde lados opuestos de la cama.

— ¿Te he dicho alguna vez lo preciosa que eres? —le miró el cuerpo.

—Sí, pero no me importa las veces que lo hagas —repuso con voz grave—. ¿Y yo te he dicho que eres magnífico?

—En una ocasión me dijiste que era atractivo.

Ella sonrió.

—Si te tumbas en esta cama, corregiré ese comentario.

— ¡Hecho!

En realidad, se echaron juntos y el momento risueño al rato se transformó en un deseo inflamado, pero en ese momento fue él quien tomó la iniciativa, hasta que la dejó desvalida y sumida en el éxtasis.

— ¿Ahora, Jo?

—Sí, por favor —jadeó.

—Bien. Porque estoy a punto de morirme.

—Qué tú estás... Pensé que era yo.

—Debe de ser algo mutuo, entonces.

Lo era.

Pasó un tiempo hasta que volvieron a hablar. Por ese entonces, yacían uno al lado del otro, con las cabezas próximas sobre la almohada.

— ¡Vaya! —musitó él, luego le acarició la mejilla.

— ¡Que sea un «Vaya» doble! —susurró ella.

Él se sentó, pero únicamente para cubrirse con una sábana.

—Desde luego, siempre supe que debía de ser de esta manera.

— ¿Cómo podías saberlo? —se volvió para mirarlo.

Él le apartó el pelo y se lo acomodó detrás de la oreja.

—Había algo en el modo en que intentaste pulverizar mis pies cuando nos conocimos que me puso en alerta —repuso pensativo.

Jo ocultó una sonrisa.

— ¿Sabes qué pienso?

—Dímelo.
—Eres un sabelotodo imposible, Gavin Hastings.
—Todo lo contrario, Joanne Hastings... —acarició el cuerpo debajo de la sábana—... soy un buen juez del... carácter —cerró la mano con gesto posesivo sobre su cintura.
— ¿Carácter?
—Ya sabes a qué me refiero.
Ella no podía parar de reír.
—Sé a qué te refieres, pero creo que tiene otro nombre.
— ¿De modo que tú... mmm... fuiste presa de eso desde el principio? —inquirió Gavin—. Me refiero a esa cosa con otro nombre.
—Para mi espanto y completa confusión, sí —hizo una mueca al recordar sus dos primeras horas juntos…
Él se rió y le dio un beso.
— ¿Dormimos?
—Creo que sería una buena idea. Estoy agotada —le confió—. No todo el mundo tiene una boda tan memorable.
—Ciertamente. ¿Cómoda?
—Sí —repuso somnolienta, y unos momentos más tarde se quedó dormida.
Él la observó un rato y recordó las palabras que había dicho al principio... «ya está hecho».
No parecía el reconocimiento de que hubiera tomado la decisión correcta y se preguntó por qué esas tres palabras eran como una espina en la superficie de su mente.
Desde luego, el mayor misterio era porqué Jo no había decidido revelarle que era virgen. No lo había esperado. Se mostraba ecuánime y segura todo el tiempo, y tenía veinticuatro años, y a pesar de que le había contado que no le gustaba que la besaran, había dado por sentado que no carecía de experiencia, aunque no hubieran sido unas experiencias especialmente afortunadas.
¿Qué había en su pasado que explicara eso? ¿Y cuán en serio había hablado al insistir en que se trataba de un matrimonio de conveniencia? Nada de lo sucedido entre ellos esa noche era «conveniente». Existía una atracción mutua básica que era extremadamente poderosa, a pesar de los esfuerzos de ella durante las semanas pasadas de mantenerlo a distancia.
La contempló a la luz de la lámpara. Experimentó una tentación casi insoportable de despertarla con un beso y volver a tomarla...
Pero algo le decía que había una joven dentro de esa joven que tal vez nunca se le permitiera conocer... era una espina que no iba a poder arrancarse hasta que lograra encontrar a la verdadera Jo Lucas.

Capítulo 8

TUVIERON cinco días sólo para ellos.

Fueron días de ensueño, apacibles, en los que nadaron, navegaron, charlaron, leyeron… e hicieron el amor.

Disfrutaron de algunos momentos eléctricos en los que la necesidad del uno por el otro se desbordaba…

Como una noche en que abandonaron casi a la carrera el restaurante donde cenaban y Gavin condujo a tanta velocidad que ni siquiera pudieron hablar. Al llegar a casa no se molestó en meter el coche en el garaje, sino que lo dejó delante del porche de la entrada.

Al cruzar la puerta tallada, él apoyó una mano en su hombro y dijo en tono sombrío:

— ¿Sabes que durante las dos últimas horas me has estado volviendo loco con ese severo y estirado moño?

— ¿Oh? —reflexionó con curiosidad por ser capaz de volverlo loco simplemente con recogerse el pelo. Algo en su interior que no fue capaz de nombrar, le dijo que los dos podían jugar a ese juego—. ¿Qué te parece así, entonces? —musitó, y se descalzó. Las baldosas del vestíbulo estaban frescas bajo sus pies.

Miró alrededor y se quitó el collar de perlas para colgarlo de una de las manos de bronce de la diosa hindú que presidía el vestíbulo. Luego se ocupó de la cremallera del vestido negro, que se deslizó por su cuerpo hasta que se plegó a sus pies. Salió de su círculo con un movimiento fluido, lo recogió y lo colgó de la otra mano de la diosa.

Luego se encargó de su cabello, y cuando lo liberó, movió la cabeza con el fin de hacerlo remolinear en una nube dorada al tiempo que apoyaba las manos en las caderas. Notó que Gavin respiraba de forma entrecortada mientras estudiaba el contraste de la delicada y escueta ropa interior de encaje negro sobre la piel cremosa.

La miró a los ojos.

— ¿Se me permite tocar?

—Nooo —la voz se le quebró un poco, pero los ojos mantuvieron la firmeza—. No hasta que te disculpes.

— ¿Por qué?

—Por avergonzarme por el modo en que salimos del restaurante.

Él enarcó una ceja con gesto satánico.

— ¿No lo consideras un cumplido?

—Tal vez con el tiempo. Ahora mismo… bueno, ¿quieres que sea sincera?

—Adelante —aceptó con voz áspera.

Jo examinó su súbita sensación de irrealidad, casi de incomodidad.

—Estoy mucho más interesada en solucionar el estado de cosas

casi salvaje que hay entre nosotros.

Un destello de algo diferente se reflejó en los ojos de él.

— ¿Cómo?

—No lo sé. Mientras tanto, me voy a la cama —dio media vuelta y se alejó de él.

No llegó muy lejos. Se situó detrás de ella y la rodeó con los brazos.

— Y un cuerno te vas a ir sin mí, si eso es lo que tenías en mente, Jo Lucas —gruñó al tiempo que alzaba las manos para coronarle los pechos—. De acuerdo, lo siento, pero no pude evitarlo.

Ella titubeó.

—Deja que te lo demuestre —murmuró Gavin, y bajó las manos hasta la cintura de ella para introducirlas debajo de las braguitas.

Jo se mordió el labio inferior.

—Eso es… —no pudo continuar al humedecerse por el deseo.

— ¿Estoy perdonado? —susurró sobre su cuello.

Jo se apoyó contra él.

—Tiendo a sentirme más halagada —respondió despacio.

—Bien —la hizo girar y la alzó en brazos—. Veamos si puedo halagarte más.

—También esto me vuelve loco —comentó él más tarde.

Yacían de costado, cara a cara, y una vez más los cojines de seda se hallaban dispersos por el suelo.

Gavin se apoyó sobre un codo y le acarició la curva de una cadera.

Jo estiró los brazos hacia arriba y los pies hacia delante.

—Jamás había pensado en ellas de forma especial.

—Bueno, si de repente estamos en mitad de una cena y te pido que te levantes y te alejes de mí, ya sabrás por qué.

—Veo que me esperan momentos excitantes.

—Mmm. Empezando por ahora mismo.

Comenzó a besarla de la cabeza a los pies y se deleitó con el perfume de su piel, de sus zonas secretas y más íntimas. Y a medida que ella se entregaba a la creciente excitación, realizó sus propias exploraciones del cuerpo duro y tonificado hasta que no quedó más que un sitio al que ir.

Recorrieron ese camino juntos, en perfecta armonía, sosteniendo, probando, tocando y estimulándose con las sensaciones que invocaban como nunca antes lo habían hecho.

Y cuando terminó, yacieron extenuados en los brazos del otro y se quedaron dormidos en una maraña de extremidades sudorosas.

Aquella tarde, Jo, Gavin y Rosie se despidieron de Adele, de

Sharon y de sus hijos.

—Muy bien, gatita —le dijo Gavin a Rosie—, disponemos de dos días más para quedarnos aquí, luego volveremos a Kin Can. ¿Cómo te gustaría pasarlos?

— ¡Me encantaría ir a ver el Mundo Acuático! Tienen osos polares. Los vi cuando eran cachorritos. ¿Tú los has visto, Jo? —le preguntó entusiasmada.

—No.

—Muy bien, mañana nos espera el Mundo Acuático —afirmó Gavin—. ¿Algo más?

—No, me lo pasaré en grande estando con vosotros dos. Quería hacerte una pregunta, Jo. ¿Debería llamarte Jo o mamá?

Por algún motivo, Jo miró a Gavin por encima de la cabeza de la pequeña y vio que de pronto entrecerraba los ojos.

—Oh, creo que Jo está bien, Rosie, ¿tú no? —repuso tras una mínima vacilación—. Al menos, por el momento.

— ¿A ti cómo te gustaría llamarla, Rosie? —intervino Gavin.

La pequeña respiró hondo.

— ¿Te acuerdas cómo le dijimos adiós a mi madre antes de la boda, papá?

—Sí, cariño.

—Bueno, a pesar de que nunca llegué a conocer a mi mamá, ella era mi verdadera madre y antes de la boda me preocupaba que no estuviera bien que llamara mamá a otra persona, aunque me encanta tener una madre nueva —le aseguró a Jo con énfasis—. ¿Tiene sentido? —añadió ansiosa.

—Un sentido perfecto —aseveró Jo con suavidad—. Por mí no hay ningún problema, Rosie.

— ¿Qué me dices de nuestros otros hijos? —preguntó Gavin de repente mientras esa noche se preparaban para acostarse.

Jo se había puesto una bata de algodón y se cepillaba el pelo sentada ante el tocador. Lo miró a través del reflejo en el espejo.

— ¿Qué pasa con ellos?

—Pensamos tener una familia, ¿verdad? —se situó detrás de ella y le quitó el cepillo de la mano. Aún no se había cambiado; todavía llevaba puestos los vaqueros y la camiseta azul.

—No hablamos de eso.

Había empezado a cepillarle el pelo, pero se detuvo de golpe.

—Di por hecho que no hacía falta —la observó con intensidad a través del espejo.

Jo tragó saliva.

—Yo también, supongo. Aunque quizá no de inmediato —frunció

el ceño—. ¿Estás diciendo que debería haber animado a Rosie a llamarme mamá?

—Sólo me pregunto si no hará que se sienta un poco excluida si es la única en no hacerlo.

Los labios de Jo esbozaron una sonrisa fugaz.

— ¿Cuántos pensamos tener, Gavin?

—Depende de ti —continuó peinándola.

—Escucha —comenzó—, para serte sincera, estaba tanteando el camino con Rosie. Y contigo —añadió, encogiéndose de hombros—. Es un tema delicado para vosotros dos... tal como ella ha demostrado.

— ¿Pensaste que podría poner alguna objeción a que te llamara mamá?

—Sí. Sería perfectamente natural —le aseguró—. Tus recuerdos...

—No incluyen que Rosie llame mamá a nadie —la interrumpió.

—Gavin —giró en el taburete y recuperó el cepillo—, me parece que en este tema estamos en frecuencias de onda diferentes. Por favor, dime exactamente qué piensas.

Él se sentó en el borde de la cama.

—Pensé que podía ser práctico... —se calló y bajó la vista a los pies —. La cuestión es que, debido al modo en que sucedió, no tengo recuerdos de Sasha como madre de Rosie. Por otro lado, tengo recuerdos muy claros de haber despotricado mentalmente sobre la injusticia de que Rosie creciera sin madre.

—Pero tú... de un modo u otro, la llevaste a despedirse —musitó Jo.

—Sí. Sasha está enterrada en el cementerio familiar en Kin Can. Pensé que los dos necesitábamos despedirnos —alzó la vista—. Sin embargo, no esperaba que afectara a Rosie de esa manera.

Jo reflexionó en todo y descubrió que sentía como si acabara de entrar en un campo de minas. Durante los últimos cinco días habían estado tan próximos, que había terminado por perder de vista lo que había asumido que era la razón principal de esa boda: Rosie.

Y ahí estaba Gavin hablándole de iniciar una familia casi de inmediato, sin importar cómo hubiera surgido el tema. Por no mencionar la preocupación que lo embargaba de que Rosie se integrara a la perfección en su unidad familiar.

Pensó que era natural que ella compartiera esa preocupación. Por otro lado, ¿por qué tenía la impresión de que la luna de miel se había terminado y que aportar hijos a la dinastía de los Hastings avanzaba hacía ella como un tren descontrolado?

¿Estaba todo en su imaginación y sólo se trataba de una serie de coincidencias?

Centró la mirada en Gavín. Algo le decía que no se mostraba completamente abierto con ella.

—Mmm... —realizó un esfuerzo para concentrarse—. En lo concerniente a Rosie, creo que sería inteligente tomar las cosas con tranquilidad y despacio.

— ¿Y en lo referente al resto de nuestra familia? ¿También vamos despacio?

— ¡Gavin, sólo llevamos casados seis días!

Él hizo una mueca.

—Lo sé. Pero, ¿figura en tu agenda tener hijos?

Volvió a cepillarse el pelo.

— ¿Por qué lo dudas? —inquirió.

—Puedes ser... bastante reservada, J0.

— ¿En qué sentido?

—Puedo equivocarme, ya que eres muy atlética y activa, pero tuve la impresión de que eras virgen.

— ¿Todo es por eso? —preguntó con incredulidad—. ¿Representa eso un obstáculo?

—No per se. En todo caso, me sentí... honrado. Lo que no termino de entender es porqué no me lo contaste.

—Había pensado hacerlo porque temía poder parecer, bueno, torpe, pero gracias a ti es algo que no sucedió.

La mirada de él se suavizó.

—Además —añadió ella—, acordamos que lo pasado, pasado estaba.

— ¿De modo que no se me permite saber por qué llegaste a los veinticuatro años sin haber tenido jamás un amante? —preguntó.

—Nadie... —hizo una pausa—... ha dado tu talla, Gavin.

Los ojos de él se tornaron penetrantes.

—Entonces, ¿no era sólo conveniencia lo que tenías en mente cuando te casaste conmigo, Jo?

—Nunca dije que lo fuera.

Él se mostró irónico.

—Destacó de forma perceptible, pero, de todos modos... ¿qué me dices ahora?

Se miraron.

— ¿Por qué me da la impresión de que me tienes en una especie de banquillo y estás presentando cargos? —le preguntó.

— ¿No sería natural examinar nuestros sentimientos ahora que... deja que lo replantee... ya está hecho?

Las palabras parecieron resonar en la mente de Jo, pero no pudo descubrir la causa. Sin embargo, no pudo evitar pensar que su decisión de contenerse todavía podía ser inteligente… hasta que descubriera de qué iba todo ese asunto y, como mínimo, lo desesperado que estaba él por tener un hijo.

Se puso de pie y se acercó a la ventana, desde donde podía ver el

destello del río.

—No, no creo que sea bueno que nos pongamos académicos en este punto, Gavin —respondió sin volverse—. Lo que hemos tenido hasta ahora ha sido precioso. Avancemos y tratemos de construir sobre ello.

Él tardó largo rato en contestar, y cuando lo hizo, no fue con palabras. Se acercó por detrás de ella y la rodeó con los brazos, y simplemente la abrazó hasta que se relajó contra él. Luego empezó a besarle el cuello y, por último, cuando Jo sentía las rodillas débiles por el deseo, la llevó a la cama.

Pero aunque hicieron el amor de forma intensa y maravillosa, ella no pudo dejar de pensar que había sobrevivido a una crisis.

Durante los siguientes tres meses, poco a poco fue comprendiendo que aún seguía viviendo esa crisis, y que podía tener dos nombres. ¿No sólo hijos, sino recuerdos de Sasha?

Capitulo 9

EL clima había mejorado de forma considerable tres meses después de que Jo llegara a Kin Can. Una mañana se levantó y se puso unos bermudas caqui, una blusa rosa y unas sandalias. Gavin se había levantado antes de que amaneciera para supervisar una recogida de ovejas.

Mientras Rosie y ella desayunaban, repasó los planes del día. La pequeña y ella iban a trabajar en una casa de muñecas que estaban construyendo. En realidad, como Rosie no tenía tiempo para muñecas, se trataba de un cobertizo en miniatura para el esquilado de las ovejas.

Pensó que su elevación a la categoría de madre marchaba bien. No sólo eso, sino que disfrutaba de ello. Había insistido en ir despacio y no forzar una presencia maternal en la vida de Rosie, y la táctica funcionaba.

La pequeña se entregaba sin reservas a todas las cosas que hacían juntas, ya fuera nadar, dibujar, leer o dar paseos por la propiedad. Había empezado a consultar con Jo acerca de lo que ponerse, a confiarle cosas sobre sus amigas y la sugerencia de Jo de que construyeran un cobertizo en miniatura había sido un rotundo éxito.

En las contadas ocasiones en que percibía que la niña anhelaba la compañía exclusiva de su padre, se marchaba a dibujar y los dejaba solos, a veces todo el día.

La verdad era que la pequeña se metía cada vez más en su corazón, y llegó un día en que recibió la señal de que lo mismo le sucedía a Rosie. Fue el día que, según él, se aliaron en contra de Gavin.

Empezó con el cordero huérfano que había adoptado Rosie. Esta lo metió a hurtadillas en su habitación, donde creó un caos considerable, al estilo tradicional de los niños, por no mencionar de los corderos.

La señora Harper quedó tan horrorizada que, a pesar de ser una partidaria incondicional de Rosie, le mencionó el asunto al «jefe».

El cordero fue desterrado, Rosie se quedó desconsolada y acusó a su padre de ser cruel y horrible. Cuando se le indicó que ni siquiera a su mascota se le permitía la entrada en la casa, plantó los pies con fuerza en el suelo y le dijo a Gavin que también eso era cruel y horrible, ¡y que lo odiaba de verdad!

En esa fase, Jo salió en silencio para ir a consultar con Case. Aquella tarde, un recinto prefabricado con vallas y una caseta más bien grande aparecieron en el jardín justo debajo de la ventana del dormitorio de Rosie.

Antes de cenar, Jo llevó a Gavin y a Rosie a verlo y planteó la sugerencia de que el cordero y la mascota, bajo la estricta condición

de que ninguno tendría acceso a la casa, podrían cohabitar felizmente en el jardín, cerca de la habitación de Rosie.

Antes de que Gavin dispusiera de la oportunidad de dar un sí ó un no, Rosie rodeó a Jo con los brazos y le dijo, con verdadero afecto, que era la mejor mamá que podía tener una niña. Jo le devolvió el abrazo y descubrió que ver feliz a la pequeña le proporcionaba una gran sensación de calidez.

Gavin, al ver eso, dijo al final:

—Ya veo.

— ¿Qué es lo que ves, papá? —entonó Rosie—. ¿No es una idea estupenda?

—Veo que las dos mujeres de mi vida se han aliado contra mí —afirmó con inusual solemnidad.

Rosie tomó la mano de Jo.

—Pero te queremos —le aseguró—. ¿Ya puedo ir a buscarlos?

Asintió y su hija partió a la carrera. Gavin miró a Jo a los ojos.

Ella hizo una mueca.

—Lo siento, pero... —se encogió de hombros. En esa ocasión, fue él quien le tomó la mano.

— ¿Va todo bien? —sugirió.

—Va todo bien —confirmó ella, relajándose. Le dio un beso.

—Has estado maravillosa —comentó al apartarse—, pero, ¿te das cuenta de que o bien el cachorro va a crecer creyendo que es una oveja o bien el cordero crecerá pensando que es un perro?

Jo soltó una carcajada.

Unos días después, Rosie mencionó que tenía ganas de tener bebés.

Jo y la señora Harper intercambiaron miradas sobresaltadas.

—No sé nada de hermanos —continuó la niña—. El hermanito de mi amiga Julia es terriblemente travieso, pero no me importaría tener una hermanita.

Tanto Jo como la señora Harper ocultaron unas sonrisas aliviadas.

Jo había descubierto que dirigir un rancho tan grande era bastante complejo, y habría estado más que contenta de dejárselo todo a la muy eficiente ama de llaves de no haber sido por Adele.

Había aparecido no mucho después de que Rosie, Gavin y Jo hubieran regresado de la Costa Dorada, cuando Gavin tuvo que volver a marcharse para asistir a una reunión de la junta en Sydney. Y se había mostrado muy tenaz en que aprendiera todos los pormenores de Kin Can desde la perspectiva de la señora de la casa.

Desde luego, a los hombres de la familia Hastings les encantaba creer que eran la autoridad final, le informó a Jo, pero no tardaría en

averiguar que gran parte de la responsabilidad de la marcha perfecta del lugar recaería en ella.

Durante los siguientes días, Jo había tenido que coincidir con ella y llegado a admirar el tacto de Adele con las familias que vivían en el rancho, el personal de la casa y cómo se esforzaba en hacer que sus vidas resultaran tan placenteras como fuera posible en un vasto rancho ovejero, situado en mitad de ninguna parte.

Había iniciado un taller de costura, una biblioteca y un videoclub. Le sugirió a Jo que tal vez le gustara dar clases de arte. Había dejado bien claro que Kin Can era un modelo en la industria lanar y que había que mantenerlo como tal para los compradores de lana y de carneros que lo visitaban de todas partes del mundo.

También le había transmitido que aunque los vecinos estuvieran tan apartados como en esa parte del globo, resultaba vital tener un sentido de comunidad.

—Verás, querida —concluyó —, es importante que te involucres y que proyectes tu propio sello en las cosas —un destello de humor le iluminó los ojos—. No sólo por el bien del rancho, sino por el tuyo. De lo contrario, hay ocasiones en que un rancho puede volverte loca.

Jo se rió.

—Hasta el momento, me encanta. Hay tanto espacio y libertad.

—Bien —aprobó Adele—. En cualquier momento en que necesites una mano, no dudes en llamarme.

— ¿Cómo... —Jo titubeó—... van tus planes de boda? El otro día pensaba que me sentía un poco culpable por el hecho de que Gavin y yo prácticamente hayamos eclipsado todo lo demás.

—Me lo estoy pensando —Adele hizo una mueca.

— ¿Por lo que Gavin haya podido decirte acerca de...? —se calló un poco incómoda.

— ¿Los cazafortunas? ¿Las viudas solitarias? —Adele suspiró—. Todo se complica demasiado cuando de por medio hay mucho dinero involucrado

—comentó con tristeza—. Pero, sí, él podría tener razón. Quizá yo me dejé llevar.

Jo no dijo nada, pero apretó la mano de Adele con calidez. No obstante, los sentimientos de su suegra la hicieron pensar en el tema de los hijos y de los herederos.

No era que Gavin le hubiera vuelto a mencionar el tema de la familia, pero esos pensamientos no la habían abandonado a medida que experimentaba con tomar las riendas del rancho y ser la señora de Kin Can.

Tampoco había disminuido la necesidad física que sentían el uno por el otro. En todo caso, se había ampliado a medida que ella se involucraba cada vez más en la vida del rancho y era capaz de

compartirlo con él.

Pero, al principio, algo que no lograba discernir entre Gavin y ella le provocó una fugaz sensación de incomodidad. Y esa mañana, mientras tomaba café, volvió a tratar de analizarlo.

En lo concerniente a contenerse, creía que ya no lo hacía. Reconocía que aún no le había dicho que lo amaba, y por algún motivo que ni ella misma terminaba de entender, esquivaba cualquier conversación acerca de su pasado. Pero creía que estaba a la altura de él en la cama y fuera de ella.

Salvo por las contadas ocasiones en que percibía una frustración reprimida en él que le recordaba la conversación de cómo debería llamarla Rosie.

Cuanto más reflexionaba sobre ello, más se preguntaba si sólo era el deseo lo que se había descontrolado entre ellos o si había algo más en la electricidad malhumorada que a veces generaban.

Luego comenzó a preguntarse si había facetas en las que no estaba a la altura de Sasha, facetas que desconocía.

Desde luego, Gavin y Sasha habían estado enamorados, pero, ¿qué más podía esperar de ella cuando él mismo había realizado el comentario de que las emociones menos extravagantes eran las que tenían mejores cimientos?

Casi siempre se llevaban muy bien, hasta que Jo descubrió ese abismo que se abría a sus pies en el momento menos esperado.

Un par de semanas atrás la había llevado a Brisbane, en principio porque tenía que ocuparse de unos negocios. Habían dejado a Rosie con Adele y se registraron en un bonito hotel con vistas al río. Le había dicho que iba a tener que dejarla sola casi todo el día, pero que quizá pudiera apreciar la oportunidad de salir de compras o lo que le apeteciera. Luego había solicitado una cita para cenar con ella.

Había aceptado con apropiada seriedad y se habían separado, aunque la embargó una agradable sensación de expectativa.

No había salido de compras, había aprovechado la oportunidad de visitar una nueva exposición en la Galería de Arte de Queensland que tenía muchas ganas de ver. Y luego, sucumbiendo a un capricho inusual en ella, había ido a que le hicieran una limpieza de cutis y a que la peinaran.

Ciertamente, había hecho que aún fuera más placentero ponerse uno de los vestidos del ajuar, un modelo precioso de lino de color crema.

Habían cenado en un restaurante que daba al río, y quizá algo en el modo en que la había estado observando la había alertado, razón que de pronto la impulsó a decir:

—Oh, no.

Él enarcó una ceja. Habían terminado el segundo plato y decidían

si querían tomar postre o no.

— ¿Sucede algo?

—Bueno... —se llevó una mano al cabello recién lavado y peinado —… tengo el pelo suelto, así que no puede ser eso.

Él se reclinó en la silla, devastadoramente atractivo con un traje oscuro, una camisa celeste y una corbata azul marino.

—No vas a pedirme que me levante y me aleje de ti, ¿verdad? —inquirió.

—Ojalá no hubieras dicho eso —se irguió. Le costó mantener la seriedad.

—Algo me dice que tal vez no sea una buena idea que pidamos postre.

—Tu instinto es impecable, J0.

Ya le fue imposible ocultar la sonrisa.

—Debo de estar aprendiendo.

El restaurante no se hallaba lejos del hotel, y en cuanto subieron a la habitación, él se dedicó a desvestirla con lentitud.

Cuando no quedó nada que quitar, musitó con palpable contención:

—Ahora puedes alejarte.

Jo lo pensó un momento. Se preguntó si iba a convertirse en uno de esos encuentros serios entre ellos que la perturbaban, a pesar de toda la electricidad.

—Creo que primero voy a ayudarte a quitarte la ropa —replicó—. Necesitamos cierta... equidad, ¿no?

No supo si hacía una pregunta o si realizaba una declaración más del estilo de «Necesitamos estar juntos en espíritu, Gavin, no físicamente».

—Siempre has sido independiente, Josie —comentó tras una larga pausa.

—Mmm —convino, y deslizó las manos hacia los botones de su camisa.

No hubo nada pausado en cómo Gavin se desvistió ni en la forma en que hicieron el amor. Fue algo urgente y poderoso y el clímax mutuo resultó devastador...

—Me matas, ¿sabes? —susurró sobre su cabello cuando al fin pudieron volver a hablar.

Jo se movió con cautela en sus brazos.

—Si te sirve de consuelo, yo me siento como si me hubieran tirado desde una gran altura.

Él alzó la cabeza y la miró a los ojos con expresión perversa.

—Pero, ¿fue agradable?

—Fue... —suspiró con languidez—... fantástico.

— ¿Cuándo...? —se interrumpió y la expresión de sus ojos cambió.

— ¿Cuándo qué?

—No, nada. Duérmete, señorita Piernas Largas.

—Gavin... —titubeó—... dime qué pasa por tu mente.

—No mucho —alargó la mano y apagó la lámpara de la mesilla.

Jo abrió la boca para protestar de que podía percibir un claro cambio en él, un retraimiento, y que necesitaba conocer la causa.

Pero de pronto se le ocurrió que, quizá, estaba recordando a Sasha. Tal vez habían hecho viajes cortos e inesperados como ése... quizá se habían hospedado en ese mismo hotel y era contra esos recuerdos contra lo que luchaba.

En ese caso, no había nada que pudiera decir o hacer.

Se mantuvo mentalmente alejado de ella hasta que regresaron a Kin Can; entonces, tal como ya había sucedido entre ellos, volvieron a la normalidad.

A la mañana siguiente se levantó y volvió a sumergirse en la atmósfera de cotidianeidad del rancho. Pero no estaba preparada para la conversación que tuvo con Gavin mientras tomaban el té de media mañana, o «smocko», como lo llamaba todo el mundo en la propiedad.

Habían ido en moto hasta uno de los corrales próximos. Rosie había ido en avión a una propiedad vecina para celebrar una fiesta de cumpleaños y quedarse a dormir allí.

Jo había estado encantada con los corderos, luego había extendido una manta bajo un árbol y desplegado el contenido de una cesta que les había preparado la señora Harper. Había té en un termo y unas porciones de una tarta deliciosa de fruta a rebosar de cerezas.

—Podría engordar con los platos de la señora Harper —comentó.

Gavin se tendió al otro lado mientras ella servía té en unas tazas de esmalte.

—A mí no me pareces gorda.

—Gracias, señor Hastings. Tú deberías saberlo —bromeó.

La estudió minuciosamente con sus vaqueros y blusa a cuadros, luego la miró a los ojos.

— ¿Sigues siendo feliz con el modo en que nos «conocemos», Jo?

Ella vaciló y frunció el ceño... y se dijo que se avecinaba otro momento serio.

—El modo en que nos conocemos me parece perfecto —repuso con cuidado—. ¿Y a ti?

—Lo mismo —convino—. A propósito, ¿hay algo que puedas hacer para la fase que parece que pasas cada mes?

Jo seleccionó un trozo de tarta y le pasó el plato.

—Tomar la píldora o tener un bebé —respondió con humor.

— ¿Significa eso que no estás tomando la píldora?

Dejó la taza con cuidado sobre la tapa de la tarta y apartó algunas moscas.

— ¿Qué te hizo pensar que la tomaba?

—Ya han pasado tres meses —señaló él. Jo movió la cabeza para aclararse los pensamientos.

— ¿Y transcurridos sólo tres meses te preocupa que pueda no ser fértil? ¿O que esté tomando la píldora en secreto? —inquirió.

—Dijiste que no querías iniciar una familia de inmediato, Jo.

Todos sus temores, sus inseguridades, emergieron de un modo que, de pronto, fue imposible de resistir.

—Y tú descuidaste decirme, Gavin Hastings... —se puso de pie con brusquedad—... ¡qué finalidad tenía realmente este matrimonio! Un hijo para continuar con tu linaje.

—Tonterías —replicó con aspereza y también se levantó—. ¿Qué te ha hecho pensar eso? —inquirió con desdén.

—La idea procede de diversas fuentes. Tú acabas de confirmarla — le centellearon los ojos y plantó las manos en las caderas, pero por dentro se sentía fría e increíblemente dolida. «Otra vez alguien duda de mis motivaciones», se dijo, cuando las de él habían sido siempre sospechosas.

—Tú misma estipulaste que se trataba de un matrimonio de conveniencia, Jo —señaló, como si le leyera la mente—. ¿Conveniente en el sentido de que puedes dejarlo cuando te plazca? ¿A eso te referías?

Separó los labios para negarlo, pero cambió de parecer.

—Jamás tuve intención de que se convirtiera en una operación para fabricar hijos con el fin de salvar la dinastía Hastings.

— ¿De modo que no planeas tener familia? —le espetó él.

— ¡No a la carta, no de ese modo, no! A propósito, si no te aporto un hijo, Gavin, ¿recibiré la orden de marcharme?

Él cruzó la distancia que los separaba y la agarró de la muñeca con fuerza.

—Para —soltó con los dientes cerrados—. ¡Eso no tiene nada que ver con el asunto, como tú bien sabes!

—No, no lo sé. Suéltame, me haces daño —jadeó.

Le soltó la muñeca, pero su expresión seguía furiosa y amenazadora.

—Jo...

Ella giró en redondo y corrió hacia su moto, evidentemente sorprendiéndolo, porque pudo encenderla y alejarse de él antes de que pudiera detenerla.

Condujo con la visión borrosa por las lágrimas y el terrible dolor que le encogía el corazón.

No vio el canguro que saltó desde detrás de un grupo de rocas

hasta que lo golpeó y salió despedida por encima del manillar.

El canguro se levantó y se marchó dando brincos. Ella permaneció inconsciente en el suelo.

—Gavin —dijo Tom Watson—, creo que va a ponerse bien. Se ha hecho un esguince en el tobillo y tiene una impresionante serie de raspaduras, pero no creo que haya heridas internas o fracturas de cráneo... algo milagroso, de hecho. No obstante, voy a trasladarla en avión a Charleville para someterla a más pruebas.

— ¿Cuándo crees que va a recobrar el conocimiento?

Tom lo observó un momento. Conocía a Gavin Hastings desde hacía tiempo, pero sólo una vez lo había visto de esa manera, y había sido tras el fallecimiento de su primera esposa.

—Es difícil de decir. Será mejor que vengas con nosotros.

—Sí, vaya, Gavin —dijo la señora Harper con lágrimas en los ojos mientras se inclinaba sobre la figura inerte de Jo en una camilla y le palmeaba el hombro con ternura—. Yo cuidaré de Rosie cuando vuelva.

— ¿Dónde estoy?

Las pestañas de Jo aletearon y de inmediato Gavm apretó el timbre que había junto a la cama.

—Estás en un hospital, Jo, pero te vas a poner bien —musitó, tomándole la mano—. Tuviste un accidente con una moto... ¿lo recuerdas?

—Nooo.

Tom entró en la habitación y acercó una silla a la cama. Con paciencia y gentileza le formuló unas preguntas. Tardó un rato, pero al final estableció que ella sabía quién era, sabía quién era Gavin, aunque eso hizo que frunciera el ceño, y que lo único que no recordaba era el accidente.

El esfuerzo sin duda la agotó, porque se quedó dormida.

Tom se llevó a Gavin fuera de la habitación.

—Es muy común —explicó—. Algunas personas jamás llegan a recordar el incidente, pero, por lo demás, diría que su memoria no se ha visto afectada.

Buscó signos de alivio en los ojos de Gavin. Pero la expresión permaneció tan dura y reservada como había estado durante el largo día y la mitad de la noche.

— ¿Gavin? Se va a poner bien, créeme, amigo. Mira, sé que esto debe de estar invocando recuerdos antiguos, pero...

—La cuestión es —lo interrumpió Gavin con rapidez y aspereza—,

¿sabes cómo podré llegar a perdonarme a mí mismo alguna vez? –entonces dio media vuelta y se marchó por el corredor.

Tom lo miró, luego movió la cabeza y regresó al lado de su paciente.

Un par de días después, Jo se sentía mucho más coherente, aunque, al mismo tiempo, como si hubiera estado bajo una apisonadora, y aún la trataban por la contusión recibida.

Entonces Tom fue a verla y, mientras la examinaba, adoptó un enfoque ligero.

—No sé qué os pasa a los dos —dijo—. Si no os disparan unos secuestradores, chocas con un canguro.

Jo sonrió con gesto débil, pero después de que se marchara Tom, analizó las palabras con una sensación de ironía. El mismo hospital había sido testigo de su comienzo como, muy probablemente, de su final.

Aunque aún no recordaba haberse topado con el canguro, los acontecimientos que habían conducido a ello habían regresado con lentitud.

Era irónico que desde esa misma cama Gavin hubiera experimentado el impulso de casarse con ella, sólo con ella. Y que en ese momento fuera ella quien la ocupara, no rota físicamente, pero sí en espíritu.

Cinco días después del accidente, Jo estaba vestida y preparada para dejar el hospital.

Aunque la sensación comenzaba a mitigarse, todavía sentía que una apisonadora le hubiera pasado por encima. Aún tenía magulladuras y arañazos, pero el tobillo había respondido bien y ya podía apoyar su peso en él. Por lo demás, se encontraba bien.

El pensamiento le provocó una mueca. Desde luego, mentalmente no se sentía bien.

Gavin había pasado bastante tiempo con ella, pero no había mencionado nada sobre la discusión que había conducido al accidente. Se había mostrado gentil y decididamente alegre. Al principio, cuando se sentía tan mal y dolorida, Jo lo había agradecido; pero ese día era diferente. Más o menos en media hora, iba a presentarse para llevarla de vuelta a Kin Can en avioneta. ¿Para que pudieran disolver legalmente el matrimonio?

¿Qué era lo que ella quería? ¿Cuáles eran sus opciones? ¿Continuar con el conocimiento de que el papel principal que tenía en la vida de Gavin era como madre de sus hijos? No... pero...

Miró por la ventana. Había llovido casi todo el tiempo en que había estado en el hospital y todavía llovía.

Gavin se hallaba ante la puerta del pabellón privado de Jo y la observaba sin que ella fuera consciente.

Llevaba el hermoso cabello recogido en una coleta y las líneas de su figura, debajo de una camiseta negra y unos pantalones holgados de algodón de color gris, se veían tensas y rígidas mientras permanecía sentada en la cama, vuelta a medias hacia la ventana.

Se preguntó en qué estaría pensando. ¿Estaría todavía tan enfadada con él como cinco días atrás? ¿Contemplaba la idea de dejarlo?

Notó que estaba pálida, aparte de la magulladura que aún mostraba la mejilla que le podía ver. Tenía las manos cerradas sobre el regazo como si sintiera dolor. Cerró los ojos unos instantes y volvió a maldecirse con intensidad.

Luego se recobró.

— ¿Jo?

Ella se giró con un movimiento convulsivo y abrió mucho los ojos.

—No... no te oí —murmuró.

—No llevo aquí mucho rato. ¿Cómo te sientes?

— ¡Bien! Bien —lo miró como si se sintiera expectante.

Eso lo desconcertó.

— ¿Nos vamos, entonces? He realizado un pequeño cambio...

—Gavin, tenemos que hablar. Necesito saber dónde estamos.

—Este no es el momento ni el lugar —dijo en voz baja—. En cualquier caso, aún no puedes estar tan bien y es mejor que, durante un tiempo, nos tomemos las cosas con calma —miró por la ventana e hizo una mueca.

—Estoy perfectamente capacitada para hablar —repuso con voz tensa—. No... no soy una muñeca de porcelana, ¡pero es así como haces que me sienta!

—Jo, es posible que nos espere un vuelo ligeramente difícil, así que hablemos cuando lleguemos a casa —recogió la bolsa de ella.

Ella contempló las líneas y los ángulos de su cara y la expresión reservada, y tembló para sus adentros. ¿Cómo habían podido llegar a eso? Quizá la hiciera sentirse como una muñeca de porcelana, pero sabía que en ese momento se daba de cabeza contra un muro.

Capítulo 10

GAVIN la condujo a uno de los Range Rover del rancho.

—Lo siento —le dijo—, pero iremos en coche —ella pareció sorprendida—. Las cosas se han complicado durante la noche. Ha habido muchas inundaciones y el avión tuvo que llevar a una mujer embarazada a Brisbane. Tampoco hay un condenado helicóptero en el distrito que no esté en misión de búsqueda y rescate. Pero he puesto una piel de oveja adicional sobre el asiento para hacer que sea más cómodo.

—Gracias —subió al vehículo—. ¿Cómo están las cosas en Kin Can? —añadió cuando él se sentó al volante.

Arrancó el motor y salió del aparcamiento del hospital.

—Mojadas. Aún podemos entrar y salir, pero vamos a tener que trasladar ovejas a terrenos más elevados.

— ¿Tan mal están?

—Mmm –encendió la radio—. Me sentí tentado a dejarte varios días en el hospital, pero necesitan todas las camas que puedan desocupar. Ha habido algunas emergencias reales con las inundaciones.

—No sabía que estuviera tan mal —comentó con un deje de culpabilidad.

—Bueno —la miró un momento—, tenías otras cosas en la cabeza.

J0 bajó la vista a sus manos.

—Gavin...

Pero él la calló alzando una mano, luego indicó la radio.

Era un informe de carreteras y del tiempo, que hizo que jurara con vehemencia.

—La carretera principal está cortada. Tendremos que ir por el camino más largo.

— ¿No sería mejor quizá volver a Charleville?

Él hizo una mueca.

—Ni todo el dinero ni todo el amor del mundo nos conseguirían una cama en Charleville, y el Warrego crece con rapidez, así que es posible que ni siquiera Charleville sea segura. No te preocupes, te haré pasar.

Su perdición fueron seis caballos atrapados en un corral inundado.

Jo fue la primera en verlos.

—No podemos dejarlos ahí —afirmó.

Él titubeó, contemplando su expresión angustiada.

—No —detuvo el Range Rover junto a un eucalipto enorme—. Voy a tener que abrir la valla. Quédate donde estás —ordenó.

Pero sin tenazas, resultaba más fácil decirlo que abrir la valla de

alambre de espino para que los caballos pudieran alcanzar la relativa seguridad del terreno más elevado que había junto a la carretera.

Jo no podía creer la velocidad a la que estaba subiendo el agua.

Al final, soslayó la orden y bajó a ayudarlo. Diluviaba mientras él empleaba las herramientas de la caja del Range Rover para soltar el alambre de un poste.

—Para empezar, no deberían tener caballos en corrales con alambre de espino —comentó él con amargura en un momento.

—Toma —había ido al vehículo para recoger algunas prendas de vestir con las que él pudiera protegerse las manos que empezaban a sangrar de los arañazos.

—Gracias. Ya casi está.

—Pero, ¿adónde irán? —preguntó Jo con ansiedad.

—Si tienen algo de sentido común, carretera abajo... y poseen un poderoso instinto de supervivencia cuando no están encerrados, aparte de que son nadadores resistentes —explicó con respiración jadeante—. Ya —quitó el último alambre y la valla se abrió.

En una agitación de cascos y crines al viento, los caballos galoparon fuera del corral y, tal como él había predicho, tomaron el camino hacia Charleville.

Regresaron al coche con expresiones serias. El agua ya estaba llegando al borde del camino.

—Ese pequeño acto de buenos samaritanos nos puede haber costado caro, Jo. Escuchemos el último informe.

No era bueno. Las aguas desbocadas de la vecindad inmediata crecían con rapidez, tanto delante como detrás de ellos.

Apagó la radio y cerró las manos con fuerza.

—Debí de estar loco. Ya no podremos cruzar.

—No podrías haber dejado que se ahogaran —musitó ella con voz trémula.

—Puede que se reduzca a ellos o a nosotros. Escucha, voy a comprobar con la radio y luego investigaré ese árbol.

Habló por radio y logró que le pasaran con los Servicios Estatales de Emergencia, y uno de sus helicópteros les dio la posición y la situación en la que se encontraban. Luego trasladó el Range Rover justo detrás del árbol.

— ¡Oh, santo cielo! —musitó Jo al mirar por la ventanilla. Una pared de agua espumosa cruzaba el corral en dirección a ellos.

—Haz exactamente lo que te diga, Jo —ordenó Gavm—. Te ayudaré a subir al techo.

Si ésa fue una experiencia dolorosa para ella, lo que seguiría fue peor. Gavin logró arrojar un cabo de remolque por encima de la rama más baja del árbol y trepó por él como un gran felino.

—Es bastante sólido y seguro, Jo —le dijo desde arriba mientras

ataba el cabo a la rama, para luego bajarle un extremo con un lazo—. Pásalo por tu tronco y alrededor de la cintura; quiero que subas como hice yo.

— ¡Está tan resbaladizo que no creo que lo consiga!

—Usa todos los pequeños nudos y protuberancias que puedas encontrar para apoyar los pies. No te preocupes si resbalas, te tengo y puedo ayudarte a subir.

Titubeó, pero el agua ya golpeaba contra las puertas del vehículo. Apoyó las manos en el árbol y sintió que la cuerda se tensaba alrededor de su cintura. Y lentamente, con una lentitud agónica, de algún modo logró iniciar la subida.

Él no dejó de hablarle en ningún momento, pero justo cuando la tenía fuera de su alcance, con los pulmones a punto de estallarle, Jo se paralizó y supo que no podía avanzar más.

— ¡Jo, agarra mi mano!

Alzó la vista y lo vio tumbado a lo largo de la rama con una mano extendida hacia ella.

—No puedo —jadeó, aferrándose al tronco—. No puedo llegar.

—Sí que puedes, Jo, te amo. Te he amado desde aquel primer día.

— ¿Qué?

—No iba a decírtelo hasta más adelante, cuando llegáramos a casa, pero es verdad. Sólo unos centímetros más, Jo.

—Pero has sido tan... tan...

— ¡Te dije que era un mal perdedor!

—Sé que no puedes olvidarla, Gavin...

—Me paraliza la idea de perderte a ti. Por favor, cariño, sólo unos centímetros más. ¡Podemos hacerlo!

Lo hizo. Jamás supo cómo lo logró físicamente, sólo que sin la fortaleza que él le transmitió, no lo habría conseguido. Pero, quizá, lo que le había dicho había servido como el mayor impulso de todos, y justo cuando el Range Rover se alejó flotando, ella se acomodó en la horquilla de la rama, respirando como un tren, con Gavin sentado a horcajadas delante de ella.

— ¿Qué has dicho? —resopló.

Le tocó la cara.

—Te amo, cariño. Durante los últimos tres meses me he estado volviendo loco, preguntándome si alguna vez tú ibas a llegar a amarme.

Ella entreabrió los labios, pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, oyeron el sonido de un helicóptero al acercarse.

Gavin miró arriba y luego bajó la vista a la inundación creciente.

—Gracias a Dios... y lo digo en serio. Esta vez tendrás un cabrestante para elevarte, y yo estaré a tu lado.

—Jamás he visto algo igual —gritó el piloto del helicóptero de emergencia por encima del rugido de los rotores—. Si te sirve de consuelo, Gavin, tanto Charleville como Cunnamulla se encuentran en estado de alerta máxima ahora.

— ¿Cómo está Kin Can?

—Me temo que las noticias no son buenas.

—Rosie —murmuró Jo con tono urgente.

—Está en Brisbane —la abrazó—. ¿Adónde vamos? —le preguntó al piloto.

—A Roma. Allí todavía está seco, aunque el río Mitchell está creciendo también. Pero me temo que es lo más lejos que os puedo llevar. Necesito repostar y salir otra vez… hay docenas de urgencias.

— ¿Puedes llevarme hasta Kin Can? —gritó Gavin.

—Claro, pero hay que virar en redondo.

—Jo —le dijo Gavin al oído—. Desde Roma, voy a enviarte a la Costa. Yo he de regresar a Kin Can... ¿puedes entenderlo?

—Por supuesto. Pero ten cuidado.

—Lo tendré. Tú también. No puedo imaginarme cómo debes de sentirte ahora encima de las otras zonas doloridas.

—Creo que me pondré bien —se acurrucó contra él, luego lo miró a los ojos con expresión feliz—. ¿Sabes?, ¡llevé una vida muy aburrida pero segura hasta conocerte!

La besó en la punta de la nariz y se rió maravillado.

—Secuestradores, inundaciones, rescates en helicóptero... ¿quizá algo en nuestro encuentro puso a los planetas en curso de colisión?

Ella también se rió, volvió a apoyarse contra él y ya no hablaron más; era demasiado agotador hacerse oír.

Estuvo cuatro días en la casa del río hasta que fue a buscarla.

Debido a toda la confusión provocada por las inundaciones, en el aeropuerto de Roma no había podido darle ninguna explicación mientras organizaba un vuelo para ella. Pero le enmarcó la cara con las manos justo antes de marcharse y le susurró:

—Dime que lo entiendes.

—Lo entiendo.

—Esa es mi Josie —le dio un beso y la dejó ir.

Adele había ido a recogerla a Brisbane para llevarla hasta la Costa, donde la había esperado un médico para examinarla, a pesar de sus protestas de que estaba bien.

Cuando el médico se marchó, Adele la estudió, luego insistió en que hiciera lo que acababa de aconsejarle el doctor. Tomarse una

pastilla para dormir e irse a la cama.

—Yo... —comenzó a decir, pero la verdad era que aún se hallaba mentalmente mareada por todos los acontecimientos del día, aunque sobre todo por uno en particular.

—Estaré aquí —continuó Adele—. Pero primero ve a darte un baño para ayudar a eliminar la rigidez. ¡Aprovecha el hidromasaje! Todo el mundo me dijo que estaba loca por ponerlo, pero yo sabía que algún día sería de utilidad.

Y ayudó, igual que la pastilla para dormir, aunque se levantó muy temprano y se quedó muy quieta mientras imaginaba Kin Can bajo el agua... y el milagro y el misterio de lo que había dicho Gavin.

Se preguntó si lo habría imaginado, si la tensión acumulada la había hecho alucinar. ¿Lo dijo para impulsarla a realizar ese último esfuerzo vital? No sabía por qué no terminaba de creérselo.

Contempló la luz que bordeaba las cortinas a medida que el sol se alzaba y recordó la conversación enfadada que tuvieron antes de chocar con la moto. Recordó cómo todo había confluido en una sola cosa: hijos.

Recordó la determinación de Gavin de no hablar sobre su matrimonio cuando la recogió en el hospital, y cómo, de pronto, eso había cambiado...

Descansó casi todo ese día, debido a que unos músculos que no había sabido que existían protestaron con cualquier movimiento.

Adele insistió en quedarse con ella, afirmando que Rosie se hallaba perfectamente con Sharon y que a la pequeña le encantaba la compañía de sus primos.

Pero al día siguiente, cuando se sentía mejor, sugirió que Adele no necesitaba quedarse con ella.

Acababan de recibir la noticia de que todos los que quedaban en Kin Can se encontraban bien, salvo que gran parte del rancho se hallaba inundada.

—Estas cosas pasan —comentó Adele con filosofía—. En la última gran crecida, Charleville prácticamente desapareció. No es sólo la lluvia de la zona, sino el resultado de las lluvias monzónicas del norte. Pero la vida en el interior de Australia jamás ha sido fácil, con sus ciclos de sequía e inundaciones. Mmm... no, querida, no voy a dejarte hasta que vuelva Gavin.

—Estaré bien... —se interrumpió más bien con brusquedad y entrecerró los ojos—. ¿Es lo que creo que es?

Adele hizo una mueca.

—Probablemente. He recibido órdenes estrictas de quedarme contigo hasta que Gavin regrese.

—Eso es... —respiró con rapidez.

—Típico de Gavin —convino su madre—. Por otro lado —continuó tras una pausa—, después de todo lo que has pasado, Jo, no me sentiría bien sabiendo que estás aquí, o en cualquier otra parte, sola. ¡Así que vas a tener que aprovechar lo mejor de mi presencia!

—No es eso —protestó Jo—. Pensaba que tal vez te estaba impidiendo hacer... lo que sea.

—Pues no es así —comentó Adele de buen humor—. Y tengo buenas noticias.

Jo frunció el ceño.

—Esta mañana me ha llamado una amiga. Dirige una galería de arte de cierta fama. Estaría muy interesada en celebrar una exposición de tu obra.

Jo se quedó boquiabierta. Luego sus ojos se suavizaron.

—De una cosa estoy segura... ¡no podría tener mejor suegra!

Adele parecía preparada para ofenderse con la declaración, pero al final se contuvo y sólo dijo:

—Una cosa te prometo... y es que cuando llegue Gavin, desapareceré.

Llegó dos días después.

Anochecía y Adele había pedido una cena ligera e informal que tomarían temprano para que Sophie pudiera marcharse.

Se sirvió en una mesa en la terraza, con una botella de vino. Había salmón ahumado, sándwiches y quiches diminutas, más unas gambas y langostinos acompañados de la salsa especial de Sophie. Bollos caseros y, de primero, sopa de espárragos.

Jo, que aún tenía varios arañazos en el cuerpo que estaban en fase de curación, se había puesto algo ligero y fresco.

Acababa de alzar la tapa de su cuenco de sopa e inhalaba el delicioso aroma, cuando él entró en la terraza, sorprendiéndolas a las dos. No habían recibido ningún mensaje de Gavin desde el día anterior.

— ¡Vaya, qué sorpresa tan agradable! —Adele se puso de pie—. ¿He de pensar que las cosas han mejorado en el oeste?

—Sí. Ha alcanzado el punto álgido y ya empieza a remitir. Hola, Jo.

— ¡Hola! —dejó la servilleta de lino sobre la mesa y se incorporó. Bebió su presencia como una mujer sedienta y, desde luego, no se le ocurrió nada más que decir.

Tenía la sombra de barba de unos días, la camisa caqui desgarrada en un codo, los vaqueros manchados y las botas cubiertas de barro reseco.

— ¿Cuáles son los daños? —inquirió Adele.

—El único lugar que escapó de la inundación fue el rancho... —sonrió cuando su madre suspiró de alivio—… pero las pérdidas de ganado han sido superiores a las que había esperado. No obstante, hicimos lo que pudimos.

Volvió a mirar a Jo, de pie junto a la mesa como una estatua congelada. Luego se miró a sí mismo con ironía.

—Creo que debería ir a darme una ducha. ¡Incluso puedo olerme! La reserva del avión surgió de forma inesperada, de modo que la aproveché. Si me disculpáis unos minutos.

—Por supuesto —dijo, recobrando la vida—. Mientras tanto, organizaremos un poco más de comida.

—¡No es necesario, Jo! —objetó Adele—. Me marcho ya mismo...

—Pero si no has probado bocado...

—Sharon me dará de cenar —replicó—. Y como sabes, no tengo que hacer la maleta. Lo único que necesito es mi libro, mi bolso y las llaves de mi coche.

Era verdad. Adele disponía de tres juegos completos de ropa y cosméticos. Uno en Kin Can, uno en la Costa y el otro en su hogar en Brisbane. También le había aconsejado a Jo que hiciera lo mismo... una de las prácticas de los ricos que en un principio le había parecido divertida, hasta que descubrió que ahorraba mucho tiempo y preparativos.

—Bueno...

— ¡Cuídate, querida! —se acercó y le dio un cálido beso—. ¡Tú también, hijo! —saludó antes de marcharse.

Jo y Gavin se quedaron mirándose; y en los ojos de Jo se reflejaban todos los temores e incertidumbres que la carcomían.

Él se movió de repente, pero luego se fijó en las manos sucias.

—Dame cinco minutos —murmuró antes de dar media vuelta.

Jo volvió a sentarse y tapó el cuenco de sopa. El sol ya se había puesto y por encima del río únicamente persistía una suave luz dorada. Por una vez en su vida, no respondió a los colores y formas que había ante sus ojos mientras se preguntaba qué iba a suceder.

— ¿Jo?

Se volvió y lo vio de pie junto a la mesa, con unas bermudas caqui. Tenía el pelo mojado, no se había afeitado y llevaba una camiseta amarilla. Si olía a algo, era a jabón y a ropa limpia.

—Mmm... eso ha sido rápido.

—Mmmm —convino y se frotó el mentón—. Lamento no haberme afeitado, pero me daba la sensación de que ya llevaba ausente demasiado tiempo —recogió el vino y sirvió dos copas—. Das la impresión de que te sentaría bien un poco.

—Gracias —aceptó la copa y sus dedos se tocaron fugazmente.

Él se sentó y se pasó una mano por el pelo.

— ¿Cuál es el problema, Jo?

Ella abrió y cerró la boca varias veces, luego dijo:

—Yo... cuando pensé en ello, no pareció tener mucho sentido.

—Yo nunca... —capturó su mirada—... pensé en los hijos cuando te pedí que te casaras conmigo.

Ella parpadeó con incredulidad.

—Dijiste... no puedo evitar saber que iniciar una familia es un tema importante para ti —tartamudeó.

— ¿Por alguna tontería que te dijo Sharon acerca de las dinastías? Y por si te intriga, esa información me la dio mi madre.

—No ayudó —concedió, y bebió un sorbo de vino—. Pero no fue sólo Sharon. Tú mismo me llevaste a creerlo.

—Sí, era un tema importante —convino Gavin—. Pero no tiene nada que ver con hijos o dinastías. Me pareció que era el único modo en que conseguiría retenerte.

Ella abrió los labios.

—No pensarías... no entiendo.

—Yo tampoco —hizo una pausa y una mueca—. Supongo que no me pareció posible que me hubiera enamorado locamente en cuestión de horas. Por supuesto, había jurado que no volvería a enamorarme intensa y profundamente, pero no por los motivos que te di cuando estuvimos esposados, aunque eso es algo que sé ahora.

— ¿No? —la emoción le redujo la voz a un susurro. ¿Semillas de esperanza?

—No. Porque lo que Sasha hizo por mí fue inutilizarme para otras mujeres, o era lo que yo pensaba. Ella me enseñó qué era lo verdadero, y me dio un legado maravilloso. Yo estaba demasiado ciego y era demasiado estúpido para verlo. Pero con lo que sí me dejó... fue con un profundo miedo a perder a alguien amado, como la perdí a ella. A medida que pasaban los meses —continuó—, todo adquirió claridad para mí... al menos desde mi punto de vista. Pero tú... —sonrió, aunque sin diversión—.., permaneciste como el hermoso enigma que siempre has sido.

Jo cerró los ojos fugazmente.

—Y no pude dejar de preguntarme si cuando nuestro matrimonio dejara de ser conveniente, sencillamente seguirías tu camino. Por eso quería iniciar una familia, para que no pudieras irte —se miraron—. Por eso —añadió con serenidad—, jamás pude decirte lo que sentía... hasta que temí perderte en una inundación. No pude soportar la idea de que creyeras que mi amor no era sincero.

—Entonces... —carraspeó—... ¿te contuviste para no comunicarme lo que sentías?

—Sí, lo siento.

—Yo también lo hice.

Reinó un breve silencio mientras él contemplaba la copa y luego la observaba ceñudo.

— ¿A qué te refieres?

—A que me enamoré de ti la primera vez que me pediste que me casara contigo… justo antes de desmayarte. Es que… —se humedeció los labios—… surgió de esa manera.

La miró incrédulo.

—Para serte sincera —continuó ella con sonrisa trémula—, ni siquiera pensé que lo estuviera ocultando tan bien.

—Jo —preguntó con voz ronca—, ¿por qué ocultarlo?

—Para mí representaba semejante milagro, que no podía tolerar pensar que era tan… tan unilateral. Y reflexioné que si tú desconocías lo que sentía por ti, sería… no sé… una especie de autoprotección.

—Creo que soy capaz de entender eso muy bien —respondió con un matiz sombrío en la voz—. Pero, ¿por qué fue semejante milagro?

Ella suspiró.

—He perdido a todos los seres que alguna vez he querido… mis padres, mi abuela. La madre de mi padre, que me buscó durante casi toda mi vida, murió antes de que me localizaran. Algo así te asusta…

—Lo sé, cariño, por propia experiencia —la interrumpió—. Y no sabes lo a menudo que me he dicho que no debía olvidar la razón por la que podías ser una solitaria tan empedernida. Sin embargo, empezaba a resultarme difícil convencerme de ello.

—Hay otro motivo. En una ocasión, juré que jamás dependería de nadie, y supongo que ésa es la verdadera causa por la que pensé que nunca llegaría a enamorarme.

Bebió otro sorbo de vino, luego le contó sin omitir detalle alguno y con voz carente de emoción, lo que le había sucedido a los quince años.

—Oh, Jo —musitó con tanta comprensión y preocupación, al tiempo que le cubría la mano con la suya, que las lágrimas asomaron a los ojos de ella.

—La cuestión es —dijo ella—, que desterraste eso casi como si jamás hubiera tenido lugar.

— ¿Lo hice? —ella asintió—, ¿Casi? —le apretó los dedos.

—Me volvió a golpear cuando me dijiste que creías que podía estar tomando en secreto la píldora. No el asco, sino el recuerdo de que no me creyeran. Por eso me enfadé tanto y me sentí tan dolida. Por eso cometí algo tan estúpido como chocar contra un canguro.

Se puso de pie y rodeó la mesa para ayudarla a incorporarse.

—Te amo, Jo Lucas —afirmó con ardor—. Profunda, salvaje y locamente. ¿Te casarás conmigo?

Los ojos grises de ella se abrieron mucho.

—Estamos casados.

—Apropiadamente. Con nuestros corazones igual que con nuestros cuerpos. Basta de secretos, de incertidumbres... ¿te das cuenta de que soy un manojo de nervios?

La preciosa boca de ella se ensanchó antes de curvarse en una sonrisa.

—Sí, Gavin. Me encantaría casarme contigo apropiadamente.

—Que el cielo me ayude —dijo con voz ronca, con la vista clavada en su boca—. Jamás tendré suficiente de ti, Jo.

— ¡Creo que lo mismo es aplicable a mí!

Más tarde, él soltó el cinturón del pijama de Jo y le dijo que estaba demasiado bien vestida para lo que tenía en mente.

Ella permaneció en sus brazos y se rió entre dientes.

—Sólo ten cuidado con todos los arañazos y magulladuras.

— ¡Maldita sea, lo había olvidado! —alzó la cabeza de entre sus pechos.

— ¿Es posible que tracemos un plan en el que podamos evitarlos? —sugirió ella.

— ¿Un plan? —se rascó la cabeza—. ¿Cómo?

—Tú eres el ex integrante de las Fuerzas Especiales de la familia, y bastante bueno en esas cosas —le recordó con gravedad—. Ya me has salvado la vida en dos ocasiones.

Él sonrió, luego se puso serio.

—Por casualidad, ¿esto entraría en esa categoría?

—Desde luego. ¿Qué me dices de ti? —se burló.

—Si tan sólo supieras. Eh... bueno, desde luego, se requiere una inspección completa. Eso forma parte del entrenamiento básico de las Fuerzas Especiales. Hay que evaluar minuciosamente la situación.

—Oh, estoy totalmente a favor de un entrenamiento básico —afirmó con una leve sonrisa soñadora—. ¿Cuándo planeas iniciar la evaluación?

—Primero podría volver a besarte —ofreció. Pero los dos reían y alcanzaron el orgasmo juntos, en amor y una unidad mental que era conmovedora.

Varios días más tarde estaban de regreso en Kin Can. Jo le mostró a Gavin su retrato por primera vez.., su segundo retrato.

Él lo contempló.

—Pero éste... éste es diferente.

—Lo sé. Es en el que he estado trabajando desde la primera vez que me pediste que me casara contigo.

Lo estudió con atención. El interior de la vieja cabaña casi cobraba vida al resplandor del fuego, y él estaba sentado a la mesa, con una

escopeta en las manos y el torso desnudo.

—Jo... ¿por qué? —preguntó.

—Te lo dije una vez… la estructura ósea, los músculos… todo eso es harina para mi costal, aparte de que eres un espécimen especialmente bueno.

— ¿Eso es todo?

—Bueno, no —concedió con seriedad—. Quería un recordatorio de mi bandido particular.

Él enarcó una ceja.

— ¿Incluso de uno que te acusó de ser la nena de un gángster? —ella asintió—. ¿Piensas exponer este retrato?

—Oh, no. Y es una pena. Y aunque sea yo quien lo diga, es una de mis mejores obras.

— ¿Qué piensas hacer con él?

—Colgarlo en nuestro dormitorio para que, aunque estés lejos de mí, pueda fantasear contigo.

Él respiró hondo.

— ¿Tienes idea de lo que me hará eso?

— ¿Hacer que vuelvas a mi lado en cuanto puedas? —sugirió.

Depositó el retrato con cuidado contra la pared y negó con la cabeza.

—Quizá descubras que me tienes que arrancar de tu lado con una barra de acero, hermosa Jo.

—Aún mejor —se refugió en sus brazos—. No me has dicho qué te ha parecido.

Volvió a mirar el retrato.

—Bueno, de hecho, me he prendado totalmente de él.

— ¿Artísticamente... o porque crees que has salido como un tipo atractivo?

—Ambas cosas —le rodeó la cintura con las manos.

—No tienes que complacerme.

—Entonces... —su mirada se suavizó—… artísticamente, es tan... no sé cómo plasmarlo con palabras... pero me trasladó de vuelta a la vieja cabaña. Durante un momento, casi pude oler el humo de los leños.

Ella sonrió.

—Gracias.

—Por otro lado, no sé nada de eso del tipo atractivo, pero mientras sea yo el tipo con el que fantasees... lo apreciaré.

Una profunda satisfacción embargó a Jo y alzó la boca para recibir su beso.

Lindsay Armstrong - Corazón secuestrado (Harlequín by Mariquiña)